

CUENTOS
ARTHUR MACHEN

«Machen será siempre recordado por sus relatos de lo sobrenatural, género en el que pocos le superan. A su literatura aportó unas calificaciones poco usuales. Su infancia en una parroquia rural le dio la oportunidad de estudiar personalmente las costumbres y tradiciones locales. Sus primeros años, también solitarios, de Londres, donde intentó ganarse el sustento catalogando libros raros sobre ocultismo o traduciendo literatura medieval, le proporcionaron el fondo literario de sus temas. Y, todavía más importante, estuvo provisto para su labor de la clase de imaginación que sabe distinguir la maravilla que existe en cosas tan corrientes que escapan a la consideración de la gente normal».



Arthur Machen

Cuentos

El ojo sin párpado - 4

ePub r1.0

Akhenaton 07.12.14

Título original: *The Inmost Light* (1894), *The White People* (1904), *Out of the Eart* (1915), *The Bright Boy* (1936), *The Children of the Pool* (1936), *N* (1936)

Arthur Machen, 1936

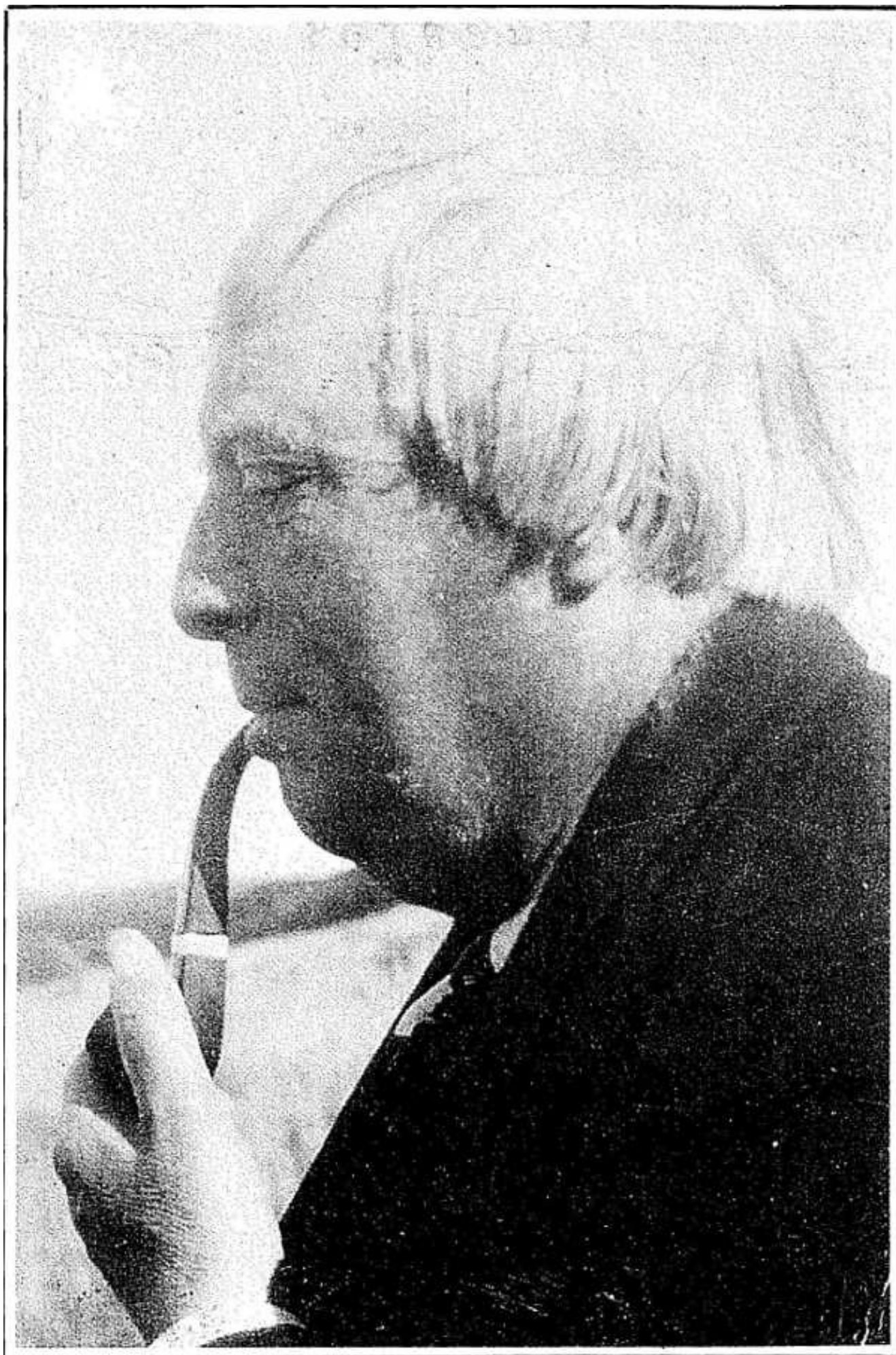
Traducción: Juan Antonio Molina Foix

Diseño de cubierta: Alberto Martini

Editor digital: Akhenaton

ePub base r1.2





LA LUZ INTERIOR

I

UNA tarde de otoño, cuando las fealdades de Londres estaban veladas por una leve neblina azulada, y sus vistas y sus largas calles parecían espléndidas, el señor Charles Salisbury paseaba despacio por Rupert Street, aproximándose poco a poco a su restaurante favorito. Miraba hacia abajo estudiando el pavimento, y así fue como chocó, al pasar por la angosta puerta, con un hombre que subía del fondo de la calle.

—Le ruego que me disculpe; no miraba donde iba. ¡Toma, es Dyson!

—Sí, en efecto. ¿Cómo está usted, Salisbury?

—Muy bien. Pero ¿dónde ha estado, Dyson? No creo haberle visto en los últimos cinco años.

—No, me atrevería a decir que no. ¿Recuerda que me encontraba más bien apurado cuando vino usted a mi casa de Charlotte Street?

—Perfectamente. Creo recordar que me contó usted que debía cinco semanas de alquiler, y que se había desprendido de su reloj por una insignificante suma.

—Mi querido Salisbury, su memoria es admirable. Sí, estaba apurado. Pero lo curioso es que poco después de que usted me viera aumentaron mis apuros. Mi situación financiera fue descrita por un amigo como «sin blanca». No apruebo los vulgarismos, acuérdesse usted, pero ésa era mi condición. ¿Qué tal si entramos? Podría haber otras personas igualmente interesadas en comer. Es una debilidad humana, Salisbury.

—En efecto, vayamos. Mientras paseaba me preguntaba si estaría libre la mesa de la esquina. Como usted sabe tiene respaldos de terciopelo.

—Conozco el lugar, está vacío. Sí, como le decía, llegué a estar más apurado todavía.

—¿Qué hizo entonces? —preguntó Salisbury, quitándose el sombrero y acomodándose al borde del asiento, mientras ojeaba el menú con vivo interés.

—¿Que qué hice? Pues me senté y reflexioné. Había recibido una excelente educación clásica y sentía una categórica aversión por cualquier clase de negocio: ése fue el capital con el que me enfrenté al mundo. Sabe usted, he oído a gente calificar a las aceitunas de desagradables. ¡Qué lamentable prosaísmo! A menudo he pensado, Salisbury, que podría escribir poesía sincera bajo la influencia de las aceitunas y el

vino tinto. Pidamos Chianti; puede que no sea muy bueno, pero la botella es sencillamente encantadora.

—Se está muy bien aquí. También podemos pedir una botella grande.

—De acuerdo. Entonces reflexioné sobre mi ausencia de perspectivas y determiné embarcarme en la literatura.

—Realmente es extraño. Parece usted encontrarse en circunstancias bastante confortables, aunque...

—¡Aunque! ¡Qué sátira sobre tan noble profesión! Me temo, Salisbury, que no tiene usted una buena opinión acerca de la dignidad de un artista. Me ve sentado frente al escritorio —o al menos puede verme si se molesta en llamar— con pluma y tinta, y la pura nada ante mí, y si vuelve a las pocas horas con toda probabilidad encontrará una obra de creación.

—Sí, completamente de acuerdo. Tengo idea de que la literatura no es remunerativa.

—Está usted equivocado; sus recompensas son inmensas. Puedo mencionar, de paso, que poco después de verle a usted logré un pequeño ingreso. Un tío murió y resultó inesperadamente generoso.

—¡Ah!, ya veo. Debe haber sido oportuno.

—Fue agradable, innegablemente agradable. Siempre lo he considerado como una dotación para mis investigaciones. Le decía a usted que yo era un hombre de letras; quizás sería más correcto describirme a mí mismo como un hombre de ciencia.

—Mi querido Dyson, verdaderamente ha cambiado usted mucho en los últimos años. Pensaba, sabe usted, que era una especie de ciudadano ocioso, el tipo de hombre que puede encontrarse uno en la acera norte de Picadilly de mayo a julio.

—Así es. Aún entonces me estaba formando, aunque inconscientemente. Como usted sabe, mi pobre padre no tuvo los medios para enviarme a la universidad. En mi ignorancia solía quejarme por no haber completado mi educación. Locuras de juventud, Salisbury; Piccadilly era mi universidad. Allí empecé a estudiar la gran ciencia que todavía me ocupa.

—¿A qué ciencia se refiere?

—A la ciencia de la gran ciudad; la fisiología de Londres; literal y metafísicamente el tema más grande que puede concebir la mente humana. ¡Qué admirable asado de carne! Indudablemente el definitivo final del faisán. A veces me siento todavía absolutamente abrumado cuando pienso en la inmensidad y complejidad de Londres. París puede llegar a entenderse a fondo mediante una razonable dosis de estudio; pero Londres es siempre un misterio. En París se puede decir: «Aquí viven las actrices, aquí los bohemios y los *ratés*»; pero en Londres es diferente. Se puede señalar con bastante exactitud una calle como morada de las lavanderas; pero en el segundo piso puede haber un hombre estudiando los orígenes de los caldeos, y en el desván, un artista olvidado agoniza lentamente.

—Veo que es usted, Dyson, incommovible e inmutable —dijo Salisbury sorbiendo

lentamente su Chianti—. Pienso que le engaña su imaginación demasiado ferviente; el misterio de Londres únicamente existe en su imaginación. A mí me parece un lugar bastante aburrido. Rara vez se oye hablar en Londres de algún verdadero crimen artístico, mientras que, según creo, París abunda en este tipo de cosas.

—Sírrame más vino. Gracias. Está usted equivocado, mi querido compañero, realmente equivocado. Londres no tiene nada de qué avergonzarse en la senda del crimen. Si fracasamos es por falta de Horneros, no de Agámenes. Cómo usted sabe: *Carent quia vate sacro*.

—Recuerdo la cita. Pero no creo poder seguirle del todo.

—Bien, en lenguaje llano, no tenemos en Londres buenos escritores especializados en este género de cosas. Nuestros cronistas más comunes son torpes sabuesos; cada historia que cuentan la echan a perder al contarla. Su idea del terror y de lo que suscita terror es lamentablemente deficiente. Nada los contenta salvo la sangre, la vulgar sangre roja, y cuando la encuentran cargan las tintas, considerando que han producido un artículo eficaz. Es una pobre concepción. Y, por alguna curiosa fatalidad, son siempre los asesinos más comunes y brutales los que atraen mayormente la atención y consiguen las más de las veces que se escriba de ellos. Por ejemplo, ¿ha oído usted hablar tal vez del caso Harlesden?

—No, no. No recuerdo nada de él.

—Por supuesto que no. Y, sin embargo, la historia es muy curiosa. Se la contaré mientras tomamos café. Harlesden, como usted sabe, o más bien espero que no, es realmente un barrio en las afueras de Londres; curiosamente algo diferente de suburbios venerables y primorosos como Norwood o Hampstead, tan diferente como cada uno de ellos lo es del otro. Hampstead, quiero decir, es donde uno buscaría el culmen de una gran casa china con tres acres de terreno y varios pabellones, aunque recientemente hay un sustrato artístico; mientras que Norwood es el hogar de las prósperas familias de clase media que eligieron la casa «porque estaba cercana a palacio», y seis meses después se hartaron del palacio. Sin embargo, Harlesden es un lugar sin carácter. Es todavía demasiado nuevo para tener carácter. Hay hileras de casas rojas e hileras de casas blancas con brillantes celosías verdes, y portales descascarillados y pequeños patios traseros que llaman jardines, y unas pocas tiendas endebles, y luego todo se desvanece, precisamente cuando uno se cree a punto de captar la fisonomía del lugar.

—¿Qué diablos significa eso? ¡Supongo que las cosas no se desplomarán ante nuestros ojos!

—Bueno, no, no es eso exactamente. Pero como entidad, Harlesden desaparece. Sus calles se convierten en silenciosas callejuelas, y sus llamativas casas en olmos, y los jardines traseros en verdes praderas. Inmediatamente se pasa de la ciudad al campo; no hay transición como en una pequeña población rural, ni suaves graduaciones de césped y árboles frutales, con una densidad paulatinamente menor de casas, sino un cese repentino. Creo que la mayor parte de la gente que allí vive cabe

en la City. Una o dos veces he visto un autobús repleto dirigiéndose hacia allá. Pero como quiera que sea, no puedo concebir una soledad mayor en un desierto a medianoche que la que allí existe a mediodía. Parece una ciudad muerta; las calles refulgen en su desolación, y al pasar descubre uno repentinamente que también ellas son parte de Londres. Hace uno o dos años vivía allí un médico. Había instalado su placa metálica y su lámpara roja en el mismo límite de una de esas calles relucientes, y a espaldas de la casa los campos se extendían a lo lejos hacia el norte. Desconozco la causa por la que se estableció en un lugar tan apartado; quizás el doctor Black, como le llamaremos, fuera un hombre precavido y mirara al futuro. Sus amistades, según se supo luego, le habían perdido de vista durante muchos años, e incluso no sabían que fuera médico y mucho menos dónde vivía. Sin embargo, se había establecido en Harlesden con los restos de una clientela y una esposa extraordinariamente bella. Al poco de llegar a Harlesden la gente solía verles paseando juntos en las tardes veraniegas, y, por lo que se podía observar, parecían una pareja muy cariñosa. Estos paseos continuaron durante el otoño y luego cesaron, pero, naturalmente, según los días se oscurecían y el tiempo refrescaba, podía esperarse que las callejuelas cercanas a Harlesden perderían muchos de sus atractivos. Terminado el verano, nadie volvió a ver a la señora Black; el doctor solía responder a las preguntas de sus pacientes que ella se encontraba «un poco indispuesta y que, sin duda, estaría mejor en la primavera». Pero la primavera llegó, y el verano, y la señora Black no apareció, y finalmente la gente comenzó a murmurar y a hablar entre ellos, y se dijeron todo tipo de cosas curiosas a la «hora del té», que como usted posiblemente sabrá es el único entretenimiento conocido en esos suburbios. El doctor Black empezó a sorprender miradas muy extrañas a él dirigidas, y la clientela, que era numerosa, disminuyó visiblemente. En suma, cuando los vecinos cuchicheaban sobre el tema, susurraban que la señora Black estaba muerta y que el doctor se había deshecho de ella. Pero éste no era el caso; la señora Black fue vista con vida en junio. Fue una tarde de domingo, uno de esos pocos días exquisitos que ofrece el clima inglés, y la mitad de los londinenses se había extraviado por los campos, en todas direcciones, para aspirar el perfume del florido mayo y comprobar si habían florecido ya las rosas silvestres en los setos. Aquella mañana había salido temprano y había dado un largo paseo, y de un modo u otro cuando iba de regreso a casa me encontré en el mismo Harlesden del que hemos estado hablando. Para ser exacto, tomé una jarra de cerveza en el General Gordon, el más floreciente establecimiento de la vecindad, y mientras deambulaba sin objeto vi un boquete extraordinariamente tentador en un cercado de arbustos y decidí explorar el prado. Después de la infernal gravilla esparcida por las aceras suburbanas la suave hierba es muy agradable de pisar, y luego de caminar un buen rato pensé que me gustaría sentarme en un banco y fumarme un cigarrillo. Mientras sacaba la petaca miré en dirección a las casas y según miraba sentí que se me cortaba la respiración y que mis dientes empezaban a castañetear, y el bastón que llevaba en una mano se partió en

dos del apretón que le di. Fue como si una corriente eléctrica me bajara por el espinazo y, sin embargo, durante algún tiempo que me pareció largo, pero que debe haber sido muy corto, me contuve preguntándome qué diablos ocurría. Entonces comprendí lo que había hecho estremecer mi corazón y había helado mis huesos de angustia. Al mirar en dirección a la última casa de la manzana frente a mí, en la corta fracción de un segundo había visto un rostro en una de las ventanas superiores de la casa. Era un rostro de mujer, y, sin embargo, no era humano. Usted y yo, Salisbury, hemos oído hablar en nuestra época, cuando nos sentábamos en los bancos de la iglesia al sobrio estilo inglés, de una concupiscencia que no puede saciarse y de un fuego inextinguible, pero ni uno ni otro tenemos la menor idea de lo que esas palabras quieren decir. Espero que usted nunca la tenga, pues yo, al ver esa cara en la ventana, con el cielo azul sobre mí y el cálido viento acariciándome a ráfagas, comprendí que había penetrado en otro mundo: había mirado por la ventana de una casa ordinaria y flamante, y había visto el infierno abierto ante mí. Cuando me recuperé de la primera impresión, pensé una o dos veces que me había desmayado; mi rostro chorreaba sudor frío y mi respiración estallaba en sollozos, como si me ahogara. Al fin me las arreglé para levantarme y crucé la calle: allí vi el nombre «Dr. Black» en el buzón de la puerta principal. El destino o mi suerte quiso que la puerta se abriera y un hombre bajase las escaleras cuando yo pasaba. No tuve ninguna duda de que era el mismo doctor. Era de un tipo bastante corriente en Londres: alto y delgado, pálido de cara y con un deslucido bigote negro. Cuando nos cruzamos sobre el pavimento me dirigió una mirada, y aunque fue simplemente la ojeada casual que un peatón dedica a otro, mentalmente llegué a la conclusión de que era un tipo de trato peligroso. Como usted puede imaginar, seguí mi camino bastante perplejo y también horrorizado por lo que había visto. Después visité de nuevo el General Gordon, e hice acopio de la mayoría de los chismes que circulaban por el lugar en relación con los Black. No mencioné que había visto en la ventana un rostro de mujer; pero me enteré de que la señora Black había sido muy admirada por su hermosa cabellera dorada, y el rostro que me había impresionado con tan desconocido terror estaba rodeado por un vaho de flotantes cabellos rubios, como una aureola de gloria alrededor del rostro de un sátiro. Todo el asunto me incomodaba de manera indescriptible, y cuando volví a casa hice todo lo posible por convencerme de que la impresión recibida había sido una ilusión, pero de nada sirvió. Sabía muy bien que había visto lo que he intentado describirle; moralmente estaba seguro de haber visto a la señora Black. Además estaban los chismes del lugar, la sospecha de juego sucio, que sabía que era falsa, y mi propia convicción de que existía alguna malicia fatal o cualquier otra anomalía en esa casa de color rojo chillón de la esquina de Devon Road. ¿Cómo construir una teoría razonable con estos dos elementos? En resumen, me encontraba inmerso en un mundo de misterio; traté de descifrarlo y llené mis ratos de ocio atando los cabos sueltos de la especulación, pero no avancé ni un solo paso hacia la solución verdadera, y cuando llegó el verano el asunto parecía más

nebuloso y confuso, y proyectaba un vago temor, como una antigua pesadilla. Supuse que en breve se habría desvanecido en el fondo de mi cerebro —no debería olvidarlo, pues semejante cosa nunca puede olvidarse—; pero una mañana cuando leía el periódico me llamó la atención un titular de unas dos docenas de renglones de letra pequeña. Las palabras que había visto eran simplemente: «El caso Harlesden», y sabía lo que iba a leer. La señora Black había muerto. Black había llamado a otro médico para certificar la causa de la muerte, pero algo o alguien despertó las sospechas del extraño doctor y hubo una investigación judicial con autopsia. El resultado, lo confesaré, me asombró considerablemente: fue el triunfo de lo inesperado. Los dos médicos que practicaron la autopsia se vieron obligados a confesar que no pudieron descubrir el menor rastro de cualquier tipo de engaño; sus ensayos y reactivos más exquisitos no consiguieron detectar presencia de veneno, ni aun en la más infinitesimal cantidad. La muerte había sido producida, descubrieron, por una especie de enfermedad cerebral, en cierto modo confusa y científicamente interesante. El tejido del cerebro y las moléculas de materia gris habían experimentado una extraordinaria serie de cambios; y el más joven de los dos médicos, que tenía cierta reputación, creo, como especialista en enfermedades mentales, hizo algunas observaciones al dar su testimonio que al momento me impresionaron profundamente, aunque entonces no comprendí su significado por completo.

»—Al comenzar mi examen —dijo— estaba asombrado de encontrar apariencias de una índole completamente nueva para mí, no obstante mi en cierto modo amplia experiencia. De momento no tengo necesidad de especificar estas apariencias; me bastará con manifestar que mientras ejecutaba mi tarea apenas podía creer que el cerebro que tenía delante fuera de un ser humano.

»—Esta declaración causó cierta sorpresa, como usted puede imaginar, y el juez preguntó al médico si quería decir que el cerebro se parecía al de un animal.

»—No —contestó él—, yo no diría tanto. He observado algunas apariencias que parecían apuntar en esa dirección; pero otras, todavía más sorprendentes, indicaban una estructura nerviosa de una índole completamente diferente a la del hombre o el más ínfimo de los animales.

»—La declaración causó extrañeza, pero el jurado, naturalmente, presentó un veredicto de muerte por causas naturales, y el caso se acabó para el público. No obstante, después de haber leído la declaración del doctor, resolví que me gustaría saber bastante más, y me puse a trabajar en lo que prometía ser una interesante investigación. Realmente tuve bastantes problemas, pero hasta cierto punto tuve éxito. Aunque entonces, mi querido compañero, no tenía ni idea del porqué. ¿Se ha dado cuenta de que hemos estado aquí casi cuatro horas? Pidamos la cuenta y vayámonos.

Los dos hombres salieron en silencio y permanecieron un momento en el frío ambiente viendo pasar frente a ellos el apresurado tráfico de Coventry Street,

acompañado de los retumbantes timbres de los cabriolés y los gritos de los vendedores de periódicos: el intenso murmullo lejano de Londres agitándose una y otra vez por debajo de esos ruidos más estrepitosos.

»—Es un caso extraño, ¿no es cierto? —dijo Dyson finalmente—. ¿Qué opina usted?

—Mi querido colega, no he escuchado el final, por tanto me reservaré la opinión. ¿Cuándo me contará el resto?

—Venga a verme alguna tarde; digamos el jueves próximo. Aquí tiene mi dirección. Buenas noches; deseo descender hasta el Strand.

Dyson llamó a un cabriolé que pasaba, y Salisbury giró hacia el norte en dirección a su casa.

II

EL señor Salisbury, como puede haberse deducido de las escasas observaciones que había sido capaz de hacer en el transcurso de la tarde, era un joven caballero de intelecto singularmente sólido, recatado y retraído ante los misterios y lo insólito, y con una aversión temperamental por la paradoja. Durante el almuerzo en el restaurante se había visto obligado a escuchar casi en completo silencio un extraño tejido de inverosimilitudes ensartadas con la ingenuidad de un curioso nato de intrigas y misterios, y se sentía cansado al cruzar Shaftesbury Avenue y zambullirse en las entrañas del Soho, pues su vivienda se encontraba en las proximidades del lado norte de Oxford Street. Mientras caminaba, especulaba sobre el probable destino de Dyson, dependiendo de la literatura, sin el amparo de algún pariente considerado, y no pudo menos de concluir que estaba tan sutilmente imbuido de una imaginación excesivamente brillante que, con toda probabilidad, sería recompensado con un par de tablillas para anuncios o una pancarta de comparsa. Absorto en este hilo de pensamiento, y admirando la perversa destreza capaz de transmutar el rostro de una mujer enfermiza y un caso de enfermedad mental en los toscos elementos de un romance, Salisbury se extravió entre las calles débilmente iluminadas, sin advertir el impetuoso viento que golpeaba con fuerza por las esquinas y elevaba en remolinos la basura dispersa sobre el pavimento, mientras negros nubarrones se acumulaban sobre la amarillenta luna. Ni siquiera la caída en su rostro de una o dos gotas aisladas de lluvia le sacó de sus meditaciones, y sólo comenzó a considerar la conveniencia de

buscar algún refugio cuando la tormenta estalló de pronto en plena calle. Impelida por el viento, la lluvia descargó con la violencia de una tronada, salpicando al caer sobre las piedras y silbando por el aire, y pronto un verdadero torrente de agua corría por los arroyos y se acumulaba en charcos sobre los obstruidos desagües. Los escasos viandantes extraviados, que más que pasear por la calle holgazaneaban, echaron a correr como conejos asustados hacia algún invisible refugio, y aunque Salisbury silbó ruidosa y repetidamente en busca de un cabriolé, no apareció ninguno. Miró a su alrededor, como para descubrir lo lejos que podía estar del abrigo de Oxford Street, pero vagando indiferentemente se había apartado de su camino y se encontró en una zona desconocida con toda la apariencia de estar desprovista incluso de hoteles donde pudiera uno guarecerse por la modesta suma de dos peniques. Las farolas escaseaban y estaban muy espaciadas, y lucían, tras los sucios cristales, por el pálido flujo de aceite; a esta vacilante luz pudo vislumbrar Salisbury los sombríos e inmensos caserones de que se componía la calle. Al pasar junto a ellos, apresurado y encogido bajo la avalancha de lluvia, reparó en los innumerables tiradores de las puertas, cuyas inscripciones, grabadas en chapas de bronce, parecían desvanecerse de viejas, y aquí y allá un alero ricamente esculpido sobresalía de la puerta, ennegrecido por la mugre de cincuenta años. La tormenta parecía agravarse con furia creciente; Salisbury estaba completamente mojado y había echado a perder su sombrero nuevo, y con todo Oxford Street parecía tan lejana como siempre; con profundo alivio el empapado hombre alcanzó a ver una sombría arcada que parecía brindar protección de la lluvia, si no del viento. Salisbury tomó posición en la esquina más seca y miró en torno suyo; se encontraba en una especie de pasaje artificial bajo parte de una casa y tras él se extendía una estrecha acera que conducía entre blancas paredes a regiones desconocidas. Había permanecido allí algún tiempo, esforzándose vanamente por desembarazarse en parte de su superflua humedad, y alerta al paso de algún cabriolé, cuando le llamó la atención un ruido estrepitoso procedente del pasaje dejado atrás, y que aumentaba al acercarse. En un par de minutos pudo distinguir la voz ronca y chillona de una mujer, amenazando y repudiando, cuyos acentos resonaban en las mismísimas piedras mientras, de cuando en cuando, un hombre gruñía y protestaba. Sin embargo, contra toda apariencia exenta de romance, a Salisbury le agradaban las peleas callejeras y acababa de iniciarse en las más divertidas fases de la embriaguez; por consiguiente, se apaciguó y se dispuso a escuchar y observar con el aspecto de un abonado a la ópera. No obstante, para su fastidio, la tempestad pareció apaciguarse repentinamente, y pudo oír no más que los impacientes pasos de la mujer y el lento vaivén del hombre acercándose a él. Ocultándose en la sombra de la pared pudo ver cómo se aproximaban los dos; el hombre estaba evidentemente borracho, y tenía sus más y sus menos para evitar chocar con las paredes, a las que se agarraba a uno y otro lado como una barca golpeada por el viento. La mujer miraba al frente, con lágrimas en sus resplandecientes ojos, que volvieron a brillar cuando aquéllas desaparecieron, y finalmente estalló en una sarta de insultos dirigidos contra su compañero.

—Vil granuja, ruin, despreciable canalla —siguió ella diciendo, tras una incoherente avalancha de maldiciones—. ¿Piensas que voy a seguir toda la vida trabajando para ti como una esclava mientras tú persigues a esa chica de Green Street y te bebes cada penique que tienes? Te equivocas, Sam; de veras no lo soporto más. Maldito ladrón, estoy cansada de ti y de tu patrón, así es que ya puedes hacerte tus propios recados, y únicamente espero que te metan en apuros.

La mujer abrió su regazo y, sacando algo parecido a un papel, lo arrugó y lo tiró. Cayó a los pies de Salisbury. Luego se fue y desapareció en la oscuridad, mientras el hombre se tambaleaba en la calle, refunfuñando vagamente contra sí mismo con voz aturdida. Salisbury le siguió, viéndole hacer eses sobre el pavimento, detenerse de vez en cuando y ladearse indeciso, para luego tomar súbitamente un nuevo rumbo.

El cielo había aclarado, y blancas nubes aborregadas cruzaban fugaces frente a la luna, alta en el firmamento. La luz iba y venía intermitentemente, según las nubes pasaban, despejando y volviendo a cubrir el cielo. Cuando los blancos rayos alumbraron el pasaje, Salisbury divisó la bolita de papel arrugado que la mujer había tirado. Extrañamente, curioso por saber lo que podía contener, la recogió y se la metió en el bolsillo, poniéndose de nuevo en camino.

III

SALISBURY era un hombre de costumbres. Cuando llegó a casa, empapado hasta los huesos, colgándole la ropa, y con el sombrero impregnado de un lívido rocío, su único pensamiento fue acerca de su salud, de la que se ocupaba solícito. Por tanto, después de cambiarse de ropa y embutirse en un cálido batín, procedió a prepararse un sudorífico a base de ginebra y agua, calentada ésta en una de esas lámparas de alcohol, que mitigan las austeridades de la vida de un moderno ermitaño. Cuando se hubo administrado la preparación, y hubo calmado su excitación con una pipa de tabaco, Salisbury pudo irse a la cama en un alegre estado de ociosidad, sin pensar en su aventura en la sombría arcada, ni en las ominosas fantasías con que Dyson había sazonado su comida. Lo mismo ocurrió la mañana siguiente durante el desayuno, pues Salisbury insistió en no pensar en nada hasta terminar de comer. Pero cuando retiraron la taza y el plato, y encendió su pipa mañanera, recordó la bolita de papel y empezó a revolver en los bolsillos de su mojado abrigo. No recordaba en qué bolsillo la había puesto y, al meter la mano primero en uno y luego en el otro, experimentó

una extraña sensación de temor a que no estuviera allí, aunque ciertamente no podría haber explicado la importancia que atribuía a lo que con toda probabilidad no era más que un desecho. Sin embargo, suspiró con alivio cuando sus dedos tocaron la arrugada superficie en su bolsillo interior, sacándola despacio y colocándola sobre el pequeño escritorio al lado de su sillón, con el mismo cuidado que si se tratara de una rara joya. Salisbury se sentó a fumar, y miró fijamente su hallazgo durante unos cuantos minutos, con la extraña tentación de arrojarlo al fuego, y evitarse con ello tanto la especulación acerca de su posible contenido como la razón por la que la ofendida mujer había arrojado un trozo de papel con tanta vehemencia. Como puede suponerse, el último sentimiento fue el que se impuso, y, finalmente, no sin algo de repugnancia, cogió el papel y lo desarrugó, colocándolo frente a él. Era un simple trozo de papel sucio, a todas luces arrancado de un bloc barato, y en el centro tenía escritas unas pocas líneas con letra curiosamente apretada. Salisbury inclinó la cabeza y por un momento clavó la vista en el papel con ansiedad, suspirando profundamente; luego volvió a su silla con la mirada perdida, hasta que finalmente en un cambio repentino estalló en carcajadas, tan prolongadas, sonoras y tumultuosas que el niño de la casera se despertó en el piso de abajo e imitó su hilaridad con espantosos alaridos. Pero él siguió riendo y cogió el papel para leer por segunda vez lo que parecía tan insensato disparate.

«Q. tiene que ir a París a ver a sus amigos», comenzaba. «Atravesar Handel's. 'Una vez alrededor del césped, dos veces alrededor de la amada, y tres veces alrededor del arce'.»

Salisbury cogió el papel y lo arrugó como hiciera la enojada mujer; luego apuntó en dirección al fuego. Sin embargo, no lo arrojó a él, sino que lo tiró descuidadamente en el interior del escritorio y volvió a reírse. El completo desatino de todo el asunto le ofendía, y estaba avergonzado de su propia especulación anhelante, como el que se quema las cejas con los altisonantes comunicados de los ecos de sociedad del periódico y sólo encuentra anuncios y trivialidades. Se dirigió a la ventana y contempló la lánguida vida matinal de su barrio; las criadas con desaliñados vestidos estampados fregando los escalones de entrada en la casa, el pescadero y el carnicero en sus rondas, y los comerciantes de pie junto a las puertas de sus pequeñas tiendas, abatidos por la falta de negocio y de emoción. A lo lejos una bruma azulada proporcionaba una cierta grandeza a toda la vista, pero en conjunto ésta era deprimente y sólo habría interesado a un estudioso de la vida londinense, que siempre encuentra algo exquisito y selecto en cada una de sus facetas. Salisbury se alejó disgustado y se aposentó en el sillón, tapizado en un tono verde brillante y adornado con tachones dorados, que constituía el orgullo y la atracción de sus aposentos. Volvió a su ocupación matinal: la lectura atenta de una novela que trataba de deporte y amor de tal forma que sugería la colaboración de un mozo de cuadra y un internado de señoritas. Sin embargo, en circunstancias normales Salisbury habría seguido interesándose por la historia hasta la hora del almuerzo, pero esa mañana se

agitaba en su silla, cogía el libro y lo volvía a dejar, y finalmente juraba y maldecía de simple irritación. En realidad, la rima del papel hallado en la arcada «se le había metido en la cabeza», e hiciera lo que hiciese no podía menos de rezongar una y otra vez: «Una vez alrededor del césped, dos veces alrededor de la amada, y tres veces alrededor del arce». Se convirtió en un verdadero tormento, como el ridículo estribillo de una canción de *music-hall*, eternamente citada, cantada a todas horas del día y de la noche, y apreciada por los golfillos callejeros como un infalible recurso cada seis meses. Salisbury salió a la calle y trató de olvidar a su enemigo entre los empujones de la multitud y el rugido y el estruendo del tráfico, pero al instante se encontró a sí mismo alejándose silenciosamente y deambulando por parajes desiertos, devanándose los sesos en vano tratando de hallar algún sentido a frases que no lo tenían. La llegada del jueves fue un gran alivio, pues recordó que tenía una cita con Dyson. Los fútiles ensueños del que se hacía llamar hombre de letras parecían divertidos en comparación con esta incesante repetición, esta perplejidad de la que no parecía poder escapar. Dyson estaba domiciliado en una de las calles más tranquilas que llevan del Strand al río y, al pasar Salisbury por la estrecha escalera que conducía a la morada de su amigo, vio que el tío había sido de veras benéfico. El suelo resplandecía y flameaba con todos los colores del Oriente; era, como Dyson observó pomposamente, «un ocaso de ensueño», y sus cortinas extrañamente elaboradas, en las que brillaban hilos dorados aquí y allá, impedían ver el crepúsculo de las calles londinenses, con sus faroles encendidos. En los estantes de un armario de roble había vasos y platos de vieja cerámica francesa, y grabados en blanco y negro, de los que no pueden encontrarse en el Haymarket o Bond Street, destacaban esplendorosamente sobre papel japonés. Salisbury se sentó en el banco que había junto al hogar y aspiró y mezcló los humos de incienso y de tabaco, maravillado y atónito ante todo este esplendor del reps^[1] verde y las oleografías, el espejo de marco dorado y el lustre de su propio apartamento.

—Me alegra que haya venido —dijo Dyson—. Es confortable este pequeño aposento, ¿no es cierto? No parece encontrarse usted muy bien, Salisbury. No le ocurre nada, ¿verdad?

—No; pero he estado bastante fastidiado estos últimos días. La verdad es que tuve una especie de extraña aventura, supongo que así podría llamarla, la noche que nos encontramos, y me ha preocupado bastante. Y lo más irritante es que se trata del disparate más simple; sin embargo, luego se lo contaré todo. Iba usted a referirme el resto de esa extraña historia que empezó en el restaurante.

—Sí. Pero me da miedo, Salisbury, es usted incorregible. Es usted esclavo de lo que llama evidencias. Sabe usted muy bien que en el fondo cree que la singularidad de este caso es creación mía únicamente, y que en realidad todo es tan natural como manifiesta la policía. Sin embargo, ya que he empezado, seguiré adelante. Pero primero beberemos algo y usted puede además encender su pipa.

Dyson se llegó hasta la alacena de roble y sacó del fondo una botella redonda y

dos vasitos, pintorescamente dorados.

—Es Benedictine —dijo—. Tomará un poco, ¿no?

Salisbury asintió, y los dos hombres se sentaron, bebiendo y fumando reflexivamente durante algunos minutos antes de que Dyson comenzara a hablar.

—Veamos —dijo finalmente—, estábamos en la pesquisa judicial, ¿verdad? No, ya terminamos con eso. ¡Ah!, ya recuerdo. Le estaba contando que, en general, había tenido éxito en mi investigación, pesquisa, o como quiera llamarla, sobre el caso. ¿No fue ahí dónde lo dejé?

—Sí, así fue. Para ser preciso, creo que la última palabra que mencionó sobre el asunto fue «aunque».

—Exacto. Desde la otra noche he estado todo el tiempo pensando y he llegado a la conclusión de que ese «aunque» es de veras considerable. Hablando sin rodeos, tengo que confesar que lo que descubrí, o creí descubrir, no significa en realidad nada. Estoy tan lejos del meollo del asunto como siempre. Sin embargo, puedo igualmente contarle lo que sé. Como recordará le dije que estaba muy impresionado con algunas observaciones de uno de los médicos que testimonió en el juicio. Así pues, decidí que mi primer paso debía consistir en tratar de sacarle a ese doctor algo más definido e inteligible. De un modo u otro me las arreglé para ser presentado al hombre: me citó para ir a verle. Resultó ser un tipo simpático y afable, bastante joven y de ninguna manera como los típicos médicos, y comenzó la charla ofreciéndome *whisky* y cigarros. No creí que valiera la pena andar con rodeos, así que empecé diciéndole que parte de su declaración en la investigación del caso Harlesden me había impresionado por su peculiaridad, y le mostré el recorte impreso con las líneas en cuestión subrayadas. Echó sólo un vistazo al trozo de papel y me miró con extrañeza.

»—A sí que le impresionó por su peculiaridad, ¡eh! —dijo—. Bien, debe usted recordar que el caso Harlesden fue muy peculiar. De hecho, creo que felizmente puedo decir que en lo referente a algunos rasgos específicos fue único, verdaderamente único.

»—Completamente de acuerdo —repliqué yo—, y por eso es por lo que me interesa y quiero saber más de él. Y pensé que si alguien podía darme alguna información ése sería usted. ¿Qué opina usted?

»—Era un tipo de pregunta bastante categórica, y mi doctor pareció bastante desconcertado.

»—Bien —dijo—. Como me imagino que el motivo de su pregunta debe ser simple curiosidad, creo que puedo contarle mi opinión un poco libremente. Así que señor —¿señor Dyson?— si quiere usted saber mi teoría, ahí va: creo que el doctor Black mató a su mujer.

»—Pero el veredicto —contesté yo— se extrajo de su propia declaración.

»—Cierto; el veredicto se dictó de acuerdo con la declaración de mi colega y con la mía y, dadas las circunstancias, creo que el jurado actuó con mucha sensatez. De

hecho, no veo qué otra cosa podían haber hecho. Pero yo me aferré a mi opinión, entiéndalo, y digo también esto: no me sorprendería que Black hubiera hecho lo que yo creo firmemente que hizo. Pienso que estaba justificado.

»—¿Justificado? ¿Cómo es eso? —pregunté. Estaba asombrado, como usted puede imaginar, por la respuesta obtenida. El doctor giró suavemente su silla y por un instante me miró resueltamente antes de contestar.

»—Supongo que no es usted un hombre de ciencia. Pues en ese caso no serviría de nada que yo le diera más detalles. Siempre me he opuesto firmemente a cualquier tipo de relación entre la fisiología y la psicología. Creo que ambas apuestan por el sufrimiento. Nadie reconoce más decididamente que yo la impracticable sima, el insondable abismo que separa al mundo consciente de todo cuanto rodea a la materia. Sabemos que cada cambio de consciencia suele venir acompañado de una nueva disposición de las moléculas de la sustancia gris; y eso es todo. Cuál es el vínculo entre ellos, o por qué coinciden, no lo sabemos, y la mayoría de los expertos cree que nunca podremos saberlo. Con todo, le diré que mientras hacía mi trabajo, con el escalpelo en la mano, tuve la convicción de que, a despecho de todas las teorías, lo que yacía frente a mí no era el cerebro de una mujer muerta, ni de ningún modo el cerebro de un ser humano. Por supuesto vi el rostro; pero estaba muy tranquilo, desprovisto de expresión. Debió haber sido, sin duda, un rostro hermoso, pero debo decir honestamente que no habría mirado ese rostro cuando todavía tenía vida ni por un millar de guineas, ni siquiera por dos veces esa suma.

»—Mi querido señor —dije—, me sorprende usted en extremo. Dice usted que no era el cerebro de un ser humano. ¿Qué era entonces?

»—El cerebro de un demonio —replicó—, y no me cabe la menor duda de que Black encontró alguna forma de acabar con él. Sea lo que fuese la señora Black, no estaba en condiciones de permanecer en este mundo. ¿Algo más? ¿No? Buenas noches.

»—Era una extraña opinión proveniente de un hombre de ciencia, ¿no? Cuando me dijo que no habría mirado esa cara mientras vivía por un millar de guineas, o dos millares de guineas, pensé en el rostro que yo había visto, pero no dije nada. Volví a Harlesden y fui de tienda en tienda, haciendo pequeñas compras y tratando de averiguar si les quedaba alguna propiedad de los Black, pero había poco que contar. Uno de los tenderos a los que me dirigí afirmó haber conocido bien a la difunta; solía comprarle todos los víveres que necesitaba en su pequeño hogar, pues nunca tuvieron sirvientes, aunque sí una asistente ocasionalmente, la cual no había visto a la señora Black desde meses antes de que muriera. Según el tendero, la señora Black era «una dama agradable», siempre amable y considerada, y tan encariñada con su marido y él de ella, según todos opinaban. Y sin embargo, dejando a un lado la opinión del doctor, yo sabía lo que había visto. Por tanto, después de pensar en ello y atar cabos, me pareció que la única persona que probablemente podría ayudarme era el mismo Black, y decidí encontrarle. Por supuesto no se le podía encontrar en Harlesden; había

abandonado el barrio, ya lo dije, inmediatamente después del funeral. Todo lo que contenía la casa había sido vendido, y un buen día Black tomó el tren con un baúl y se fue, nadie sabe dónde. Fortuitamente volví a oír hablar de él, y por pura casualidad le encontré finalmente. Un día paseaba por Gray's Inn Road, sin ningún destino en particular, mirando a mi alrededor, como solía, y sosteniendo fuerte mi sombrero, pues era un día borrascoso a comienzos de marzo y el viento hacía que se mecieran y temblaran las copas de los árboles de la posada. Había subido desde el final de Holborn y casi había tomado Theobald's Road cuando reparé en un hombre que caminaba frente a mí, apoyado en un bastón, y aparentemente muy débil. Había algo en su mirada que incitó mi curiosidad, no sé por qué, y comencé a caminar más rápido con la idea de alcanzarle, cuando de pronto su sombrero voló y, saltando sobre el pavimento, llegó a mis pies. Rescaté, por supuesto, el sombrero y le eché un vistazo mientras me dirigía hacia su propietario. Era toda una biografía: llevaba en su interior el nombre de un fabricante de Piccadilly, pero creo que ni un mendigo lo habría recogido del arroyo. Entonces levanté la mirada y vi al doctor Black de Harlesden esperándome. Cosa extraña, ¿no? Pero ¡qué cambio!, Salisbury. Cuando contemplé al doctor Black bajando las escaleras de su casa de Harlesden era un hombre erguido, que caminaba con firmeza sobre sus bien formados miembros; un hombre, diríamos, en la flor de la vida. Y ahora esta miserable criatura se inclinaba ante mí, encorvado y débil, marchitas las mejillas y el pelo prematuramente encanecido, los miembros temblorosos y renqueantes, y el sufrimiento en los ojos. Me dio las gracias por recoger su sombrero diciendo:

»—Creí que nunca podría alcanzarlo, no puedo correr mucho ahora. ¡Qué día más desapacible!, ¿verdad señor?

»—Y dicho esto se despidió; pero poco a poco procuré meterle en conversación y caminamos juntos en dirección este. Creo que el hombre se habría alegrado de librarse de mí, pero me propuse no abandonarle, y finalmente se detuvo frente a una miserable casa en una miserable calle. En verdad, creo que era uno de los barrios más pobres que jamás he Visto: casas que debían haber sido bastante sórdidas y horribles de nuevas, que habían acumulado porquería con los años, y ahora parecían desmoronarse y amenazaban con caerse.

»—Allá arriba vivo yo —dijo Black, señalando al tejado—, no en el frente, sino detrás. Aquí estoy muy tranquilo. No le pediré que suba ahora, pero tal vez algún otro día...

»—Le cogí la palabra y le dije que me alegraría mucho ir a verle. Me lanzó una extraña mirada, como si se preguntara por qué demonios yo o cualquier otro se preocupaban de él, y le dejé tanteando con su llavín en la cerradura. Supongo que me dirá usted que hice muy bien cuando le cuente que en unas pocas semanas me convertí en amigo íntimo de Black. Nunca olvidaré la primera vez que fui a su habitación; espero no volver nunca a ver una miseria tan abyecta y mugrienta. Un espantoso papel, en el que había desaparecido hacía tiempo cualquier dibujo o huellas

de él, colgaba de las paredes en enmohecidos pendones, dominado y poseído por la mugre de la aciaga calle. Sólo era posible mantenerse en posición erguida al fondo de la habitación, y la visión de la miserable cama y el olor a corrupción que lo impregnaba todo me hizo sentir mareos y me puso enfermo. Allí le encontré mascando un pedazo de pan; parecía sorprendido al comprobar que había cumplido mi promesa, pero me ofreció su silla y se sentó en la cama mientras hablamos. Solía ir a verle a menudo y tuvimos largas conversaciones, pero nunca mencionó Harlesden o a su mujer. Imagino que él me creía ignorante del asunto, o pensaba que si había oído hablar de él, nunca relacionaría al respetable doctor Black de Harlesden con el pobre morador de una buhardilla en lo más apartado de Londres. Era un hombre raro, y cuando nos sentábamos a fumar, a menudo me preguntaba si estaría loco o cuerdo, pues creo que los más insensatos sueños de Paracelso y de los rosacruces parecerían hechos corrientes en comparación con las teorías que le oí exponer sinceramente en aquel mugriento cuchitril. En una ocasión me aventuré a insinuarle algo por el estilo. Sugerí que algo de lo que había dicho estaba en rotunda contradicción con la ciencia y la experiencia.

»—No —contestó él—, con toda la experiencia no, pues la mía también cuenta. Yo no comercio con teorías no comprobadas; lo que digo lo he probado por mí mismo, y a un costo terrible. Existe un área del conocimiento que usted siempre ignorará, y que los sabios que la contemplan desde lejos rehúyen como la peste mientras pueden, pero que yo he visitado. Si usted supiera, si pudiera siquiera soñar lo que es posible hacer, lo que uno o dos hombres han hecho en este tranquilo mundo nuestro, su propia alma se estremecería y desfallecería dentro de usted. Lo que le he dicho no es sino la más simple envoltura, la capa externa de la verdadera ciencia; esa ciencia que significa muerte y que es más espantosa que la muerte misma para aquellos que la adquieren. No, cuando los hombres dicen que en el mundo ocurren cosas extrañas, saben muy poco del terror y el espanto que siempre las acompaña.

»—Alrededor del hombre flotaba una especie de fascinación que me atraía hacia él, y sentí bastante tener que abandonar Londres durante uno o dos meses: me perdería su singular charla. Pocos días después de regresar a la ciudad pensé ir a verle, pero cuando pulsé dos veces el timbre que solía utilizar, no obtuve respuesta. Volví a tocar de nuevo y ya me iba cuando se abrió la puerta y una sucia mujer me preguntó qué quería. Por su aspecto supuse que me había tomado por un policía de paisano que buscaba a alguno de sus inquilinos, pero cuando pregunté si estaba el señor Black, me dirigió una mirada bien distinta.

»—Aquí no vive el señor Black —dijo—. Se fue. Murió hace seis semanas. Siempre creí que estaba un poco chiflado, o que lo había estado y se había metido en cualquier lío. Solía salir todas las mañanas desde las diez a la una, y un lunes por la mañana le oímos llegar, meterse en su habitación y cerrar la puerta, y pocos minutos después, cuando nos sentábamos a almorzar, oímos tal grito que pensé que se habría ido en seguida. Luego se oyeron pisadas y bajó enfurecido, maldiciendo

espantosamente y jurando que le habían robado algo que valía millones. Después se cayó en el pasillo y creímos que había muerto. Le subimos a su habitación y le metimos en la cama, y me senté a esperar mientras mi marido fue a buscar a un médico. La ventana estaba abierta de par en par y había una cajita de hojalata, abierta y vacía, que él había dejado en el suelo, pero, por supuesto, nadie podía haber entrado por la ventana, y en cuanto a él es un disparate que tuviera algo de valor, pues frecuentemente se retrasaba varias semanas en el pago del alquiler, y mi marido le amenazaba muchas veces con echarle a la calle, pues, como él decía, tenemos una vida que proteger como el resto de la gente y, verdaderamente, eso es cierto; pero, de una forma u otra, no me gustaba hacerlo, aunque él era un tipo raro, y me imagino que hubiese sido mejor. Y luego llegó el doctor y le miró, y dijo que no podía hacer nada, y esa noche murió estando yo sentada junto a su cama; y puedo decirle que, entre unas cosas y otras, perdimos dinero con él, pues la poca ropa que tenía no valió casi nada cuando la llevaron a vender.

»—Le di a la mujer medio soberano por las molestias y me marché a casa pensando en el doctor Black y en el epitafio que ella había hecho de él, asombrándome ante la extraña idea de que hubiera sido objeto de un robo. Supongo que tenía muy poco que temer a ese respecto el pobre tipo; pero imagino que estaba realmente loco, y que murió en un acceso súbito de su manía. Su patrona dijo que una o dos veces que tuvo ocasión de entrar en su habitación (para apremiar al pobre desgraciado a pagar su alquiler, lo más probable) la tuvo en la puerta cerca de un minuto, y que cuando entró le vio guardar una caja de hojalata en la esquina junto a la ventana; supongo que estaría poseído con la idea de algún tesoro fabuloso, y se creería un hombre rico en medio de toda su miseria. *Explicit*, mi cuento se acabó, y, como verá usted, aunque conocí a Black, nada supe de su mujer o de la historia de su muerte. Así está el caso Harlesden, Salisbury, y creo que me interesa aún más profundamente porque no parece existir ni la más remota posibilidad de que yo o cualquier otro sepamos algo más sobre él. ¿Qué piensa usted?

—Bueno, Dyson, debo decir que creo que ha conseguido usted rodear a todo el asunto de un misterio de su propia creación. Voto por la solución del doctor: Black asesinó a su esposa, estando con toda probabilidad en un estado latente de locura.

—¿Qué? ¿Cree usted entonces que la mujer era demasiado espantosa, demasiado terrible para permitírsele permanecer sobre la tierra? Recordará que el doctor dijo que se trataba del cerebro de un diablo.

—Sí, sí, pero hablaba metafóricamente, por supuesto. Realmente es una cuestión simple si usted lo considera solamente así.

—¡Ah!, bueno, puede que esté usted en lo cierto; pero todavía no estoy seguro de que lo está. Muy bien, mejor es que no discutamos más. ¿Un poco más de Benedictine? Eso es; pruebe un poco de este tabaco. Decía usted que había estado preocupado por algo..., algo que sucedió la noche que cenamos juntos.

—Sí, había estado inquieto, Dyson, muy inquieto. Yo... la verdad es que es un

asunto tan trivial, tan absurdo, que me avergüenzo de molestarle con él.

—No importa, absurdo o no, dígamelo.

Con muchas vacilaciones y mucho rencor íntimo por lo disparatado del asunto, Salisbury contó su historia, y repitió de mala gana la absurda información y las todavía más absurdas rimas del recorte de papel, esperando que Dyson estallara en carcajadas.

—¿No es una pena que me deje preocupar por cosas como éstas? —preguntó, después de balbucear las rimas una vez, dos veces, tres veces.

Dyson escuchó gravemente hasta el final y meditó unos minutos en silencio.

—Sí —dijo finalmente—, fue una curiosa casualidad que se refugiara usted en la arcada justo cuando pasaban aquellos dos. Pero no sé si debería calificar de tonterías a lo que estaba escrito en el papel; por supuesto es extraño, pero supongo que para alguien tiene sentido. ¿Quiere repetirlo otra vez? Yo lo anotaré. Quizás podamos encontrar algún tipo de clave, aunque lo considero poco probable.

De nuevo los reacios labios de Salisbury balbucearon lentamente los disparates que tanto aborrecía, mientras Dyson tomaba nota en una hoja de papel.

—¿Quiere echar un vistazo a esto? —dijo, cuando acabó de anotar—. Puede ser importante que cada palabra esté en su debido lugar. ¿De acuerdo?

—Sí; es una copia fiel. Pero no creo que saque usted mucho de ella. Seguro que es una simple bobada, un galimatías sin sentido. Ahora debo marcharme, Dyson. No, no me diga más; ese asunto suyo es bastante complicado. Buenas noches.

—Supongo que le gustaría tener noticias mías si descubro algo.

—No, ¡ni hablar!; no quiero volver a oír hablar del asunto. Puede usted considerar el descubrimiento, si existe alguno, como propio.

—Muy bien. Buenas noches.

IV

BASTANTES horas después de que Salisbury hubiera regresado junto a sus sillas de reps verde, Dyson continuaba sentado en su escritorio, una verdadera fantasía japonesa, fumando pipa tras pipa y meditando acerca del relato de su amigo. La extraña índole de la inscripción que había molestado a Salisbury era para él una atracción, y de vez en cuando la cogía y escudriñaba atentamente lo que había escrito, especialmente el pintoresco verso final. Decidió que era una señal, un símbolo, y no

una clave; y que la mujer que lo había arrojado al suelo con toda probabilidad ignoraba por completo su significado; ella era solamente el instrumento del «Sam» que había insultado y abandonado, y él a su vez era el instrumento de algún desconocido; posiblemente del individuo llamado Q, que había sido obligado a visitar a sus amigos franceses. Pero ¿qué hacer con la frase «atravesar Handel's.»? Aquí estaba la raíz y el origen del enigma, y ni todo el tabaco de Virginia parecía probable que le proporcionara alguna pista. La situación parecía casi desesperada, pero Dyson se consideraba a sí mismo el Wellington de los misterios y se fue a la cama en la seguridad de que más pronto o más tarde daría con la pista adecuada. Los días siguientes estuvo enfrascado en su trabajo literario, que constituía un profundo misterio incluso para el más íntimo de sus amigos, el cual buscaba infructuosamente en el quiosco del ferrocarril el resultado de tantas horas pasadas ante el escritorio japonés en compañía de tabaco fuerte y té cargado. En esta ocasión Dyson se confinó en su habitación durante cuatro días, y con verdadero alivio dejó su pluma y salió a la calle en busca de descanso y aire fresco. Acababan de encender las farolas de gas y la quinta edición de los periódicos de la tarde era voceada por las calles. Buscando tranquilidad, Dyson se desvió del clamoroso Strand y empezó a dirigirse hacia el noroeste. Pronto se encontró en calles en donde resonaban sus pasos y, cruzando una nueva y amplia vía y torciendo luego hacia el oeste, Dyson descubrió que había penetrado en lo más profundo del Soho. Aquí había vida de nuevo: raras cosechas de Francia y de Italia, a precios que parecían desdeñosamente bajos, atraían a los transeúntes; aquí había quesos enormes y sabrosos, allí aceite de oliva, y allá un bosque de rabelesianas salchichas; mientras, en una tienda cercana parecía estar a la venta toda la prensa de París. En medio de la calzada deambulaba de un lado para otro una extraña mezcla de naciones, raramente se aventuraban por allí las berlinas y los cabriolés; y desde sus ventanas los habitantes contemplaban complacidos la escena. Dyson siguió su camino lentamente, mezclándose con la multitud sobre el adoquinado, escuchando la extraña babel del francés, el alemán, el italiano y el inglés, y echando un vistazo de vez en cuando a los escaparates de las tiendas con sus filas de botellas alineadas; casi había llegado al final de la calle cuando le llamó la atención una pequeña tienda en la esquina, que contrastaba vivamente con sus vecinas. Era la típica tienda de barrio pobre; una tienda completamente inglesa. En ella se vendían tabaco y dulces, baratas pipas de barro y de madera de cerezo; cuadernos y palilleros de a penique alternaban preferentemente con canciones burlescas; y folletines por entregas con espantosos grabados mostraban que el romance reclamaba su lugar junto a las realidades de la prensa vespertina, cuyos carteles ondeaban en el portal. Dyson echó una ojeada al nombre que figuraba encima de la puerta, y permaneció tembloroso junto a la acera, pues una angustia profunda, como la de alguien que hace un descubrimiento, le había dejado momentáneamente inmóvil. El nombre de la tienda era Travers. Dyson miró de nuevo hacia arriba, esta vez en dirección de la esquina de la pared por encima de la farola, y leyó en letras

blancas sobre fondo azul las palabras «Handel Street, W. C», y la leyenda se repetía en caracteres más borrosos justo debajo. Dio un suspiro de satisfacción, y sin más entró audazmente en la tienda y miró fijamente en plena cara al hombre gordo que estaba sentado tras el mostrador. El individuo se levantó y le devolvió la mirada con curiosidad, y luego comenzó con una expresión estereotipada:

—¿Qué puedo hacer por usted, señor?

A Dyson le divertía su situación y la naciente perplejidad del rostro del tendero. Apoyó cuidadosamente su bastón contra el mostrador, e inclinándose sobre él, dijo lenta e impresionantemente:

—Una vez alrededor del césped, dos veces alrededor de la amada, y tres veces alrededor del arce.

Dyson había calculado que sus palabras producirían algún efecto y no quedó defraudado. El vendedor de misceláneas quedó con la boca abierta como un pez y se apoyó en el mostrador. Cuando habló, después de un breve intervalo, lo hizo con voz ronca, trémula y vacilante.

—¿Le importaría repetirlo, señor? No le he entendido del todo.

—Desde luego no pienso hacer nada por el estilo, buen hombre. Oyó usted perfectamente bien lo que le dije. Veo que tiene usted un reloj en su tienda; un admirable cronómetro, sin duda. Bien, le doy un minuto por su propio reloj.

El hombre miró en torno con perpleja indecisión, y a Dyson le pareció que ya iba siendo hora de mostrarse atrevido.

—Mire allí, Travers, casi se le ha terminado el tiempo. Creo que usted ha oído hablar de Q. Recuerde, su vida está en mis manos. ¡Vamos!

Dyson se sobresaltó por el resultado de su propia audacia. El hombre se contrajo y quedó paralizado por el terror, el sudor caía por su rostro blanco ceniza, y levantó las manos.

—Señor Davies, señor Davies, no diga eso... ¡por el amor de Dios! No le reconocí al principio, créame. ¡Dios mío, señor Davies!, no querrá arruinarme, ¿verdad? En seguida se lo traeré.

—Más vale que no pierda más tiempo.

El hombre se escabulló patéticamente de su propia tienda y entró en una habitación posterior. Dyson escuchó sus temblorosos dedos manejando torpemente un manojo de llaves y el chirriar de una caja al abrirse. Al poco regresó llevando en las manos un pequeño paquete cuidadosamente envuelto en papel marrón, y, lleno de terror, se lo entregó a Dyson.

—Me alegra desembarazarme de él —dijo—. No volveré a aceptar encargos de esta índole.

Dyson cogió el paquete y su bastón, y salió de la tienda con una inclinación de cabeza, volviéndose al pasar por la puerta. Travers se había arrellanado en su asiento, con el rostro todavía lívido por el miedo y una mano sobre los ojos y, mientras se iba rápidamente, Dyson especuló mucho sobre lo que podrían ser esos extraños acordes

que tan toscamente había pulsado. Llamó al primer cabriolé que vio y regresó a casa; y en cuanto hubo encendido su lámpara suspendida y dejado el paquete sobre la mesa, se detuvo unos instantes preguntándose por la extraña cosa que pronto iluminaría la luz de la lámpara. Cerró la puerta, cortó las cuerdas, desplegó el papel capa a capa, y finalmente dio con una pequeña caja de madera, sencilla pero sólida. No tenía cerradura, y Dyson no tuvo más que levantar la tapa: cuando lo hizo exhaló un prolongado suspiro y retrocedió. La lámpara parecía brillar tenuemente como una vela; sin embargo, toda la habitación resplandecía de luz, y no de un solo tono, sino con miles de colores, como una vidriera pintada; en las paredes de la habitación y sobre los muebles familiares, el resplandor brillaba de nuevo y parecía volver a su origen, la pequeña caja de madera. Pues en ella, sobre un blanco lecho de lana, descansaba la más espléndida joya, una joya como jamás pudo soñar Dyson, en cuyo interior brillaba el azul de lejanos cielos, el verde del mar junto a la costa, el rojo del rubí, y rayos violeta oscuro, y en medio de todo parecía llamear, como si un surtidor de fuego ascendiera y descendiera y volviera a ascender entre destellos, como en los colgantes estrellados. Dyson lanzó un profundo suspiro, se dejó caer en su silla, y se tapó los ojos con las manos para pensar. La joya parecía un ópalo, pero en su larga experiencia de escaparates de tiendas no sabía de ningún ópalo que alcanzara una cuarta o una octava parte de ese tamaño. Miró de nuevo a la piedra casi con temor, y la colocó suavemente sobre la mesa, bajo la lámpara, pudiendo contemplar el maravilloso reflejo que brillaba y centelleaba en su centro; entonces volvió a la caja, curioso por saber si contendría otras maravillas. Levantó el lecho de lana sobre el que se recostaba el ópalo y encontró debajo no más joyas, sino un viejo libro de bolsillo, desgastado y raído por el uso. Dyson lo abrió por la primera página y lo dejó caer espantado. Había leído el nombre de su dueño, esmeradamente escrito con tinta azul.

Dr. STEVEN BLACK

Oranmore,
Devon Road,
Harlesden.

Pasaron varios minutos antes de que Dyson se resignara a abrir por segunda vez el libro. Rememoró el espantoso cautiverio en su buhardilla; y su extraña conversación, y también el recuerdo del rostro que había visto en la ventana, y lo que había dicho el especialista, se apoderaron de su mente y, mientras sus dedos asían la cubierta, se estremeció, temeroso de lo que podía haber escrito en su interior. Cuando finalmente lo abrió y pasó las páginas, encontró las dos primeras en blanco, pero la tercera estaba cubierta por una escritura clara y menuda, y Dyson empezó a leer con la luz del ópalo brillando en sus ojos.

V

«**D**ESDE que era joven —comenzaba la anotación— he dedicado todo mi ocio, y buena parte del tiempo que debería haber empleado en otros estudios, a la investigación de las más curiosas y ocultas ramas del saber. Nunca me he sentido atraído por los llamados comúnmente placeres de la vida, y vivía solitario en Londres, eludiendo a mis compañeros de estudios, y a la vez evitado por ellos a causa de mi ensimismamiento y mi indiferencia. Era enormemente feliz con tal de poder satisfacer mi deseo de conocimientos de cierta índole peculiar, cuya misma existencia constituye un profundo secreto para la mayoría de la humanidad, y a menudo he pasado noches enteras sentado en la oscuridad de mi habitación, pensando en el extraño mundo a cuyo borde me había asomado. Mis estudios profesionales, sin embargo, y la necesidad de obtener un título, me obligaron por algún tiempo a posponer mis investigaciones secretas, y poco después de doctorarme conocí a Agnes, que se convirtió en mi esposa. Alquilamos una casa nueva en este remoto suburbio, y comencé la habitual rutina de una discreta práctica, y durante algunos meses viví bastante feliz, participando en la vida que me rodeaba y pensando sólo en raras ocasiones en esa ciencia oculta que una vez me había fascinado. Conocía lo suficiente acerca de los caminos que había empezado a transitar como para saber que eran difíciles y peligrosos, que en su perseverancia implicaban con toda probabilidad la destrucción de la vida, y que conducían a regiones tan terribles que la mente humana retrocedía horrorizada con sólo pensarlo. Además, la tranquilidad y la paz que había gozado desde que me casé, me había alejado en gran parte de lugares donde sabía que no podía haber paz. Pero súbitamente —creo de veras que fue producto de una sola noche, mientras yacía sobre la cama contemplando la oscuridad—, súbitamente, decía, el viejo deseo, el pasado anhelo, volvió, y lo hizo con una fuerza que, en su ausencia, se había intensificado diez veces. Cuando despuntó el día y me asomé a la ventana, viendo con ojos extraviados la salida del sol por el este, supe que mi destino estaba marcado; que al haber llegado tan lejos, ahora debía ir todavía más allá con paso firme. Volví a la cama donde mi esposa dormía apaciblemente, y me acosté de nuevo, derramando amargas lágrimas, pues el sol se había puesto sobre nuestra existencia feliz para cernirse como una horrible amenaza sobre ambos. No pondré aquí por escrito con todo detalle lo que siguió; aparentemente fui a mi trabajo como antes y no dije nada a mi esposa. Pero pronto ella notó que yo había cambiado; pasaba mi tiempo libre en una habitación que había equipado como un laboratorio, y a menudo me deslizaba escaleras arriba en el gris amanecer, cuando todavía brillaban sobre Londres las luces de innumerables farolas; y cada noche me acercaba más a esa gran sima que iba a salvar, el abismo entre el mundo consciente y el mundo material. Realicé numerosos experimentos de índole complicada, y pasaron algunos meses antes de que me diera cuenta de la dirección en

que apuntaban; cuando, por un momento, los pude probar en mí mismo, sentí que mi rostro palidecía y que mi corazón enmudecía dentro de mí. Pero hace ya tiempo que perdí la facultad de volverme atrás, la facultad de detenerme ante las puertas que ahora se me abren de par en par y no entrar; la retirada estaba cortada, y yo únicamente podía seguir adelante. Mi posición era tan absolutamente desesperada como la de un prisionero en una mazmorra, cuya única luz es la de la mazmorra de arriba; las puertas estaban cerradas y la huida era imposible. Los experimentos dieron, uno tras otro, el mismo resultado, y yo sabía, y me acobardaba en cuanto el pensamiento cruzaba mi mente, que para la tarea que tenía que hacer necesitaba medios que ningún laboratorio podía suministrar, que ninguna escala podía medir. En esa tarea, de la cual incluso dudaba de escapar con vida, debía tomar parte la vida misma. Había que arrancar de algún ser humano esa esencia que los hombres llaman alma, y en su lugar (pues en el esquema del mundo no hay aposentos vacantes) poner algo que los labios difícilmente pueden pronunciar, que la mente no puede concebir sin un terror más espantoso que el terror a la muerte misma. Y cuando supe esto, supe también sobre quién recaería este destino: escruté los ojos de mi esposa. Si en ese momento hubiera salido y, cogiendo una cuerda, me hubiera ahorcado, podría haberme librado, y ella también, pero de ninguna otra manera. Finalmente se lo conté todo. Ella se estremeció y se lamentó, y solicitó la ayuda de su madre muerta, y me pidió clemencia, y yo solamente pude suspirar. No le oculté nada; le conté en lo que se convertiría y lo que se introduciría en lugar de su vida; le hablé de toda la infamia y de todo el horror. Usted, que ha abierto la caja y ha visto su contenido, y que leerá esto cuando yo esté muerto —si de veras permito que esta relación subsista—, no sé si podrá entender lo que yace oculto en el ópalo. Pues una noche mi esposa consintió en lo que yo le pedí, con lágrimas corriéndole por el hermoso rostro y el cuello y el pecho ruborizados por la sofocante vergüenza, consintió en sufrir esto por mí. Abrí la ventana de par en par y juntos contemplamos por última vez el cielo y la sombría tierra; era una estupenda noche estrellada, y soplabla una agradable brisa; la besé en los labios y sus lágrimas me resbalaron por las mejillas. Aquella noche ella bajó a mi laboratorio, y allí, con los postigos cerrados y atrancados, con las cortinas tupidamente corridas, de manera que hasta las mismas estrellas quedasen fuera del alcance de la vista, mientras el crisol siseaba y la lámpara rebosaba, hice lo que tenía que hacer, y conduje afuera a lo que ya no era una mujer. Pero el ópalo flameaba y destellaba sobre la mesa con un brillo como jamás contemplaron ojos humanos, y los rayos del fuego que ardía en su interior deslumbraban y relucían, y resplandecían incluso en mi corazón. Mi esposa solamente me pidió una cosa: que la matara cuando finalmente sucediera lo que yo le había contado. He cumplido esta promesa».

No había nada más. Dyson dejó caer el pequeño libro y volvió a mirar de nuevo el ópalo con su llameante luz interior, y luego, con el corazón embargado de indecible e

irresistible horror, cogió la joya, la arrojó al suelo, y la pisoteó con sus tacones. Mientras se alejaba su rostro palideció de terror y, por un momento, se sintió enfermo y tembloroso, y luego con un sobresalto cruzó la habitación y se apoyó contra la puerta. Podía escucharse un siseo amenazador, como un escape de vapor a elevada presión, y al mirar, inmóvil, la joya, vio que de su mismo centro brotaba lentamente un denso reguero de humo amarillo, que subía en espirales en forma de serpiente. Entonces, del humo brotó una tenue llama blanca que ardió vertiginosamente y desapareció en el aire; y en el suelo quedó una especie de ceniza negra que se pulverizaba al tacto.

EL PUEBLO BLANCO

Prólogo

—**L**A brujería y la santidad —dijo Ambrose— son las únicas realidades. Ambas son un éxtasis, una renuncia a la vida corriente.

Cotgrave escuchaba con interés. Un amigo le había llevado a esta casa medio en ruinas situada en un suburbio al norte de la ciudad y, a través de un viejo jardín, le había conducido hasta la habitación donde Ambrose el solitario dormitaba y soñaba junto a sus libros.

—Sí —prosiguió—, la magia justifica a sus partidarios. Muchos de ellos, creo, sólo comen mendrugos secos y no beben más que agua, y, no obstante, sienten un gozo infinitamente más intenso que el que puedan experimentar los epicúreos «prácticos».

—¿Se refiere usted a los santos?

—Sí, y también a los pecadores. Creo que está usted cayendo en el error, tan frecuente, de reducir el mundo espiritual a lo sumamente bueno; pero lo sumamente perverso necesariamente forma parte de él. El hombre meramente carnal, sensual, no tiene mayores posibilidades de convertirse en un gran pecador que en un gran santo. La mayoría de nosotros no somos más que criaturas indiferentes y confusas; pasamos por el mundo sin damos cuenta del significado y el sentido oculto de las cosas y, en consecuencia, nuestra maldad o nuestra bondad son más bien de segunda categoría, insignificantes.

—¿Cree usted, entonces, que los grandes pecadores son unos ascetas como los grandes santos?

—Los grandes, del tipo que sean, desechan las copias imperfectas y prefieren los modelos originales. No me cabe la menor duda de que muchos de los más excelsos santos jamás hicieron una «buena acción» (empleando esta palabra en su sentido corriente). Y, por otra parte, ha habido quienes han sondeado en lo más hondo del pecado y en toda su vida jamás han hecho una «mala acción».

Ambrose salió un momento de la habitación, y Cotgrave, encantado, se volvió a su amigo y le dio las gracias por habérselo presentado.

—Es estupendo —dijo—. Nunca vi anteriormente a un lunático de esta especie.

Ambrose regresó con más *whisky* y sirvió a los dos hombres con generosidad.

Denigró con ferocidad a la secta de los abstemios mientras alcanzaba el agua de Seltz y, sirviéndose un vaso, iba a reanudar su monólogo cuando intervino Cotgrave.

—No puedo soportarlo, ¿sabe usted? —dijo—; sus paradojas son demasiado monstruosas. ¡Un hombre puede ser un gran pecador y, sin embargo, no haber hecho nunca nada pecaminoso! ¡Vamos anda!

—Está usted completamente equivocado —dijo Ambrose—, yo nunca digo paradojas, ¡ojalá pudiera! Decía simplemente que un hombre puede tener un paladar exquisito para el Romanee Conti y, sin embargo, no haber olido nunca una cerveza. Eso es todo, y más que una paradoja es una perogrullada, ¿no le parece? Mi observación le ha sorprendido porque no ha comprendido lo que es el pecado. ¡Oh!, sí, hay una especie de relación entre el Pecado con mayúscula y las acciones llamadas comúnmente pecaminosas: asesinato, robo, adulterio, y demás. Poco más o menos la misma relación que existe entre el alfabeto y la buena literatura. Pero yo creo que este concepto erróneo, que es casi universal, surge en gran medida de nuestra forma de enfocar el asunto desde un punto de vista social. Pensamos que un hombre que causa algún mal a *nosotros* y a sus propios vecinos debe ser muy malo. Así es desde un punto de vista social; pero ¿no se da usted cuenta de que el Mal en su esencia es una manía solitaria, una pasión del alma única e individual? Realmente, el asesino medio no es de ninguna manera, como asesino, un pecador en el verdadero sentido de la palabra. Simplemente es una bestia salvaje de la que debemos desembarazarnos para poner nuestros cuellos a salvo. Lo clasificaría más bien entre los tigres que entre los pecadores.

—Eso parece un poco raro.

—Yo creo que no. El asesino no mata por sus cualidades positivas, sino por las negativas; carece de algo que poseen los no asesinos. El mal, desde luego, es totalmente positivo, sólo que está del lado equivocado. Puede creermelo, el pecado en su sentido estricto es muy raro; es probable que haya habido muchos menos pecadores que santos. Sí, su punto de vista es muy apropiado para la vida social y práctica; por naturaleza nos inclinamos a creer que una persona que nos desagrade profundamente debe ser un gran pecador. Es muy desagradable que le roben a uno la cartera y, por tanto, al ladrón lo calificamos de gran pecador. En verdad, es simplemente un hombre sin desarrollar. No puede ser un santo, por supuesto, pero sí puede ser una persona infinitamente mejor que otras muchas que nunca han quebrantado un solo mandamiento. Es un fastidio para *nosotros*, lo admito, y hacemos muy bien en encarcelarlo si lo cogemos; pero entre esta acción molesta y antisocial y el mal..., ¡ay!, la relación es de lo más tenue.

Se estaba haciendo muy tarde. El hombre que había llevado a Cotgrave probablemente habría oído todo esto antes, ya que atendía con una amable y juiciosa sonrisa; pero Cotgrave empezó a pensar que su «lunático» estaba resultando ser un sabio.

—¿Sabe usted —dijo— que me está interesando enormemente? ¿Cree usted,

entonces, que no comprendemos la auténtica naturaleza del mal?

—No, no creo que la comprendamos. La sobrevaloramos y la infravaloramos a la vez. Prestamos atención a las muy numerosas infracciones de nuestros «estatutos» sociales —reglas muy necesarias y apropiadas para que el hombre pueda vivir en compañía— y nos asustamos por el predominio del «pecado» y el «mal». Pero esto es realmente absurdo. Considere usted el robo, por ejemplo. ¿Siente usted algún *horror* al pensar en Robin Hood, en los merodeadores escoceses del siglo XVII, en los bandoleros o en los empresarios de hoy en día?

—Luego, por otra parte, subestimamos el mal. Damos tan enorme importancia al «pecado» de intromisión en nuestros bolsillos (y en nuestras esposas) que hemos olvidado completamente la atrocidad del auténtico pecado.

—¿Y qué es el pecado? —dijo Cotgrave.

—Creo que tendré que contestarle con otra pregunta. ¿Qué sentiría usted, en serio, si su gato o su perro comenzasen a hablarle y a discutir con usted con acento humano? Quedaría usted anonadado por el pavor. Estoy seguro de ello. Y si las rosas de su jardín le cantaran una canción sobrenatural, se volvería usted loco. Y suponga que los adoquines de la calle comenzaran a hincharse y a crecer ante sus ojos, y que el guijarro que usted observó por la noche hubiese echado capullos de piedra por la mañana.

»—Bien, estos ejemplos pueden darle alguna idea acerca de lo que realmente es el pecado.

—Oigan —dijo el tercer hombre, hasta entonces apacible—, ustedes dos parecen disfrutar con la conversación. Pero yo me voy a casa. He perdido el último tranvía y tendré que caminar.

Ambrose y Cotgrave parecieron sumergirse todavía más profundamente en su conversación cuando el otro contertulio partió en la brumosa madrugada, a la pálida luz de los faroles.

—Me asombra usted —dijo Cotgrave—. Nunca pensé en eso. Si realmente es así, todo puede ponerse patas arriba. Entonces, la esencia del pecado es en realidad...

—Tomar al asalto el cielo, me parece a mí —dijo Ambrose—. En mi opinión se trata simplemente de un intento de penetrar en otra esfera más elevada, de un modo prohibido. De ahí que pueda comprenderse fácilmente el porqué de su rareza. Hay pocos, en efecto, que deseen penetrar en otras esferas, ya sean más elevadas o más bajas, por procedimientos permitidos o prohibidos. Los hombres, en general, están muy contentos con la vida tal como la encuentran. Por consiguiente, hay pocos santos y todavía menos pecadores (en sentido estricto), y son igualmente raros los hombres de genio, que a veces participan de ambas naturalezas. Sí, en general, es tal vez más difícil ser un gran pecador que un gran santo.

—¿Quiere usted decir que hay algo profundamente antinatural en el pecado?

—Exactamente. La santidad requiere un esfuerzo tan grande, o casi tan grande; pero se mueve dentro de unos límites que *fueron* naturales alguna vez; es un esfuerzo

por recobrar el éxtasis previo a la Caída. Sin embargo, el pecado es un esfuerzo por alcanzar el éxtasis y la sabiduría que pertenecen únicamente a los ángeles, y al hacer este esfuerzo el hombre se convierte en un demonio. Ya le dije a usted que el simple asesino no es *por eso* un pecador; esto es cierto, pero el pecador es a veces asesino. Gilles de Rais es un ejemplo. Así que puede usted comprender que, aunque el bien y el mal son antinaturales para el hombre de hoy en día, para el ser civilizado y social el mal es antinatural en un sentido mucho más profundo que el bien. El santo procura recobrar un don que ha perdido; el pecador trata de obtener algo que nunca fue suyo. En resumen, repite la Caída.

—Pero ¿usted es católico? —dijo Cotgrave.

—Sí; soy miembro de la perseguida Iglesia Anglicana.

—Entonces, ¿qué me dice usted de esos textos que parecen considerar como pecado todo aquello que usted atribuiría a un simple y trivial descuido?

—Sí; pero en algún lugar se incluye la palabra «brujo» en la misma frase, ¿no? Me parece que eso nos da la clave. Considere usted: ¿puede imaginarse por un momento que fuera pecado una falsa declaración que salvase la vida a un inocente? No; muy bien, entonces no es el simple embustero el que es excluido mediante esas palabras; son, sobre todo, los «brujos», que utilizan la vida material, que utilizan las flaquezas inherentes a la vida material para obtener sus perversos fines. Y permítame decirle esto: nuestros sentidos superiores están tan embotados, estamos tan empapados de materialismo, que, probablemente, no lograríamos reconocer la verdadera maldad si tropezásemos con ella.

—Pero... ¿no experimentaríamos ante la sola presencia de un hombre malvado un cierto horror, un terror como el que usted sugirió que experimentaríamos si un rosal nos cantara?

—Lo haríamos si tuviésemos naturalidad: los niños y las mujeres sienten ese horror del que usted habla, e incluso los animales. Pero a la mayoría de nosotros, los convencionalismos, la civilización y la educación nos han dejado ciegos y sordos y han oscurecido nuestra propia razón. No; a veces podemos reconocer el mal por su aborrecimiento del bien (no se necesita ser muy penetrante para adivinar la influencia que dictó, en forma absolutamente inconsciente, la crítica a Keats en la revista *Blackwood*), pero esto es puramente accidental; y, por regla general, sospecho que los Jerarcas de Tófet^[2] pasan completamente inadvertidos o, quizás, son tomados, en ciertos casos, por hombres buenos, pero a lo sumo equivocados.

—Hace un momento ha empleado usted la palabra «inconsciente» al referirse a los críticos de Keats. ¿Es siempre inconsciente la maldad?

—Siempre. Debe serlo. En este aspecto, como en tantos otros, es comparable a la santidad y a la genialidad; es una especie de raptó o éxtasis del alma; un esfuerzo extraordinario por sobrepasar los límites habituales. Así, al sobrepasar éstos, sobrepasa también la comprensión, esa facultad que presta atención a todo aquello que le precede. No; un hombre puede ser horrible e ilimitadamente perverso sin que

nunca llegue a sospecharlo. Pero, como le digo, el mal en su verdadero sentido es raro, y creo que cada vez lo es más.

—Estoy intentando comprenderlo —dijo Cotgrave—. De lo que usted dice, deduzco que el verdadero mal difiere genéricamente de lo que solemos llamar mal, ¿no es eso?

—En efecto. Sin duda existe una analogía entre los dos; un parecido semejante al que nos autoriza legítimamente a utilizar expresiones tales como «al pie de la montaña» o «la pata de la mesa». Y, a veces, por supuesto, los dos hablan, por así decirlo, el mismo lenguaje. El rudo minero, o el indisciplinado y rudimentario «fiera», calentado por una o dos copas de más, llega a casa y pega a su irritante y poco juiciosa esposa hasta matarla. Es un asesino. Como Gilles de Rais. Pero ¿se da usted cuenta del abismo que separa a ambos? La «palabra», si me es permitido hablar así, es accidentalmente la misma en ambos casos, pero el «significado» es completamente diferente. Confundirlos constituye un caso flagrante de solecismo^[3], o más bien, es como suponer que Juggernaut^[4] y los Argonautas tienen algo que ver etimológicamente entre sí. Y, sin duda, existe la misma leve semejanza o analogía, entre los pecados «sociales» y los pecados auténticamente espirituales; y en algunos casos, tal vez, los menores sirvan de «lección» que remita a los mayores, pasando de la quimera a la realidad. Si realmente es usted teólogo, comprenderá la importancia de todo esto.

—Siento decirle —observó Cotgrave— que he dedicado muy poco tiempo a la teología. Efectivamente, a menudo me he preguntado por qué razones los teólogos han reclamado para su asignatura favorita el calificativo de Ciencia de las Ciencias; pues los únicos libros «teológicos» que he hojeado me han parecido siempre que trataban de tenues y obvias devociones, o bien de los reyes de Israel y Judá. Y no quiero saber nada de esos reyes.

Ambrose sonrió desdeñosamente.

—Debemos tratar de evitar una discusión teológica —dijo—. Me doy cuenta de que usted sería un adversario implacable. Pero, tal vez, las «citas de los reyes» tengan tanto que ver con la teología como las tachuelas de los zapatos del minero asesino con el mal.

—Entonces, volviendo a nuestro asunto, ¿cree usted que el pecado es algo esotérico y oculto?

—Sí. Es un prodigio infernal, de la misma manera que la santidad lo es celestial. De vez en cuando, se eleva hasta tal grado que de ningún modo logramos imaginarnos su existencia; es como las notas de los tubos de un órgano, que son tan graves que no podemos oírlas. En otros casos, puede llevarnos al manicomio, o a consecuencias todavía más extrañas. Pero nunca debe usted confundirlo con el mero delito social. Recuerde que el Apóstol, hablando del «reverso de la medalla», distingue entre acciones «caritativas» y caridad. Y lo mismo que uno puede dar todos sus bienes a los pobres, y sin embargo carecer de caridad, así, no lo olvide, puede uno

evitar todos los crímenes y ser, no obstante, un pecador.

—Su psicología me resulta muy extraña —dijo Cotgrave—; pero le confieso que me agrada, y supongo que de sus premisas puede deducirse razonablemente la conclusión de que el auténtico pecador muy posiblemente puede dar la impresión a un observador imparcial de ser un personaje completamente inofensivo.

—Desde luego; porque el auténtico mal nada tiene que ver con la vida o las leyes sociales, o, si lo tiene, es sólo de forma secundaria y accidental. Es una pasión solitaria del alma, o una pasión del alma solitaria, como usted prefiera. Si, por casualidad, la percibimos y captamos su significado exacto, entonces, verdaderamente, nos llenará de horror y de terror. Pero esta emoción es muy distinta del miedo y el asco con que consideramos al criminal corriente, pues este último sentimiento está basado totalmente, o en gran parte, en la estima que sentimos por nuestro propio pellejo o bolsa. Odiamos al asesino porque odiamos ser asesinados, o que asesinen a los que queremos. Así, en el «reverso de la medalla», veneramos a los santos, pero no los queremos como a nuestros amigos. ¿Puede usted convencerse a sí mismo de que se habría «divertido» en compañía de San Pablo? ¿Cree que usted y yo nos habríamos «llevado bien» con *Sir Galahad*?

»—Lo mismo que con los santos, ocurre con los pecadores. Si se tropezara usted con un hombre perverso y reconociera su maldad, sin duda le llenaría de horror y de temor, pero no habría razón para que le cayera «antipático». Por el contrario, es del todo posible que si usted lograra quitarse de la cabeza la noción de pecado, encontraría en el pecador un compañero estupendo, y en poco tiempo podría razonarse a sí mismo el sentido que tiene su horror. Sin embargo, sería espantoso que las rosas y los lirios cantaran súbitamente en el próximo amanecer; que los muebles comenzaran a moverse en procesión, como en el cuento de Maupassant^[5].

—Me alegra que vuelva a utilizar esa comparación —dijo Cotgrave—, porque quisiera preguntarle qué correspondencia tienen entre los humanos esas proezas imaginarias de los objetos inanimados. En una palabra: ¿qué es el pecado? Ya sé que usted me ha dado una definición abstracta, pero me gustaría un ejemplo concreto.

—Le he reconocido que era muy raro —dijo Ambrose, que parecía querer evitar una respuesta tajante—. El materialismo de la época, que tanto ha hecho por suprimir la santidad, ha hecho todavía más por suprimir el mal. Encontramos tan agradable la tierra que pisamos, que no sentimos inclinación por ascender o descender. Es como si el erudito que decidiera «especializarse» en Tófet, tuviera que limitarse a investigaciones puramente arqueológicas. Ningún paleontólogo ha podido mostrar nunca un pterodáctilo vivo.

—Sin embargo, usted se ha «especializado», y creo que sus investigaciones llegan hasta nuestra época moderna.

—Ya veo que está usted realmente interesado. Bien, confieso que he estado especulando un poco, y si usted quiere, puedo mostrarle algo relacionado con el curioso asunto que hemos estado discutiendo.

Ambrose cogió una vela y se dirigió a un rincón lejano y oscuro de la habitación. Cotgrave le vio abrir un venerable escritorio que allí había, y sacar de algún escondrijo secreto un paquete, con el que regresó a la ventana junto a la cual habían estado sentados.

Ambrose deshizo la envoltura del paquete y sacó un libro verde.

—¿Cuidará de él? —dijo—. No lo deje por ahí tirado. Es una de las piezas más selectas de mi colección y sentiría mucho perderlo.

Ambrose acarició la descolorida encuadernación.

—Conocí a la chica que lo escribió —dijo—. Cuando lo lea, verá usted cómo ilustra la conversación que hemos tenido esta noche. Hay también una continuación, pero no hablaré de eso.

—Hace algunos meses apareció un extraño artículo de una revista —comenzó de nuevo, con el aspecto de un hombre que cambia de tema—. Lo escribió un médico, el doctor Coryn creo que era su nombre. Cuenta que una dama, que estaba mirando jugar a su hijita pequeña junto a la ventana del salón, vio de pronto que la pesada guillotina cedía y caía sobre los dedos de la niña. La dama perdió el conocimiento, creo, pero, en cualquier caso, llamaron al médico y, una vez que hubo vendado los lisiados dedos de la niña, atendió a la madre. Esta gemía de dolor, y se comprobó que tres dedos de su mano, correspondientes a los que habían sido lastimados en la mano de la niña, estaban hinchados e inflamados, y más tarde, en expresión del médico, apareció en ellos una costra purulenta.

Ambrose continuó manoseando delicadamente el tomo verde.

—Bien, aquí lo tiene —dijo al fin, separándose, al parecer, con dificultad de su tesoro.

—Devuélvame lo tan pronto como lo haya leído —dijo, mientras salían al vestíbulo, y luego al jardín, embriagados por el perfume de las azucenas.

Había una extensa franja roja hacia el este cuando Cotgrave dio la vuelta y se fue, divisando desde el elevado terreno en que se hallaba el espantoso espectáculo de Londres dormido.

El libro verde

LA encuadernación de tafilete estaba estropeada y descolorida, pero no tenía manchas, rozaduras ni señales de uso. El libro tenía el aspecto de haber sido

comprado «en una visita a Londres», hacía unos setenta u ochenta años y, por alguna razón, olvidado y obligado a permanecer fuera del alcance de la vista. De él emanaba un olor añejo, delicado, persistente, como el que, a veces, se apodera de los muebles antiguos durante un siglo o más. Las guardas, en el interior de la encuadernación, estaban extrañamente adornadas con formas coloreadas y oro desteñido. Parecía insignificante, pero como el papel era muy fino, tenía muchas hojas, densamente cubiertas de una escritura menuda, penosamente trazada.

«Encontré este libro (comenzaba el manuscrito) en un cajón del viejo escritorio que hay en el rellano de la escalera. Era un día muy lluvioso y, como no podía salir, por la tarde cogí una vela y me puse a revolver en el escritorio. Casi todos los cajones estaban llenos de ropa antigua, pero uno de los pequeños parecía vacío y allí encontré este libro, oculto en el fondo. Buscaba un libro como éste, de modo que me lo quedé para escribir en él. Está lleno de secretos. Tengo muchos otros libros de secretos, escritos por mí, ocultos en lugar seguro, y en éste voy a escribir muchos de los antiguos secretos y algunos de los nuevos; solamente hay algunos que de ninguna manera pondré por escrito. No tengo por qué anotar los verdaderos nombres de los días y los meses, que descubrí hace un año, ni tampoco cómo se hacen los tipos de letra Aklo, ni cuál es la lengua de Quíos, ni qué son los grandes y hermosos Círculos, o los Juegos Mao o los Cánticos principales. Es posible que escriba algo sobre todas estas cosas, pero no sobre la manera de hacerlas, por razones personales. Tampoco tengo por qué decir quiénes son las Ninfas, o los Dóls, o Jeelo, o qué significa voolas. Son los secretos más secretos, y me alegro al recordar su significado y la cantidad de maravillosas lenguas que conozco. Pero hay algo que yo llamo los secretos de los secretos, en los que no me atrevo a pensar a menos que esté completamente sola, y entonces cierro los ojos, me los cubro con las manos, susurro la palabra y surge el Alala. Esto únicamente lo hago de noche, en mi habitación o en ciertos bosques que yo me sé, pero no debo describirlos porque son bosques secretos. Luego están las ceremonias, todas ellas muy importantes, aunque algunas son más deliciosas que otras. Son las ceremonias blancas, las ceremonias verdes y las ceremonias escarlata. Estas últimas son las mejores, pero sólo pueden ser celebradas como es debido en un sitio concreto, aunque existe una imitación muy buena y que he llevado a cabo en otros lugares. Además, cuento con las danzas y la comedia; a veces he representado la comedia cuando los demás me miraban, pero nadie entendía nada. Era todavía muy pequeña cuando supe por vez primera de estas cosas.

»Cuando era muy chica y todavía vivía mamá, recuerdo que me acordaba de cosas todavía más antiguas, sólo que todo se me hace un lío. Pero recuerdo que cuando tenía cinco o seis años les oía hablar a mi alrededor, creyendo que no me daba cuenta. Hablaban de las extrañas cosas que habían ocurrido uno o dos años antes, y cómo la niñera había llamado a mi madre para que viniera y me oyera hablar sola, pronunciando palabras que nadie podía entender. Hablaba en la lengua Xu, pero sólo recuerdo muy pocas palabras, como me ocurre con las caras blancas que solían

contemplarme cuando estaba echada en la cuna. Solían hablarme y así aprendí su lengua y hablé con ellos de cierto lugar blanco donde ellos vivían, donde los árboles y la hierba eran completamente blancos, y había blancas colinas, tan altas como la luna, y un viento frío. Después he soñado a menudo con ese lugar, pero los rostros desaparecieron cuando era muy pequeña. Pero me sucedió una cosa maravillosa cuando tenía unos cinco años. Mi niñera me llevaba en brazos; atravesamos un campo de trigo amarillo; hacía mucho calor. Luego llegamos a un sendero que atravesaba el bosque, y un hombre alto vino en nuestra busca y nos acompañó a un lugar muy oscuro y sombrío donde había una profunda charca. La niñera me depositó sobre el blanco musgo, debajo de un árbol, y dijo: “Desde aquí no podrá llegar a la charca”. Así que me dejaron allí y me senté, inmóvil, y observé, y salieron del agua y del bosque dos maravillosas criaturas blancas, y empezaron a jugar, a bailar y a cantar. Eran de un blanco cremoso, como la vieja figura de marfil del salón; una era una hermosa dama de bellos ojos oscuros, rostro severo, y largos cabellos negros, que sonreía tristemente al otro, el cual se reía e iba hacia ella. Jugaron juntos, bailaron en torno a la charca, y cantaron una canción hasta que me dormí. La niñera me despertó al volver; se parecía un poco a la dama que había visto, así que se lo conté todo y le pregunté el porqué de ese parecido. Al principio lloró y luego pareció asustarse y palideció completamente. Me depositó en la hierba, me miró fijamente, y pude ver que estaba temblando de pies a cabeza. Entonces me dijo que lo había soñado todo, pero yo sabía que no era cierto. Luego me hizo prometer no decir ni una palabra a nadie, pues, si lo hacía, sería arrojada al pozo negro. Yo no estaba en absoluto asustada, aunque la niñera sí lo estuviera, y nunca olvidé lo sucedido, porque cuando cerraba los ojos, a solas en medio del silencio, podía verlos de nuevo, muy tenues y lejanos, pero magníficamente; y me venían a la cabeza retazos de la canción que cantaban, aunque yo no era capaz de cantarla.

»Tenía trece años, casi catorce, cuando me sucedió una singular aventura, tan extraña que al día en que ocurrió se le llama siempre el Día Blanco. Mi madre había muerto hacía más de un año; por las mañanas recibía clases, pero por las tardes me dejaban salir a pasear. Aquella tarde fui por un camino distinto, y un pequeño arroyo me condujo hasta una nueva región desconocida, pero me desgarré el babero al atravesar unos matorrales y los arbustos espinosos de las colinas y los sombríos bosques llenos de plantas trepadoras. El camino era largo, muy largo. Parecía que no iba a terminar nunca, y tuve que arrastrarme por una especie de túnel, por donde debió correr un arroyo, que ahora estaba completamente seco; el suelo era rocoso y los arbustos habían crecido por encima hasta juntarse, de manera que el lugar resultaba completamente oscuro. Continué avanzando por aquel sombrío paraje; el camino era largo, muy largo. Y llegué a una colina que jamás había visto antes. Al atravesar un tenebroso matorral, lleno de ramas negras y retorcidas, me desagarré la ropa y lloré, pues me pinchaban por todas partes; luego advertí que estaba ascendiendo, y continué subiendo y subiendo un largo trecho, hasta que, finalmente,

desaparecieron los matorrales y llegué, sin dejar de llorar, a un lugar donde se abría una gran explanada pelada, cubierta por todas partes de feas piedras grises y con algunos arbolitos retorcidos y atrofiados saliendo de debajo de las piedras, como si fueran serpientes. Seguí ascendiendo un largo trecho, hasta alcanzar la cumbre. Jamás había visto antes unas piedras tan grandes y tan repulsivas; algunas salían de la tierra, otras parecían como si las hubiesen llevado rodando hasta allí, y se extendían a lo lejos hasta donde alcanzaba la vista. Desde ellas contemplé el paisaje, que era muy extraño. Era invierno, y las colinas circundantes estaban cubiertas de terribles bosques ennegrecidos; era como ver un enorme salón cubierto de negros cortinajes, y los árboles parecían completamente diferentes a los que había visto antes. Estaba asustada. Luego, más allá de los bosques, había otras colinas que me rodeaban como un gran anillo, pero que jamás había divisado; parecían negras y cada una tenía un voor encima. Todo estaba tranquilo y silencioso, y el cielo cargado, gris y triste como las espantosas cúpulas voorianas del Abismo de Dendo. Continué avanzando por entre las horribles rocas. Había centenares de ellas. Algunas parecían hombres haciendo horribles muecas; pude ver sus rostros, dispuestos a salirse de la piedra y saltar sobre mí para cogerme y arrastrarme con ellos a las rocas, de donde nunca podría salir. Otras eran como animales, reptantes y repugnantes animales que sacaban la lengua; otras eran como palabras que no puedo pronunciar; y, finalmente, otras parecían muertos tumbados sobre la hierba. Proseguí mi camino entre ellas, aunque me asustasen, y mi mente se llenó de abominables canciones que ellas le introducían; me entraron ganas de gesticular y retorcerme como ellas hacían, pero seguí adelante un largo trecho hasta que, finalmente, me gustó su aspecto y dejaron de asustarme. Canté las canciones que podía recordar, canciones llenas de palabras que no deben ser pronunciadas ni escritas. Entonces hice muecas como los rostros de las rocas, me retorcí como ellas, me tumbé en la hierba imitando a las que parecían muertas, subí a una que estaba haciendo muecas y, pasando mis brazos en torno, la abracé. Luego seguí avanzando más y más por entre las rocas hasta llegar a un montículo redondo en medio de ellas. Era más elevado de lo normal, casi tan alto como nuestra casa, y parecía una palangana puesta boca abajo, completamente lisa, redonda y verde, con una piedra clavada en la cima, como un poste. Ascendí por sus laderas, pero eran tan empinadas que tuve que detenerme o de lo contrario posiblemente habría rodado de nuevo hacia abajo a lo largo del camino, me habría golpeado contra las piedras del fondo y, tal vez, habría muerto. Pero yo quería subir hasta la misma cima del enorme montículo redondo, así que me tumbé con la cara contra el suelo, me agarré a la hierba con las manos y me incorporé poco a poco hasta llegar a lo alto. Entonces me senté en la piedra del centro y eché un vistazo a cuanto me rodeaba. Tuve la sensación de haber recorrido un camino muy largo, como si, de pronto, me encontrara a cien millas de casa, en otro país diferente, o en alguno de los extraños lugares citados en los *Cuentos del Genio* y en *Las mil y una noches*, o como si me hubiera alejado a través de los mares durante años y hubiera encontrado otro mundo que

nadie había visto ni había oído hablar de él anteriormente, o como si, de una forma u otra, hubiese surcado los cielos y hubiera caído en una de esas estrellas de las que hablan los libros, en las que todo está muerto, frío y gris, no existe el aire y el viento no sopla. Me senté en la piedra y miré hacia abajo en todas direcciones. Era como estar sentada en lo alto de una torre, en medio de una gran ciudad vacía, pues no podía ver en torno mío más que las rocas grises que cubrían todo el campo. Ya no podía distinguir sus formas, pero no dejaba de verlas a lo lejos, y al mirarlas me pareció que estaban dispuestas formando dibujos, formas y figuras. Sabía que esto no era posible, pues había visto que muchas de ellas emergían directamente de la tierra, acompañando a las grandes rocas de las profundidades; de modo que las volví a mirar, pero no vi más que círculos, pequeños círculos dentro de otros mayores, y pirámides, y cúpulas, y espirales, que parecían rodear por todas partes el lugar donde yo estaba sentada; y, cuanto más las miraba, más veía esos grandes anillos de rocas haciéndose cada vez mayores; estuve tanto tiempo mirándolas que tuve la impresión de que se movían y daban vueltas, como una inmensa rueda, y que yo también daba vueltas en el centro. La cabeza me dio vueltas y me sentí aturdida, todo comenzó a tornarse nebuloso y confuso, vi pequeños destellos de luz azulada, y las piedras parecieron saltar, bailar y retorcerse mientras giraban sin cesar. Me asusté de nuevo y grité en voz alta; luego salté de la piedra donde estaba sentada, y caí al suelo. Cuando me levanté, estaba tan contenta de que parecieran haberse quedado inmóviles, que me senté en la cima del montículo, me deslicé hacia abajo, y de nuevo proseguí mi camino. Al andar bailaba de la misma forma especial en que lo hacían las rocas cuando me dio el vértigo, y me puse tan contenta de poder hacerlo tan bien que seguí bailando y bailando, y canté sorprendentes canciones que me venían a la cabeza. Finalmente llegué al borde de aquella enorme colina llana: allí ya no había rocas y el camino atravesaba de nuevo una hondonada cubierta de maleza. Estaba en tan mal estado como el que tuve que seguir al subir, pero no me importó, de lo contenta que estaba por haber visto aquellas singulares danzas, y además ser capaz de imitarlas. Continué bajando a rastras por entre los arbustos, y una enorme ortiga me picó en la pierna, abrasándomela, pero no me importó, y aunque sentí el escozor de las ramas y las espinas, únicamente reía y cantaba. Cuando abandoné la espesura llegué a un valle cerrado, un lugar secreto semejante a un sombrío pasadizo, de tan angosto y profundo que era y tan espesos los bosques que lo circundaban. Allí, sobre una escarpada ladera poblada de árboles, los helechos se conservan verdes todo el invierno, cuando los de la colina se mueren y amarillean, y despiden un olor dulce y fuerte parecido al que rezuma de los abetos. Un arroyo descendía por el valle, tan pequeño que pude cruzarlo fácilmente. Bebí agua en mi mano y la saboreé como si se tratara de un ilustre vino dorado. Brillaba y burbujeaba al correr sobre hermosas piedras rojas y amarillas, de manera que parecía viva y con todos los colores al mismo tiempo. Volví a beber más en mi mano, pero como no me bastaba, me tumbé en el suelo, agaché la cabeza y sorbí el agua con los labios. Bebiéndola de esta forma la saboreaba mucho

mejor: las olas llegaban a mi boca y me besaban, y yo me reía y volvía a beber, imaginando que la que me besaba era una ninfa, como la del viejo cuadro de mi casa, que vivía en el agua. Así que me incliné otra vez hasta rozar suavemente el agua con los labios y le susurré a la ninfa que volvería. Estaba segura de que aquella agua no era normal, y cuando me levanté y proseguí mi marcha, bailé de nuevo y ascendí al valle, bajo la mirada de las lúgubres colinas. Al alcanzar la cumbre, el suelo se elevó delante de mí, alto y escarpado como un muro, y no se veía más que ese muro verde y el cielo. Pensé en aquello de “por siempre jamás, por los siglos de los siglos. Amén”, pues realmente debía haber llegado al fin del mundo, ya que aquello parecía el final de todo, como si más allá no pudiera haber nada excepto el reino de Voor, donde va la luz cuando se apaga y corre el agua cuando el sol se la lleva. Empecé a pensar en el largo camino recorrido, en cómo había encontrado un arroyo y había seguido su curso a través de arbustos, matorrales espinosos y sombríos bosques cubiertos de espinos rastreros. Luego me había arrastrado por un túnel bajo los árboles, había trepado por entre los matorrales, había contemplado las rocas grises y me había sentado en medio de ellas cuando daban vueltas; después había seguido adelante por entre las rocas, había bajado la colina por entre matorrales urticantes y había escalado el sombrío valle por un sendero muy largo. Me preguntaba cómo regresaría a casa, si es que lograba encontrar el camino, y si es que seguía estando allí y no se había convertido, igual que todo lo demás, en rocas grises, como en *Las mil y una noches*. Así es que me senté en la hierba y me puse a pensar en lo que haría a continuación. Estaba cansada y los pies me dolían de tanto andar. Al mirar a mi alrededor descubrí un maravilloso pozo, justamente al pie del alto y escarpado muro de hierba. A su alrededor todo el suelo estaba cubierto de musgo brillante, verde y chorreante; había todo tipo de musgos, unos que parecían hermosos helechos en miniatura, y otros que semejaban palmeras y abetos; todos ellos tan verdes como las esmeraldas y rezumando gotas de agua cual diamantes. En medio estaba el gran pozo, profundo, resplandeciente y hermoso, tan claro que daba la impresión de que se podía tocar la arena roja del fondo, aunque estaba muy hondo. Permanecí a su lado y me miré en él como en un espejo. En el fondo, los rojos granos de arena no dejaban de agitarse, y se veía burbujear el agua, pero su superficie estaba en calma y rebosaba. Era un pozo grande, como una bañera, rodeado de musgo verde, reluciente y brillante, que le daba la apariencia de una gran alhaja transparente rodeada de joyas verdes. Tenía los pies tan doloridos y cansados que me quité las botas y las medias, y los metí en el agua, que estaba fresca y suave; cuando me levanté ya no estaba cansada y pensé que debía seguir adelante, alejándome cada vez más, hasta descubrir lo que había al otro lado del muro. Lo escalé muy despacio, siempre de lado, y cuando llegué arriba y miré por encima, me encontré con la más curiosa región que jamás viera, más extraña incluso que la colina de las rocas grises. Parecía como si allí hubiesen estado jugando con sus palas niños terrícolas, pues estaba todo lleno de colinas, hoyos y muros de tierra cubiertos de hierba. Había dos montículos, redondos, grandes y solemnes, como dos

enormes colmenas, y también profundas depresiones, y un escarpado muro como los que había visto en cierta ocasión en la costa, con cañones y soldados encima. Casi me caí en una de las fosas, de tan repentinamente como surgió bajo mis pies, y bajé corriendo por una de sus pendientes hasta el fondo, donde permanecí mirando hacia arriba. Todo era extraño y misterioso. No se veía más que el cielo gris, cargado, y las laderas de la hondonada; todo lo demás había desaparecido; pensé que de noche debía de llenarse de fantasmas, sombras movedizas y pálidas criaturas, cuando la luna brillara en su fondo en plena noche y el viento gimiera en las alturas. Era tan extraña, misteriosa y solitaria como un templo vacío dedicado a anticuados dioses paganos. Me recordó algo que la niñera me había contado cuando yo era muy pequeña; la misma niñera que me llevó al bosque donde vi a la hermosa gente blanca. Recuerdo que la niñera me contó el cuento una noche invernal en que el viento golpeaba los árboles contra la tapia, y gemía lloroso por la chimenea de mi cuarto de juegos. Me contó que en alguna parte existía un pozo vacío, parecido a aquel en el que me encontraba, y que gozaba de tan mala reputación que todo el mundo tenía miedo de acercarse a él. Pero hubo una pobre chica que dijo que bajaría al pozo; todos intentaron detenerla, pero ella fue allá. Y bajó al pozo y regresó riendo y diciendo que allí no había nada en absoluto, excepto hierba verde, piedras rojas y blancas, y flores amarillas. Poco después la gente vio que llevaba unos preciosos pendientes de esmeraldas y le preguntaron cómo los había conseguido, ya que tanto ella como su madre eran verdaderamente pobres. Pero ella se rió y dijo que sus pendientes no eran de esmeraldas ni nada parecido, sino que estaban hechos de hierba verde. Luego, cierto día, vieron que llevaba en el pecho el rubí más rojo que jamás se había visto por esos contornos, tan grande como un huevo de gallina, y que brillaba y centelleaba como un ascua de carbón al rojo. Le preguntaron cómo lo había obtenido, ya que tanto ella como su madre eran verdaderamente pobres. Pero ella se rió y dijo que no era un rubí, sino solamente una piedra roja. Luego, otro día, vieron que llevaba alrededor del cuello el collar más hermoso que jamás se había visto por esos contornos, mucho más elegante que el más elegante de la reina, compuesto de relucientes diamantes, a centenares, que resplandecían como las estrellas en una noche de junio. Así que le preguntaron cómo lo había conseguido, ya que tanto ella como su madre eran verdaderamente pobres. Pero ella se rió y dijo que no eran diamantes, sino únicamente piedras blancas. Y un día fue a la Corte llevando en la cabeza una corona de monedas de oro puro, eso dijo la niñera, que brillaba como el sol y era mucho más espléndida que la que llevaba el propio rey; además, llevaba esmeraldas en las orejas, un gran rubí le servía de broche, y un magnífico collar de diamantes centelleaba en su cuello. El rey y la reina pensaron que sería alguna eminente princesa de un país lejano y descendieron de sus tronos para salir a su encuentro; pero alguien les contó de quién se trataba en realidad y que era completamente pobre. Así que el rey le preguntó por qué llevaba una corona de oro y cómo la había conseguido, ya que tanto ella como su madre eran verdaderamente

pobres. Y ella se rió y dijo que no era una corona de oro, sino solamente unas flores amarillas que se había puesto en el pelo. El rey pensó que aquello era muy extraño y le dijo que debería permanecer en la Corte y ya verían que pasaba después. La joven era tan encantadora que todos decían que sus ojos eran más verdes que las esmeraldas, sus labios más rojos que el rubí, su piel más blanca que los diamantes, y su pelo más resplandeciente que el oro. De forma que el hijo del rey dijo que quería casarse con ella, y el rey le respondió que podía hacerlo. El obispo los casó y hubo una gran cena; después, el hijo del rey fue a la alcoba de su esposa. Pero justo cuando iba a abrir la puerta, vio frente a ésta a un hombre alto, vestido de negro, con una cara espantosa, y una voz dijo:

“No arriesgues tu vida preciosa,
pues ésta es mi propia esposa”.

»Entonces el hijo del rey cayó al suelo fulminado. Acudió mucha gente que intentó entrar en la alcoba sin conseguirlo, y golpeó la puerta con hachas; pero la madera se había endurecido como el hierro y, finalmente, huyeron todos, de tan asustados que estaban por los gritos, risas, chillidos y llantos que salían de la alcoba. Al día siguiente consiguieron entrar, descubriendo que no había en ella más que un espeso humo negruzco, ya que el hombre de negro se había llevado a la joven. Encontraron sobre la cama dos lazos de hierba marchita, una piedra roja, y algunas piedras blancas y flores amarillas ajadas. Me acordé de este cuento de mi niñera mientras permanecí en el fondo del profundo hoyo; todo allí era tan extraño y exclusivo que sentí miedo. No pude divisar ninguna de las piedras ni de las flores, pero temí llevármelas sin saberlo, y se me ocurrió hacer un hechizo que me vino a la memoria para mantener alejado al hombre de negro. Así que permanecí de pie en el mismo centro de la hoya, me aseguré de que no llevaba encima ni piedras ni flores, y luego di varias vueltas al lugar, toqué mis ojos, mis labios y mi pelo de una manera especial, y susurré algunas extrañas palabras que me había enseñado la niñera para alejar las cosas malignas. Entonces me sentí a salvo, salí trepando de la hoya y proseguí a través de todos aquellos montículos, depresiones y barreras, hasta llegar al final, que estaba más elevado que el resto, desde donde pude ver que las diferentes formas dibujadas sobre la tierra estaban dispuestas siguiendo una pauta, algo así como las rocas grises, sólo que con distinta pauta. Se estaba haciendo tarde y empezaba a oscurecer, pero desde donde yo me encontraba parecían dos enormes figuras humanas tumbadas en la hierba. Seguí adelante y, finalmente, encontré cierto bosque, demasiado secreto para describirlo, pues nadie sabe cómo atravesarlo, descubrimiento que yo hice de manera muy curiosa, viendo entrar a un animalito. De modo que seguí al animal por un sendero muy estrecho y oscuro, bajo espinos y arbustos, y ya casi había anochecido cuando llegué a una especie de claro en el centro. Allí vi la cosa más maravillosa que jamás había visto en mi vida, aunque sólo un momento, pues huí inmediatamente, salí a gatas del bosque por el sendero por el que había venido, y corrí más deprisa que

nunca, porque estaba asustada de tan maravilloso, extraño y hermoso que era lo que acababa de ver. Pero quería regresar a casa y pensar en ello, pues no sabía lo que podía sucederme si me quedaba en el bosque. Mientras corría por la espesura, ardía y temblaba, mi corazón latía aceleradamente, y no podía evitar el dejar escapar extraños gritos. Me alegré de que una enorme luna blanca apareciese sobre una colina y me mostrara el camino, de modo que volví a pasar por los montículos y hoyas, descendí al angosto valle, ascendí a través de los matorrales al lugar de las rocas grises y, finalmente, llegué a casa. Mi padre estaba ocupado en su despacho y los criados no le habían contado que yo no había vuelto a casa, aunque estaban asustados, y se preguntaban qué debían hacer; de modo que les dije que me había perdido, pero no les dejé que descubrieran el verdadero camino que había seguido. Me fui a la cama y permanecí despierta toda la noche, pensando en lo que había visto. Cuando abandoné el estrecho sendero y todo resplandecía pese a haber oscurecido, me pareció todo tan auténtico que durante el camino de vuelta a casa estuve segura de haberlo visto. Ahora deseaba quedarme a solas en mi habitación para alegrarme por cuanto había presenciado y, cerrando los ojos, fingir que me encontraba allí y que hacía todas las cosas que habría hecho de no haberme asustado tanto. Pero cuando cerré los ojos no me vino la visión, y comencé otra vez a pensar en mi aventura, y recordé lo oscura y misteriosa que resultó al final, y temí que todo fuera un engaño, pues parecía imposible que hubiera sucedido todo aquello. Parecía uno de los cuentos de la niñera, en los que realmente no creía, aunque en verdad me había asustado en el fondo de la hoya; las historias que ella me contaba cuando yo era pequeña me volvieron a la mente, y me pregunté si sería cierto lo que creía haber visto, o si alguno de los cuentos habría sucedido hace mucho tiempo. Todo era muy extraño; permanecí despierta en mi habitación de la parte trasera de la casa, y la luna brillaba en el lado opuesto, hacia el río, de modo que su resplandeciente luz no se reflejaba en el muro. La casa estaba en completo silencio. Había oído a mi padre subir las escaleras, y poco después el reloj dio las doce y la casa se quedó silenciosa y vacía, como si nadie viviera en ella. Aunque todo estaba oscuro y confuso en mi habitación, un pálido resplandor brillaba a través de la blanca persiana, y en cuanto me levanté y miré hacia afuera, vi la gran sombra negra de la casa cubriendo el jardín, como si fuera una cárcel de condenados a muerte, y más allá todo estaba blanco, y el bosque resplandecía de blancura con negros abismos entre los árboles. Era una noche clara y tranquila, sin nubes en el cielo. Deseaba pensar en lo que había visto, pero no podía, y empecé a recordar todos los cuentos que la niñera me había contado hace mucho tiempo y creía haber olvidado. Los recordé todos y los mezclé con los matorrales y las rocas grises y las hoyas en la tierra y el bosque secreto, hasta que apenas supe lo que era verdad y lo que era cuento, y pensé si todo no sería un sueño. Entonces me acordé de aquella calurosa tarde de verano, hace tanto tiempo, en que la niñera me dejó sola a la sombra y la gente blanca salió del agua y del bosque, y jugó, bailó y cantó, y tuve la impresión de que la niñera me había contado algo parecido antes de

que lo viera, sólo que no podía recordar exactamente de qué se trataba. Entonces me pregunté si no sería ella la dama blanca, pues recordé que era igual de blanca y de bella, y tenía idénticos ojos oscuros y pelo negro; y a veces, al contarme alguno de sus cuentos, que empezaban por “Erase una vez...” o “En tiempo de las hadas...”, sonreía y me miraba como solía hacerlo la dama. Pero pensé que no podía ser ella, pues parecía haber tomado un camino diferente en el bosque, y no creía que el hombre que vino siguiéndonos fuese el otro, porque entonces no podría haber visto aquel maravilloso secreto del bosque secreto. Pensé en la luna: pero no vi aparecer su enorme disco blanco por encima de una colina hasta después, cuando me encontraba en medio del territorio salvaje donde la tierra formaba grandes figuras y todo eran barreras, misteriosas hoyas y suaves montículos redondeados. Pensé en todas estas cosas hasta que, finalmente, me asusté, pues temía que me pasara algo, y recordé el cuento de la pobre chica que se metió en una hoya y al final el hombre negro se la llevó. Sabía que yo también había bajado al fondo de una hoya, quién sabe si a la misma, y había hecho algo espantoso. Así que volví a hacer el hechizo, me toqué los ojos, los labios y los cabellos de una forma especial, y pronuncié las viejas palabras en el idioma de las hadas, para poder estar segura de que nadie me llevaría. Intenté ver de nuevo el bosque secreto, reptar por el pasadizo y ver lo que había visto la otra vez, pero, por alguna razón, no pude y seguí pensando en los cuentos de la niñera. Me acordé de uno acerca de un joven que fue una vez a cazar: él y sus perros estuvieron todo el día cazando por todas partes, cruzaron ríos, penetraron en bosques, rodearon marismas, pero no encontraron nada y así continuaron hasta que el sol desapareció por detrás de una montaña. El joven estaba irritado porque no había podido encontrar nada, y ya iba a retornar cuando, en el preciso momento en que el sol incidía sobre la montaña, vio salir de la maleza frente a él a un magnífico venado blanco. Azuzó a sus perros, pero éstos empezaron a gimotear y no quisieron perseguirlo; azuzó a su caballo, pero éste se estremeció y permaneció completamente inmóvil; el joven saltó del caballo, abandonó a los perros y comenzó a perseguir solo al venado blanco. Pronto se hizo de noche; el cielo estaba negro, sin que brillase en él ni una sola estrella, y el venado desapareció en la oscuridad. Y aunque el hombre llevaba consigo su escopeta, no disparó, contra el venado, pues quería capturarlo con vida, y temió perderse en la noche.

Pero jamás perdió su rastro, pese a lo negro que estaba el cielo y lo oscuro de la noche, y el venado siguió su camino hasta que el joven ya no supo dónde estaba. Atravesaron bosques inmensos donde el aire estaba repleto de susurros y un pálido y mortecino resplandor brotaba de los troncos podridos que yacían en el suelo, y justamente cuando el hombre creyó haber perdido al venado, lo vio frente a él todo blanco y resplandeciente; corrió velozmente tras él, pero el venado fue más rápido, de modo que no pudo atraparlo. Atravesaron bosques inmensos, cruzaron ríos a nado, vadearon negros pantanos en los que el suelo burbujeaba y el aire estaba lleno de fuegos fatuos; el venado, en su huida, bajó a angostos valles rocosos donde el aire

olía a panteón, y el hombre siguió tras él. Escalaron grandes montañas y el hombre escuchó al viento bajar del cielo, y el venado siguió huyendo y el hombre siguió tras él. Finalmente salió el sol y el joven descubrió que se encontraba en un país que jamás había visto antes; era un hermoso valle atravesado por una corriente transparente, con una gran colina redonda en el centro. El venado descendió al valle, en dirección a la colina, y parecía hallarse cansado, pues iba cada vez más despacio, y el hombre, aunque también estaba muy cansado, empezó a correr más deprisa, seguro de que, finalmente, capturaría al venado. Pero justamente al llegar al pie de la colina, cuando el hombre alargaba la mano para atrapar al venado, éste desapareció bajo tierra; y el hombre empezó a llorar porque sentía haberlo perdido después de una cacería tan larga. Pero mientras lloraba descubrió una entrada en la colina, justo frente a él, la franqueó y se encontró completamente a oscuras, pero siguió adelante, pues pensaba dar con el venado blanco. De pronto se hizo la luz y pudo verse el cielo, el sol resplandeciente, pájaros cantando en los árboles y una hermosa fuente. Junto a ella estaba sentada una adorable dama, la reina de las hadas, que le dijo al hombre que se había transformado en venado para llevarle hasta allí, debido a lo mucho que le amaba. Luego sacó una gran copa de oro cubierta de joyas, procedente de su palacio mágico, y le ofreció en ella vino para que bebiese. Bebió él, y cuanto más bebía más ansias tenía de beber, pues el vino estaba encantado. De modo que besó a la encantadora dama y la hizo su esposa, y permaneció todo el día y toda la noche en la colina donde ella vivía. Cuando despertó se encontró tumbado en el suelo, cerca del lugar en donde había visto por vez primera al venado; allí estaba su caballo y sus perros, esperándole, y al levantar la vista vio que el sol estaba poniéndose detrás de la montaña. Regresó a su casa y vivió muchos años, pero jamás volvió a besar a ninguna otra dama porque había besado a la reina de las hadas, y nunca más volvió a beber vino corriente, ya que había probado el vino encantado. A veces la niñera me contaba cuentos que había oído a su bisabuela, que era muy anciana y vivía sola en una casa de campo en la montaña; la mayoría de ellos trataban de una colina, donde, hace mucho tiempo, la gente solía reunirse de noche para jugar a toda clase de juegos y hacer cosas raras que la niñera me contó, pero que yo no pude entender. Según ella, ahora, a excepción de su bisabuela, todos habían olvidado aquello, y nadie sabía dónde estaba la colina, ni siquiera su bisabuela. Sin embargo, me contó una extraña historia relacionada con esa colina, y me estremecí al recordarla. Me dijo que la gente iba siempre allí en verano, cuando hacía mucho calor, y tenían que bailar mucho. Al principio todo estaba a oscuras y había allí árboles que ensombrecían mucho más el lugar; la gente venía, uno tras otro, de todas direcciones, por un sendero secreto que nadie más conocía; dos de ellos se quedaban a vigilar la puerta, y todos los que subían hasta allí tenían que hacerles una señal muy extraña, que la niñera me enseñó lo mejor que pudo, aunque dijo que no podía enseñármela como es debido. Acudía toda clase de gente: personas bien nacidas y aldeanos, algunos ancianos, chicos y chicas, y bastantes niños pequeños, que se sentaban y observaban. Todo estaba a

oscuras cuando llegaban, excepto un rincón donde alguien quemaba algo que olía fuerte y fragante y les hacía reír, mientras se veía el resplandor de los carbones y el humo rojo elevándose. Entraban todos, y cuando lo había hecho el último la puerta desaparecía, de modo que nadie más podía entrar, aunque supiese que al otro lado había algo. En cierta ocasión, un caballero extranjero, que llevaba cabalgando un buen trecho, se extravió de noche y su caballo le condujo al mismo centro de esta región salvaje, donde todo estaba patas arriba, y por todas partes había espantosos pantanos y grandes piedras, agujeros en el suelo, y los árboles parecían horcas, pues tenían largos brazos negros que se extendían a través del camino. Este extraño caballero estaba muy asustado y su caballo comenzó a temblar, hasta que, finalmente, se detuvo y no hubo forma de hacerle seguir, por lo que el caballero descabalgó e intentó llevarlo de las riendas, mas no consiguió moverlo, estando todo él cubierto de un sudor cadavérico. Así que el caballero continuó solo, internándose cada vez más en la región salvaje, hasta que al fin llegó a un lugar oscuro, donde oyó gritos, cánticos y llantos, como jamás había oído anteriormente. Todo sonaba muy cerca de él, pero no podía ver nada, así que se puso a dar voces y, mientras lo hacía, algo apareció a sus espaldas y, en un momento, quedó inmovilizado de pies, manos y boca y se desvaneció. Cuando volvió en sí estaba tumbado al borde del camino, exactamente donde se había perdido el caballo la primera vez, bajo un roble seco de tronco ennegrecido, y su montura estaba atada a su lado. De modo que cabalgó hasta la ciudad y allí contó a la gente lo que le había sucedido; algunos se asombraron, pero otros sabían de lo que se trataba. Una vez que todos habían entrado, la puerta desaparecía para que nadie más pudiera pasar por ella. Y cuando estaban todos dentro, reunidos en círculo, tocándose unos a otros, alguien comenzaba a cantar en la oscuridad, y otro hacía un ruido parecido al trueno con un objeto que tenían a propósito. En las noches de calma, la gente oía aquel estruendoso ruido mucho más lejos de la región salvaje, y algunos, que creían saber lo que pasaba, solían hacerse una señal en el pecho cuando despertaban en sus lechos en plena noche y oían aquel terrible ruido grave, parecido al trueno en las montañas. El ruido y los cánticos continuaban un buen rato, y la gente, agrupada en círculo, se balanceaba de un lado para otro; la canción estaba en una antigua lengua que nadie conoce ahora, y la tonada era extraña. La niñera decía que su bisabuela había conocido, siendo todavía muy niña, a un hombre que se acordaba un poco de la canción; luego trató de contarme algo de ella, y la tonada era tan rara que me quedé completamente helada y se me puso la carne de gallina, como si hubiese tocado algo muerto. Unas veces era un hombre quien la cantaba, y otras una mujer; y, de vez en cuando, el que la cantaba lo hacía tan bien que dos o tres personas allí presentes caían al suelo gritando y mesándose los cabellos con las manos. El cántico proseguía y la gente del corro seguía balanceándose de un lado para otro durante un buen rato, y, por fin, la luna se elevaba por encima de un lugar que llamaban Tole Deol, ascendía y los iluminaba dando vueltas y balanceándose de un lado a otro, rodeados de un espeso humo dulzón

procedente de los carbones encendidos, que flotaba en círculos alrededor de ellos. Entonces cenaban. Un chico y una chica les servían la cena; el chico portaba una gran copa de vino, y la chica una barra de pan, e iban pasándose de uno a otro el pan y el vino, que sabían muy distintos del pan y el vino corrientes y transformaban a cuantos los probaban. Luego se levantaban todos y bailaban, y sacaban objetos secretos de sus escondites, y jugaban a juegos extraordinarios, y bailaban en círculo a la luz de la luna, y, a veces, había gente que desaparecía de repente y nunca más se tenían noticias de ellos ni nadie sabía lo que les había sucedido. Y bebían más de aquel curioso vino, y fabricaban imágenes y las adoraban; y un día que salimos a pasear, al pasar por un lugar donde había un montón de arcilla húmeda, me enseñó cómo se fabricaban estas imágenes. De modo que me preguntó si me gustaría saber qué eran aquellas cosas que hacían en la colina, y le dije que sí. Entonces me pidió que le prometiera no decir ni una sola palabra a ningún ser viviente, pues si lo hacía sería arrojada al pozo negro con los muertos. Le contesté que no se lo contaría a nadie, pero ella siguió diciéndome lo mismo una y otra vez, hasta que se lo prometí. Así es que cogió mi pala de madera, extrajo una buena pella de arcilla, la puso en mi cubo de hojalata, y me advirtió que, si nos encontrábamos con alguien, dijera que pensaba hacer pasteles al regresar a casa. Luego proseguimos el camino hasta llegar a un matorral que crecía junto a la carretera. La niñera se detuvo, miró la carretera de arriba a abajo, atisbo luego, a través del soto, el campo que se extendía al lado opuesto, y exclamó: “¡Rápido!”. Entonces corrimos hacia el matorral, nos arrastramos a su interior, y salimos igualmente a rastras entre unos arbustos, hasta distanciarnos un buen trecho de la carretera. Después nos sentamos bajo un arbusto; ardía en deseos de saber lo que la niñera iba a hacer con la arcilla, pero, antes de empezar, me hizo prometer otra vez que no diría ni una palabra, y volvió a atisbar entre los arbustos, aunque el camino era tan estrecho y profundo que difícilmente podría haber llegado alguien hasta allí. De modo que nos sentamos y la niñera sacó la arcilla del cubo y comenzó a amasarla con las manos y a hacer cosas raras con ella, y a darle vueltas. Luego la ocultó un momento bajo una hoja de romaza, a continuación la volvió a sacar, y después se levantó, se sentó, dio vueltas en torno de una manera especial, y todo el tiempo estuvo cantando en voz baja una especie de rima, mientras su rostro enrojecía considerablemente. Luego se sentó de nuevo, tomó la arcilla en sus manos y comenzó a darle la forma de un muñeco, pero no como los que tengo en casa; así que hizo con la arcilla húmeda el muñeco más raro que he visto en mi vida, y lo escondió debajo de un arbusto para que se secara y endureciese, y mientras estuvo haciendo esto no dejaba de cantar para sus adentros aquellas rimas, y su rostro enrojecía cada vez más. De modo que dejamos allí el muñeco, oculto entre los arbustos, donde nadie lo pudiera encontrar. Y unos días después volvimos al mismo lugar y, al llegar a esa parte angosta y oscura de la senda donde la maleza descendía hasta la loma, la niñera me hizo prometer todo de nuevo, miró en torno como hizo la otra vez, y nos arrastramos por entre los arbustos hasta llegar al matorral donde

estaba escondido el hombrecillo de arcilla. Lo recuerdo todo muy bien, aunque no tenía más de ocho años, y desde hace otros ocho estoy poniéndolo todo por escrito; el cielo era de color azul violáceo oscuro, y, en medio del matorral en donde estábamos sentadas, había un enorme y viejo árbol cubierto de flores, y, al otro lado, un macizo de ulmarias; cuando pienso en aquel día, el perfume de las ulmarias y de las flores del árbol parece llenar mi habitación, y si cierro los ojos puedo ver el resplandeciente cielo surcado de nubecitas muy blancas, y a la niñera, que hace mucho tiempo se marchó de casa, sentada frente a mí, con su gran parecido a la hermosa dama blanca del bosque. De modo que nos sentamos, y la niñera sacó el muñeco de arcilla del lugar secreto donde lo había escondido, y dijo que teníamos que “presentarle nuestros respetos” y que ella me mostraría lo que tenía que hacer, para lo cual debía observarla constantemente. Así que hizo toda clase de cosas raras con el hombrecillo de arcilla, y advertí que estaba bañada en sudor pese a haber caminado muy despacio; entonces me dijo que “presentase mis respetos”, y yo hice todo lo que le vi hacer a ella, porque la quería y se trataba de un juego poco corriente. Me dijo que si alguien amaba bastante, el hombre de arcilla servía de mucho, con tal de hacer ciertas cosas con él; y si alguien odiaba mucho, aquél era igualmente útil, sólo que había que hacer cosas distintas. Jugamos con él mucho rato e imaginamos toda suerte de cosas. La niñera me dijo que su bisabuela le había contado todo lo referente a esas figuras, y que no existía mal alguno en lo que habíamos hecho, solamente era un juego. Sin embargo, me contó una historia acerca de estas figuras, que me asustó mucho, la cual recordé aquella noche en que estuve tumbada despierta en mi dormitorio, en medio de la oscuridad, pensando en lo que había visto en el bosque secreto. Según la niñera, hubo una vez una joven dama de elevada alcurnia que vivía en un gran castillo. Era tan bella que todos los caballeros querían casarse con ella, ya que se trataba de la más adorable criatura jamás vista, y era muy amable con todo el mundo, por lo que todos pensaban que era muy buena. Pero, aunque fue muy cortés con los caballeros que deseaban casarse con ella, los rechazó a todos y dijo que no podía decidirse, y que ni siquiera estaba segura de querer casarse. Su padre, que era un importante lord, se enfadó, a pesar de estar tan encariñado con ella, y le preguntó por qué no elegía a alguno de los guapos solteros jóvenes que frecuentaban el castillo. Pero ella únicamente respondió que no amaba a ninguno de ellos y que debía esperar; y añadió que si insistían se iría y se metería monja en algún convento. De modo que todos los caballeros dijeron que se marcharían y esperarían un año y un día, y pasado este tiempo regresarían de nuevo y le preguntarían con cuál de ellos se casaría. Así que se fijó la fecha de partida y todos los caballeros se fueron, luego que la dama les prometiera que, al cabo de un año y un día, celebraría sus bodas con uno de ellos. Pero la verdad es que ella era la reina del pueblo que bailaba en la colina las noches de verano y, en las noches apropiadas, cerraba la puerta de su habitación, salía furtivamente del castillo en compañía de su doncella por un pasadizo secreto que sólo ellas conocían, y se iban a la colina de la región salvaje. Sabía más de estas cosas

secretas que cualquiera, y más de lo que nadie ha sabido antes o después, ya que no contó a nadie sus más reservados secretos. Sabía hacer las cosas más atroces: destrozarse a los jóvenes, maldecir a la gente, y otras cosas que nunca pude entender. Su verdadero nombre era *Lady Avelin*, pero la gente danzarina la llamaba Cassap, que en la antigua lengua significa alguien muy sabio. Era más blanca que cualquiera de ellos, y más alta, y sus ojos brillaban en la oscuridad cual ardientes rubíes; sabía cantar canciones que el resto desconocía, y cuando lo hacía, caían todos de bruces y la adoraban. También sabía hacer lo que ellos llamaban *shib-show*, que era un hechizo estupendo. Le decía a su padre, el gran señor, que quería ir a los bosques a coger flores, él la dejaba ir, y se iba con su doncella a los bosques donde nadie acudía, y la doncella se quedaba a vigilar. Entonces, la dama se tumbaba bajo los árboles, empezaba a cantar una determinada canción, extendía los brazos, y, de todas partes del bosque, llegaban enormes serpientes, silbando y deslizándose por entre los árboles, y sacando sus lenguas bífidas mientras reptaban en dirección a la dama. Llegaban hasta ella y se enroscaban alrededor de su cuerpo, de sus brazos y de su cuello, hasta cubrirla de serpientes enroscadas de manera que sólo se le viera la cabeza. Ella les susurraba y les cantaba, y las serpientes se enroscaban a su alrededor cada vez más deprisa, hasta que les decía que se fueran. Inmediatamente se iban todas de vuelta a sus agujeros, y sobre el pecho de la dama quedaba una piedra de lo más curioso y bello, en forma de huevo, de color azul oscuro y amarillo, rojo y verde, con marcas como escamas de serpiente. Se la consideraba una piedra mágica, y con ella podía hacerse toda clase de prodigios; la niñera decía que su bisabuela había visto con sus propios ojos una piedra mágica y, en efecto, era brillante y escamosa como una serpiente. La dama sabía hacer también otras muchas cosas, pero estaba firmemente determinada a no casarse. Había varios caballeros que querían casarse con ella, pero, sobre todo, cinco cuyos nombres eran *Sir Simon*, *Sir John*, *Sir Oliver*, *Sir Richard* y *Sir Rowland*. Los demás creían que la dama decía la verdad y que elegiría a uno de ellos por marido al cabo de un año y un día; solamente *Sir Simon*, que era muy astuto, pensaba que les estaba engañando y juró estar alerta y tratar de descubrir algo. Pese a ser muy sensato, era todavía muy joven y tenía un rostro lampiño y suave como una chica; fingió, como los demás, que no volvería al castillo en un año y un día, y anunció que se marchaba a países extranjeros allende los mares. Pero, en realidad, sólo se alejó un poco y regresó disfrazado de criada, consiguiendo un empleo en el castillo como fregaplatos. Esperó, observó, escuchó y calló; se ocultaba en lugares oscuros, y por la noche se mantenía en vela y espiaba, y oyó y vio cosas que le parecieron muy extrañas. Era tan astuto que le contó a la chica que servía a la dama que, en realidad, era un hombre y que se había vestido de mujer porque la amaba tanto que quería estar en la misma casa que ella; la chica se alegró tanto que le contó muchas cosas, y cada vez estaba más seguro de que *Lady Avelin* les estaba engañando a él y a los demás. Y era tan listo, y contó tantas mentiras a la criada, que una noche se las arregló para esconderse en la habitación de *Lady Avelin*, detrás de

las cortinas. Permaneció completamente callado e inmóvil, y, finalmente, llegó la dama. Se inclinó bajo la cama y levantó una piedra; debajo había un hoyo, del que sacó una figura de cera igual a la de arcilla que la niñera y yo habíamos hecho en la maleza. Sus ojos ardieron todo el tiempo como rubíes. Cogió en brazos al muñeco de cera y lo oprimió contra su pecho, y le murmuró y le susurró cosas, y lo levantó y lo puso de nuevo en el suelo, y lo sostuvo en alto y lo bajó, y lo puso otra vez en el suelo. Y dijo: “Bienaventurado sea el que engendró al obispo, que ordenó al clérigo, que casó al hombre, que poseyó a la mujer, que moldeó la colmena, que albergó a la abeja, que recogió la cera de la que está hecho mi único amor verdadero”. Luego sacó un gran cuenco dorado de una alacena, y una gran jarra de vino de un armario, y vertió un poco de vino en el cuenco; después metió poco a poco el maniquí en el vino y lo lavó todo él. Luego se dirigió a un aparador, cogió un pequeño pastel redondo, se lo puso en la boca a la figura, y después cargó con ella suavemente y la tapó. *Sir Simon*, que había estado espionando todo el tiempo, pese a hallarse terriblemente asustado, vio inclinarse a la dama y extender los brazos, susurrar y cantar; entonces, el caballero descubrió junto a ella a un apuesto joven que la besaba en los labios. Y juntos bebieron vino del cuenco dorado, y juntos se comieron el pastel. Pero cuando salió el sol, únicamente quedaba el diminuto muñeco de cera, que la dama escondió otra vez en el hueco de debajo de la cama. De modo que *Sir Simon* se enteró perfectamente de quién era la dama, y esperó y vigiló hasta que el plazo que ella fijó casi hubiera finalizado, y sólo faltara una semana para cumplirse el año y un día. Una noche que estaba espionando, oculto tras las cortinas de la habitación de la dama, la vio haciendo más muñecos de cera. Hizo cinco y los escondió. La noche siguiente cogió uno, lo levantó, llenó de agua el cuenco dorado, tomó al muñeco por el cuello, y lo metió bajo el agua. Entonces dijo:

“*Sir Dickon, Sir Dickon*, tu día ha llegado,
en oscuras aguas morirás ahogado”.

»Al día siguiente llegaron noticias al castillo de que *Sir Richard* se había ahogado en un vado. Y esa noche la dama cogió otro muñeco, le ató un cordón violeta alrededor del cuello, y lo colgó de un clavo. Entonces dijo:

“*Sir Rowland*, de tu vida el plazo ha terminado,
de lo alto de un árbol te veo colgado”.

»Y al día siguiente llegaron noticias al castillo de que a *Sir Rowland* le habían ahorcado en el bosque unos salteadores. Y esa noche la dama cogió otro muñeco y le clavó un alfiler en el corazón. Entonces dijo:

“*Sir Noli, Sir Noli*, cesa así tu vida,
traspasado el corazón por honda herida”.

»Y al día siguiente llegaron noticias al castillo de que *Sir Oliver* se había peleado en una taberna y un desconocido le había apuñalado en el corazón. Y esa noche la dama cogió otro muñeco y lo puso al fuego de carbón hasta que se derritió. Entonces dijo:

“*Sir John*, al polvo regresarás,
en febril fuego te consumirás”.

»Y al día siguiente llegaron noticias al castillo de que *Sir John* había muerto abrasado por la fiebre. Entonces *Sir Simon* abandonó el castillo, montó en su caballo, se fue a ver al obispo, y le contó todo. El obispo envió a sus hombres, los cuales prendieron a *Lady Avelin*, descubriendo todo cuanto había hecho. De modo que un día después de cumplirse el año y un día, fecha en que debía casarse, la llevaron por toda la ciudad en su bata, la ataron a una gran estaca en la plaza del mercado, y la quemaron viva delante del obispo, con la figura de cera colgándole del cuello. La gente dijo que el hombrecillo de cera chilló al ser consumido por las llamas. Una y otra vez pensé en esta historia mientras yacía despierta en la cama, y me pareció estar viendo a *Lady Avelin* en la plaza del mercado, su hermoso cuerpo blanco devorado por las amarillentas llamas. Y tantas vueltas le di que me pareció estar metida yo misma en la historia, y me imaginé ser la dama, y que vendrían a prenderme para ser quemada en la hoguera a la vista de toda la ciudad. Y me pregunté si a ella le hubiera preocupado eso, después de tantas cosas extrañas como había hecho, o si le habría dolido mucho que la quemaran en la hoguera. Una y otra vez intenté olvidar las historias de la niñera, y recordar el secreto que presencié aquella tarde, y lo que había en el bosque secreto; pero no lograba ver más que la oscuridad y un breve destello, que pronto desaparecía, y a continuación únicamente me veía a mí misma corriendo, hasta que una luna muy blanca surgía por encima de la sombría colina. Entonces de nuevo me volvieron a la memoria los viejos cuentos y las extrañas rimas que la niñera solía cantarme. Había una que empezaba “*Hasly cumsy, Helen musty*”, que ella solía cantarme dulcemente cuando quería que me durmiese. Y me puse a cantarla para mis adentros hasta quedarme dormida.

»A la mañana siguiente estaba muy cansada y somnolienta, apenas pude estudiar mis lecciones, y me alegré mucho cuando terminé y me puse a almorzar, pues quería salir y estar sola. Era un día caluroso y fui a una linda colina cubierta de césped, junto al río, y me senté encima del viejo chal de mi madre, que me había llevado a propósito. El cielo estaba gris, como el día anterior, pero había una especie de resplandor blanco, y desde donde yo estaba sentada, podía contemplar allá abajo todo el pueblo, tan inmóvil, silencioso y blanco como un cuadro. Recordé que fue en esa colina donde la niñera me enseñó a jugar un antiguo juego llamado “*Ciudad de Troya*”, en el que una tenía que bailar, enroscarse y retorcerse sobre un dibujo trazado en la hierba, y luego, cuando ya había bailado y dado suficientes vueltas, la otra persona te hacía preguntas que no podías evitar el contestar, quisieras o no, y tenías la impresión de que debías hacer cualquier cosa que ella te ordenara. La niñera decía

que solía haber muchos juegos como ése, y que algunas personas los conocían. Había uno mediante el cual podías convertir a la gente en lo que quisieras, y un anciano que su bisabuela había conocido sabía de una chica que se había convertido en una voluminosa serpiente. Existía otro juego muy antiguo consistente en bailar, retorcerse y dar vueltas, mediante el cual podías sacar a una persona de su propio ser y retenerla en tu poder todo el tiempo que quisieras, mientras su cuerpo seguía paseándose completamente vacío y sin sentido alguno. Pero yo fui a aquella colina porque quería meditar sobre lo que había ocurrido el día anterior y sobre el secreto del bosque. Desde el lugar donde estaba sentada podía ver, al otro lado del pueblo, el claro que encontré, por donde un pequeño arroyo me condujo hasta un país desconocido. Imaginé que, de nuevo, seguía el curso del arroyo, y repasé todo el camino mentalmente; por último llegué al bosque, me arrastré entre los arbustos, y entonces vi algo en la oscuridad que me hizo sentirme como si estuviera llena de fuego, como si deseara bailar, cantar y volar, pues me notaba cambiada y estupenda. Pero lo que vi no había cambiado nada, ni había envejecido, y me pregunté una y otra vez cómo podían suceder semejantes cosas, y si serían realmente ciertas las historias de la niñera, porque a la luz del día y al aire libre todo parecía completamente diferente que por la noche, cuando me asusté y creí que iban a quemarme viva. Una vez le conté a mi padre uno de esos cuentos, que trataba de un fantasma, y le pregunté si era cierto; él lo negó rotundamente diciendo que solamente la gente vulgar e ignorante creía en semejantes disparates. Se enfadó mucho con la niñera por haberme contado el cuento, y la regañó; después de eso, ella me hizo prometer que nunca más susurraría ni una sola palabra de lo que me contara, pues si lo hacía sería mordida por la gran serpiente negra que vivía en la charca del bosque. Completamente a solas en la colina, me pregunté qué habría de verdad en todo aquello. Había visto algo muy asombroso y muy hermoso, sabía un cuento, y si realmente había visto eso y no lo había inventado a partir de las tinieblas, las ramas negras y el brillante resplandor que iba subiendo hasta el cielo por detrás de la gran colina redonda, si de verdad lo había visto, entonces había todo tipo de cosas maravillosas, encantadoras y terribles en que pensar, de modo que suspiré y temblé, y ardía pese a estar helada. Bajé la mirada hacia el pueblo, tan inmóvil y silencioso como un inofensivo cuadro, y pensé una y otra vez si no sería todo cierto. Pasó mucho tiempo antes de que pudiera decidir algo; el corazón me palpitaba de una forma tan extraña que parecía susurrarme todo el tiempo que todavía no me había sacado aquello de la cabeza; y, no obstante, parecía completamente imposible, y sabía que mi padre y todos los demás dirían que era un terrible disparate. Jamás pensé decirle a él o a cualquier otro ni una palabra del asunto, porque sabía que de nada serviría y únicamente me acarrearía burlas y reprimendas; así que durante un tiempo fui muy discreta, sin dejar por ello de pensar y de maravillarme; y de noche solía soñar cosas asombrosas, y a veces me despertaba de madrugada gritando con los brazos extendidos. También me asustaba porque, de ser cierta la historia, existían evidentes peligros, y podía sucederme algo espantoso, a

menos que tuviera mucho cuidado. Aquellos viejos cuentos no se me iban de la cabeza ni de noche ni de día, constantemente volvía sobre ellos y me los contaba a mí misma una y otra vez, mientras paseaba por los mismos lugares en donde la niñera me los había contado; y cuando me sentaba en la habitación de los niños junto al fuego, solía imaginarme que la niñera estaba sentada en la otra silla, contándome en voz baja alguna maravillosa historia por miedo a que alguien la oyera. Pero ella prefería contarme esas cosas cuando estábamos en el campo, lejos de casa, porque, según ella, eran grandes secretos y las paredes oyen. Y si se trataba de algo mucho más secreto, teníamos que ocultarnos en matorrales o bosques; solía pensar que era muy divertido arrastrarse a lo largo de un seto en silencio, y, de pronto, meterse entre los arbustos o correr hacia el bosque, estando seguras de que nadie nos veía. De modo que sabíamos que nuestros secretos eran solamente nuestros, y que nadie más sabía nada de ellos. De vez en cuando, después de habernos escondido según acabo de describir, acostumbraba a enseñarme toda clase de cosas raras. Un día, recuerdo que estábamos escondidas en un matorral de avellano que domina el arroyo, y hacía tanto calor como si fuese abril; el sol abrasaba y las hojas empezaban a brotar. La niñera dijo que me enseñaría algo divertido que me haría reír, y entonces me mostró —ésas fueron sus palabras— cómo poner patas arriba toda una casa sin que nadie se dé cuenta, haciendo saltar ollas y cacerolas, rompiendo la porcelana, y provocando que las sillas caigan unas encima de las otras. Lo intenté un día en la cocina, y comprobé que podía hacerlo bastante bien: una fila entera de platos cayó del aparador, y la pequeña mesa auxiliar de la cocinera se volvió “delante de sus ojos”, según dijo, asustándose tanto y poniéndose tan blanca que no lo volví a hacer, pues la estimaba. Más tarde, en el bosquecillo de avellanos, donde me había enseñado a hacer que las cosas se caigan, me explicó la manera de provocar ruido como de golpes, y aprendí también a hacerlo. Después me enseñó rimas que recitar en determinadas ocasiones, extraños signos para ejecutar en otras circunstancias, y otras cosas que su bisabuela le había enseñado a ella cuando era todavía una niña. Y ésas fueron las cosas en las que pensé aquellos días, después del extraño paseo en el que creí descubrir un gran secreto, y deseé que la niñera estuviera aquí para preguntarle al respecto, pero se había marchado hacía más de dos años y nadie parecía saber qué había sido de ella, o adónde se había ido. Pero yo siempre recordaré aquellos días aunque viva muchos años más, pues constantemente me sentía muy extraña, perpleja e incrédula, y unas veces me notaba completamente segura y decidida, y otras estaba convencida de que tales cosas realmente no podían suceder, y vuelta a empezar. Pero tuve mucho cuidado de no hacer ciertas cosas que pudieran ser peligrosas. Así que esperé y medité durante mucho tiempo, y aunque no estaba completamente segura de nada, nunca me atreví a indagar más. Pero un día tuve la certeza de que todo lo que dijo la niñera era verdad, y me encontré muy sola al descubrirlo. Temblé de pies a cabeza, de alegría y espanto al mismo tiempo, y corrí tan rápida como pude hacia uno de aquellos matorrales que solíamos frecuentar —el único que hay junto al sendero,

donde la niñera hizo el muñequito de cera—, y me deslicé en su interior, y cuando llegué al más antiguo de todos ellos me tapé la cara con las manos y me tumbé boca abajo sobre la hierba, y permanecí inmóvil durante un par de horas, susurrándome a mí misma deliciosas y terribles cosas, y repitiendo una y otra vez ciertas palabras. Todo era cierto, maravilloso y espléndido, cuando recordaba la historia que conocía, y pensaba en lo que realmente había visto, me daban escalofríos y el aire parecía llenarse de perfumes y flores y canciones. Primero de todo quise moldear un hombrecillo de arcilla, como el que había hecho la niñera hacía tanto tiempo, y tuve que inventarme varios planes y estrategias, y vigilar, y pensar las cosas de antemano, a fin de que nadie pudiera imaginarse lo que estaba haciendo o iba a hacer, pues era demasiado mayor para llevar arcilla en un cubo de hojalata. Al fin ideé un plan, llevé la arcilla húmeda al susodicho matorral e hice lo mismo que había hecho la niñera, sólo que la figura que yo hice era mucho más perfecta que la de ella; y cuando la terminé, hice cuanto pude imaginar y mucho más de lo que ella hizo, por lo que su aspecto era mucho mejor. Pocos días después, habiendo terminado de estudiar más temprano que de costumbre, recorrí por segunda vez el camino del arroyo que me había conducido a un país extraño. Lo seguí, pasé por entre los arbustos y bajo las ramas de los árboles, y atravesé los matorrales espinosos de la colina y los sombríos bosques cubiertos de plantas trepadoras. Luego me arrastré por el oscuro túnel por donde pasaba antes el arroyo, cuyo suelo era pedregoso, hasta que finalmente llegué al matorral que trepaba por la colina, y, aunque las hojas estaban brotando de los árboles, todo estaba tan tenebroso como la primera vez que fui allá. El matorral era el mismo, y lo atravesé despacio hasta salir a la gran colina pelada, donde empecé a caminar entre maravillosas rocas. Vi que el terrible voor lo envolvía todo de nuevo, pues, aunque el cielo estaba más claro, el anillo que formaban las yermas colinas circundantes estaba todavía en sombras, los bosques que las cubrían parecían sombríos y espantosos, y las extrañas rocas eran tan grises como de costumbre. Cuando las recorrí con la mirada desde lo alto del gran montículo, sentada encima de la piedra, pude contemplar sus asombrosos círculos y cercos, unos dentro de otros, y tuve que permanecer completamente inmóvil, sin perderlos de vista, cuando empezaron a volverse hacia mí; cada piedra bailaba en su sitio, y todas parecían girar en un gran torbellino, como si estuviesen en medio de las estrellas y las oyeran precipitarse a través de la atmósfera. De modo que bajé entre las rocas para bailar con ellas y cantar extraordinarias canciones, y atravesé el otro matorral, y bebí del claro riachuelo del poco accesible y secreto valle, posando los labios en la burbujeante agua; luego proseguí hasta llegar al hondo y rebosante pozo, rodeado de reluciente musgo, y me senté al lado. Miré al frente hacia la oscuridad secreta del valle; detrás de mí se alzaba el elevado muro de hierba, y a mi alrededor los espesos bosques que hacían del valle un lugar secreto. Sabía que no había ninguna otra persona aparte de mí, y que nadie podía verme. Así que me quité las botas y los calcetines y metí los pies en el agua, pronunciando las palabras que sabía. El agua no estaba tan fría como

yo pensaba, sino que era cálida y muy agradable, y cuando mis pies se introdujeron en ella, tuve la impresión de que eran de seda o que la ninfa me los besaba. Hecho esto, pronuncié las restantes palabras e hice las señales convenidas; luego, me sequé los pies con una toalla que me había llevado a propósito, y me puse los calcetines y las botas. Después trepé por la empinada pared y llegué al lugar donde estaban las hoyas, y los dos bellos montículos, y las redondas lomas de tierra, y las figuras extrañas. Esta vez no bajé a la hoya, sino que, al final, retrocedí y vislumbré las figuras con bastante claridad, pues había más luz, y recordé una historia que había olvidado completamente; en esa historia las dos figuras se llamaban Adán y Eva, y sólo los que conocen la historia comprenden lo que esto quiere decir. Luego proseguí mi camino hasta llegar al bosque secreto que no debe ser descrito, y me arrastré en su interior por el pasadizo que había descubierto. Y cuando había cubierto aproximadamente la mitad del recorrido me detuve, me volví, me preparé, me tapé los ojos con un pañuelo y me aseguré de que no podía ver nada en absoluto, ni una ramita, ni la punta de una hoja, ni la luz del cielo, pues era un viejo pañuelo de seda roja con grandes lunares amarillos, que me daba dos vueltas a la cabeza y cubría mis ojos de forma que no pudiera ver nada. Entonces comencé a andar, paso a paso, muy despacio. Mi corazón latía cada vez más deprisa, y algo me subía por la garganta que me ahogaba y me provocaba ganas de gritar, pero no despegué los labios y continué andando. Las ramas se prendían en mis cabellos al andar, y los gigantescos espinos me desgarraban la carne; no obstante, seguí adelante hasta el final del sendero. Entonces me detuve, extendí los brazos y me incliné, y al principio di un rodeo, tanteando con las manos, y no encontré nada. La segunda vez di otro rodeo, tanteando con las manos, y tampoco hallé nada. Entonces lo intenté por tercera vez, tanteando con las manos, y la historia resultó ser cierta, y deseé que hubieran pasado los años para no tener que esperar tanto tiempo a ser feliz para siempre.

»La niñera debió de haber sido uno de esos profetas que menciona la Biblia. Todo lo que dijo empezó a cumplirse, y desde entonces han ocurrido otras cosas que ella me contó. Así fue como llegué a saber que sus historias eran verídicas y que yo no me había inventado nada. Pero aquel día sucedió también otra cosa. Acudí por segunda vez al lugar secreto en el hondo y rebosante pozo; mientras permanecía de pie sobre el musgo, me incliné y miré al pozo, y entonces supe quién era la dama blanca que había visto salir del agua en aquel bosque hace mucho tiempo, siendo muy pequeña. Me estremecí toda, pues esto me reveló otras cosas. Entonces recordé que poco después de haber visto a la gente blanca en el bosque, la niñera me preguntó más cosas acerca de ellos; se lo volví a contar todo otra vez, lo escuchó sin pronunciar palabra durante mucho tiempo, y por fin dijo: “La verás de nuevo”. Así comprendí lo que había pasado y lo que iba a pasar. Y entendí todo lo referente a las ninfas: cómo encontrarlas en cualquier lugar; que ellas me ayudarían siempre; y que debía buscarlas siempre bajo todo tipo de apariencias y formas extrañas. Sin las ninfas nunca hubiera podido descubrir el secreto; sin ellas, ninguna de las demás

cosas podrían haber sucedido. La niñera me había contado todo lo relacionado con ellas hacía mucho tiempo, pero las llamaba por otro nombre, y no supe lo que quería decir, ni qué significaban sus cuentos, solamente que eran muy raros. Había dos clases de ninfas, las claras y las oscuras, y ambas eran encantadoras y maravillosas; algunos únicamente veían a las de una clase; otros solamente a las de la otra; pero había quien veía a las de ambas. Normalmente aparecían primero las oscuras, y luego llegaban las claras, y acerca de ambas se contaban extraordinarios cuentos. Un día o dos después de haber regresado a casa procedente del lugar secreto, fue cuando conocí realmente a las ninfas por vez primera. La niñera me había enseñado a llamarlas y yo había intentado hacerlo; pero no entendí lo que ella quiso decirme, de modo que pensé que eran tonterías. Pero me decidí a intentarlo otra vez; me dirigí al bosque en donde estaba la charca en la que había visto a la gente blanca y lo intenté de nuevo. Vino Alanna, la ninfa oscura, y convirtió la charca de agua en charca de fuego...».

Epílogo

—¡QUÉ historia más extraña! —dijo Cotgrave, devolviendo el libro verde al solitario Ambrose—. En líneas generales la he entendido, pero hay muchas cosas que se me escapan. Por ejemplo, en la última página, ¿qué quiere decir eso de «ninfas»?

—Bien, creo que en todo el manuscrito hay referencias a ciertos «procesos» que se han transmitido por tradición popular a través de los siglos. Recientemente, algunos de estos procesos están empezando a entrar dentro de la competencia de la ciencia, que ha llegado a ellos —o más bien, a los pasos que conducen a ellos— mediante procedimientos totalmente diferentes. Yo he interpretado la referencia a las «ninfas» como una referencia a uno de estos procesos.

—¿Cree usted que existen semejantes cosas?

—¡Oh!, sí que lo creo, sí; y me parece que puedo proporcionarle pruebas convincentes sobre ese punto. Me temo que no se haya preocupado usted del estudio de la alquimia. Es una pena, porque, en todo caso, su simbolismo es muy hermoso, y además, si estuviera usted al corriente de ciertos libros sobre el tema, podría recordarle frases susceptibles de explicar buena parte del manuscrito que acaba de leer.

—De acuerdo. Pero me gustaría saber si usted cree seriamente que existe algún

fundamento real bajo esas fantasías. ¿No pertenecen todas ellas a la esfera de la poesía? ¿No son un curioso sueño que el hombre se ha consentido a sí mismo?

—Sólo puedo decirle que, sin duda, lo más conveniente para la gran masa de gente es rechazarlas como un sueño. Pero si me pregunta usted lo que de verdad creo, eso es harina de otro costal. No, no diría yo que creo, sino más bien que conozco. Le aseguro que he conocido casos de hombres que han tropezado de forma completamente accidental con algunos de esos «procesos», y se han asombrado de sus consecuencias totalmente inesperadas. En los casos de que hablo no podía haber ninguna posibilidad de «sugestión» o de acto subconsciente de ningún tipo. Igual podría suponerse entonces que un estudiante se «sugestiona» con la existencia de Esquilo cuando empolla mecánicamente las declinaciones griegas.

»—Pero ya se habrá usted dado cuenta de la oscuridad del relato —prosiguió Ambrose—. En este caso particular debe haber sido dictada por el instinto, ya que la escritora nunca pensó que su manuscrito caería en otras manos. Pero la experiencia ha sido general, por muchas y excelentes razones. Las medicinas realmente eficaces, que también son, forzosamente, virulentos venenos, se guardan en un armario cerrado; un niño puede encontrar la llave por casualidad y bebérselas hasta morir. Pero en la mayoría de los casos la búsqueda es intencionada, y los frascos contienen preciosos elixires para todo aquel que pacientemente se haya fabricado su propia llave.

—¿No le importaría entrar en detalles?

—No, francamente no. Prefiero que siga usted sin convencerse. Pero ya vio usted cómo ilustra el manuscrito la charla que sostuvimos la semana pasada.

—¿Vive todavía la chica?

—No. Yo fui uno de los que la encontraron. Conocí bien a su padre; era abogado y jamás se preocupó de ella. No pensaba más que en escrituras y arrendamientos, de manera que las noticias que le llegaron le causaron una espantosa sorpresa. Había desaparecido una mañana, supongo que alrededor de un año después de haber escrito lo que usted ha leído. Llamaron a las criadas, y éstas contaron algunas cosas y dieron la única explicación lógica, aunque completamente errónea.

»—Descubrieron el libro verde en algún rincón de su cuarto, y yo la encontré a ella en el lugar que describió con tanto pavor, tumbada en el suelo frente a la imagen.

—¿Había una imagen?

—Sí; estaba oculta por los espinos y la espesa maleza que la rodeaban. Era una comarca salvaje y desierta; pero usted ya la conoce por la descripción de ella, aunque, por supuesto, debe comprender que han sido recargadas las tintas. La imaginación de un niño siempre ve más altas las cumbres y más profundos los abismos de lo que realmente son; y esta chica tenía, desgraciadamente para ella, algo más que imaginación. Podría decirse, tal vez, que su representación mental, que hasta cierto punto consiguió expresar en palabras, era la misma escena que habría podido interpretar un artista imaginativo. No obstante, en cualquier caso se trata de una tierra

extraña y desolada.

—¿Estaba muerta la chica?

—Sí. Se había envenenado... a tiempo. No; no se dijo ni una sola palabra en contra suya, como era habitual. ¿Recuerda usted la historia que le conté la otra noche acerca de una dama que vio cómo una ventana aplastaba los dedos de su hija?

—Y ¿qué era esa estatua?

—Bueno, era una escultura romana, de una clase de piedra que no se había ennegrecido con el paso del tiempo, sino que se había puesto blanca y luminosa. Los matorrales habían crecido a su alrededor, ocultándola, y en la Edad Media los partidarios de cierta tradición muy antigua supieron utilizarla en su propio beneficio. De hecho, fue incorporada a la monstruosa mitología del Sabbat. Habrá observado usted que a aquellos a quienes por casualidad les ha sido otorgada la visión de esa blancura resplandeciente, o, mejor dicho, por aparente azar, se les exige taparse los ojos la segunda vez que se aproximen a ella. Es muy significativo.

—¿Todavía está allí?

—Mandé buscar herramientas y la redujimos a polvo y fragmentos.

»—La persistencia de la tradición jamás me sorprende —continuó Ambrose tras una pausa—. Podría citar más de una parroquia inglesa donde todavía perviven, con vigor oculto, aunque constante, tradiciones como las que esta chica oyó en su infancia. No, para mí lo extraño y lo espantoso no son las «secuelas» sino la «historia» en sí misma, pues siempre he creído que los prodigios son privilegio del alma.

DE LAS PROFUNDIDADES DE LA TIERRA

DURANTE el pasado agosto hubo una especie de confusa queja acerca de la mala conducta de los niños en ciertos balnearios de Gales. Semejantes informes y vagos rumores son sumamente difíciles de rastrear hasta sus orígenes; nadie tiene mejor razón que yo para saberlo. No necesito recorrer el ancestral suelo galés; pero me temo que por estas fechas mucha gente desearía no haber oído nunca mi nombre. Por otra parte, un considerable número de personas estimables están preocupadas muy seriamente, desde mi punto de vista, con mi eterno bienestar. Me escriben cartas, algunas con amables censuras, rogándome que no prive a las pobres almas enfermas del pequeño consuelo que encuentran en medio de sus penas. Otros me envían octavillas y folletos izquierdistas con alusiones a «la hija de un canónigo muy conocido»; los demás son de nuevo violenta y anónimamente injuriosos. Y además, con escritura espaciada, en hermosa forma de libro, el señor Begbie se ha enfrentado a mí justa aunque en mi opinión severamente.

Sin embargo, por mi parte, todo era completamente inocente, más bien casual. Yo, que en prosa soy un pardillo, no hice sino expresar mi insignificante lamento en el *Evening News*, porque así lo quise, pues sentía que la historia de «Los arqueros»^[6] debía ser contada. Cuando todo el mundo está en guerra, un inventor de fantasías es, el cielo lo sabe, una despreciable criatura; pero pensé que, de todos modos, a nadie perjudicaría que yo atestiguara, a la manera del arte fantástico, mi creencia en la heroica gesta de las huestes inglesas que regresaron de Mons tras combatir y vencer.

Y entonces, de un modo u otro, fue como si hubiera pulsado un botón y hubiese puesto en funcionamiento un terrible y complicado mecanismo propulsor de rumores que se pretendían auténticos, de cotilleos que se las daban de evidentes, de extravagantes disparates, en los que la buena gente creía muy firmemente. El supuesto testimonio de esa «hija de un canónigo muy conocido» tomó al asalto las revistas parroquiales, e igualmente disfrutó de la confianza de los eclesiásticos disidentes. La «hija» negó saber algo del asunto, pero la gente todavía citaba sus supuestas palabras textuales; y las publicaciones se hacían un lío con los relatos, probablemente verídicos, de las angustiosas alucinaciones y delirios de nuestros soldados en retirada, hombres fatigados y destruidos hasta el borde mismo de la muerte. Todo resultó peor que los mitos rusos, y como en las fábulas rusas, parecía imposible seguir el curso del engaño hasta su fuente o fuentes. ¿Quién fue el que dijo que «la señorita M. conoció a dos oficiales que, etc.»? Supongo que nunca sabremos su falso y engañoso nombre.

Y eso ocurrirá, en mi opinión, con este extraño asunto de los impertinentes niños de una ciudad galesa de la costa, o mejor de un grupo de ciudades pequeñas y pueblos situados en determinada región o comarca que no voy a precisar tan exactamente como quisiera, pues amo a este país y mis recientes experiencias con «Los arqueros»

me han enseñado que ningún cuento es demasiado fútil para ser creído. Y, por supuesto, para empezar nadie sabía cómo se originó este extraño y malicioso chisme. Que yo sepa, se parece más a los mitos rusos que el cuento de «Los ángeles de Mons». Es decir, el rumor precedió a la impresión; se habló del asunto por todas partes y pasó de una carta a otra mucho antes de que los periódicos advirtieran su existencia. Y —aquí se asemeja bastante al incidente de Mons— Londres y Manchester, Leeds y Birmingham murmuraron cosas desagradables mientras los pequeños pueblos implicados disfrutaban inocentemente de una prosperidad desacostumbrada.

En esta última circunstancia, como creen algunos, hay que buscar el fundamento de todo el asunto. Es bien sabido que ciertas ciudades de la costa este padecieron el terror de los ataques aéreos, y que una buena parte de sus visitantes usuales se dirigieron por vez primera al oeste. Así pues, existe la teoría de que la costa este fue lo bastante ruin como para divulgar rumores contra la costa oeste por pura malicia y envidia. Puede que así sea; no pretendo saberlo. Pero ahí va una experiencia personal, tal cual, que ilustra la forma en que se divulgó el rumor. Estaba yo un día almorzando en mi taberna de Fleet Street —a comienzos de julio— cuando entró un amigo mío, abogado de la firma Serjeant's Inn, y se sentó a mi mesa. Empezamos a hablar de las vacaciones y mi amigo Eddis me preguntó adónde pensaba ir.

—Al mismo lugar de siempre —dije—. Manavon. Ya sabe usted que siempre vamos allá.

—¿De veras? —dijo el jurista—. Pensé que la costa había dejado de gustar. Mi esposa tiene un amigo que ha oído decir que no es ni mucho menos lo que era.

Me asombró oír eso, pues no entendía que una ciudad como Manavon pudiera «dejar de gustar». La había conocido durante diez años, habiéndome alojado en ella en mis alrededor de veinte visitas, y no podía creer que hubieran surgido alborotos en las casas de huéspedes desde agosto de 1914. No obstante, hice una pregunta a Eddis:

—¿Turistas? —lo pregunté sabiendo, en primer lugar, que los turistas odian los lugares solitarios, tanto en el campo como en la playa; en segundo lugar, que no había ciudades industriales a una distancia asequible y cómoda, y, en tercer lugar, que los ferrocarriles no expedían billetes de ida y vuelta durante la guerra.

—No, no exactamente turistas —replicó el abogado—. Pero el amigo de mi esposa conoce a un clérigo que afirma que la playa de Tremaen no es ahora en modo alguno agradable, y Tremaen está sólo a unas cuantas millas de Manavon, ¿no es así?

—¿De qué forma no es agradable? —proseguí con mi interrogatorio—. ¿Payasos, ferias y esa clase de cosas? Pienso que no puede ser así, ya que las solemnes rocas de Tremaen convertirían en piedra al más animado Pierrot. Se quedaría inmóvil en un risco sobre la playa, y las gaviotas se llevarían su canción y la convertirían en un lamento a través de las solitarias y resonantes cavernas que miran a Avalon. Eddis dijo que no había oído nada acerca de los feriantes, pero tenía entendido que desde la guerra los niños del distrito estaban completamente fuera de control.

—Palabrotas, ya sabe usted —dijo—, y todo ese género de cosas, peores que los niños de los suburbios de Londres. Nadie desea que su esposa e hijos escuchen conversaciones groseras a cada momento, mucho menos durante sus vacaciones. Y se dice que Castell Coch está verdaderamente imposible; ninguna mujer decente se dejaría ver por allí.

—Realmente es una pena —dije yo, y cambié de tema. Pero no podía entenderlo del todo. Conocía bien Castell Coch: una pequeña bahía, rodeada de dunas y acantilados de arenisca roja repletos de verdor. Una corriente de agua fría desciende hasta el mar; allí se encuentran el castillo Norman en ruinas, la antigua iglesia y la dispersa aldea; en conjunto es un lugar pacífico, tranquilo y de gran belleza. Allí la gente, tanto los niños como los adultos, no es simplemente amable, sino atenta; si alguien agradece a un niño que le abra la puerta, recibirá la inevitable respuesta: «Y sea cariñosamente bienvenido, señor». No podía entenderlo del todo. No me había creído los chismes del jurista; por mucho que lo intentase no podía comprender lo que él me insinuaba. Y, para evitar cualquier misterio innecesario, puedo añadir que tanto mi esposa como mi hijo y yo mismo fuimos el pasado agosto a Manavon y pasamos unas deliciosas vacaciones. Entonces no fuimos conscientes, por supuesto, de ningún tipo de molestia o desavenencia. Después, lo confieso, me contaron una historia que me desconcertó y todavía me desconcierta, y esta historia, si la aceptamos, puede proporcionar su propia interpretación a una o dos circunstancias que en sí mismas parecían completamente insignificantes.

Pero durante todo julio encontré indicios de perversos rumores que afectaban a este sumamente grato rincón de la tierra. Algunos de estos rumores coincidían con los chismes de Eddis; otros ampliaban su vaga historia y la precisaban todavía más. Por supuesto, no se disponía de ninguna prueba de primera mano. En estos casos nunca existen pruebas de primera mano. Pero A conocía a B, que había oído decir a C que la hija menor de su primo segundo había sido atacada y golpeada por una pandilla de jóvenes salvajes gales es. Luego, la gente mencionó a «un doctor con una numerosa clientela en una ciudad muy conocida de las Midlands», en el sentido de que Tremaen era una cloaca de depravación juvenil. Opinaban que la prueba de un médico responsable era terminante y convincente; pero no se molestaron en averiguar quién era el doctor, ni siquiera si había algún doctor relacionado con la cuestión. Entonces el asunto comenzó a aparecer en los periódicos en una especie de forma indirecta, como entre paréntesis. La gente mencionó el caso de estos imaginarios niños traviesos en apoyo de sus opiniones en materia de educación. Alguien dijo que estos «desgraciados pequeños» se habrían portado bien si no hubieran tenido ningún tipo de educación; la oposición declaró que la permanencia en la escuela los reformaría rápidamente, transformándolos en ciudadanos admirables. Luego, los pobres niños del condado de Arfon parecieron verse envueltos en disputas acerca de la separación de la Iglesia y el Estado en Gales y la cuestión minera; y todo el tiempo se preocuparon de comportarse cortés y admirablemente como siempre hacían. Supe

todo el tiempo que todo era un disparate, pero no pude comprender en lo más mínimo lo que quería decir, ni quién movía los hilos del rumor, ni cuáles eran sus propósitos al hacerlo. Empecé a pensar si la presión, la ansiedad y la tensión de una terrible guerra no habrían desquiciado a la opinión pública, de manera que estuviera dispuesta a creer cualquier fábula, a discutir los motivos de unos sucesos que nunca habían ocurrido. Finalmente empezaron las murmuraciones acerca de cosas del todo increíbles: los niños visitantes no solamente habían sido golpeados, sino también torturados; un chico fue encontrado empalado con una estaca en un campo solitario cercano a Manavon; otro niño había sido incitado con engaño a despeñarse por los acantilados de Castell Coch. Un periódico de Londres envió discretamente a Arfon a un competente investigador. Estuvo ausente una semana, y al final de ese período volvió a su oficina y, en sus propias palabras, «echó por tierra toda la historia». No existía una sola palabra de verdad, dijo, en ninguno de esos rumores; ni un solo rastro que diera pie a la más inofensiva forma de cotilleo. Nunca había visto un país tan hermoso; jamás encontró hombres, mujeres y niños más agradables; no había ni un solo caso de enfado o inquietud en ninguna de sus formas.

Sin embargo, la historia siguió creciendo, haciéndose cada vez más monstruosa e increíble. Yo estaba demasiado ocupado en observar el avance de mi propio monstruo mitológico para prestarle atención. El secretario del ayuntamiento de Tremaen, al que finalmente alcanzó la leyenda, escribió una breve carta a la prensa negando con indignación que existiera la más mínima base para «los desagradables rumores», que, según él entendía, estaban haciendo circular; y casi por aquellas fechas fuimos nosotros a Manavon y, como dije antes, disfrutamos extremadamente. El tiempo fue perfecto: azules paradisíacos en el cielo, el mar todo un prodigio reluciente, con verdes oliva y esmeraldas, violetas vivos y zafiros cristalinos alternando entre las rocas; y a lo lejos una confusión de mágicas luces y colores en la confluencia de mar y cielo. El trabajo y la preocupación me acosaban; no encontré nada mejor que detenerme junto a la costa repleta de tomillo, donde hallaba alivio y descanso infinitos en la gran extensión de mar frente a mí y en las minúsculas flores a mi lado. O nos quedábamos toda la tarde estival en un alto saliente sobre los acantilados grises, observando a la marea batirse y encrespase entre las rocas, y escuchando su bramido en los agujeros y cuevas del fondo. Más tarde, como digo, hubo una o dos cosas que me sobrecogieron. Pero entonces no les hice caso. Ves pasar a un hombre con un extraño sombrero blanco y piensas muy poco o nada en él. Después, cuando te enteras de que un hombre que llevaba un sombrero así ha cometido un asesinato en una calle próxima cinco minutos antes, descubres en ese sombrero un cierto interés e importancia. «Extraños niños» fue la frase utilizada por mi hijo pequeño; y empecé a pensar que verdaderamente eran «extraños».

Si existe alguna explicación de todo este turbio asunto, creo que debe buscarse en una conversación que sostuve no hace mucho con un amigo mío llamado Morgan. Como buen galés es un soñador, y algunos dicen que parece un niño recién crecido

que todavía no ha madurado como los demás. Aunque no lo supe mientras permanecí en Manavon, mi amigo pasó sus vacaciones en Castell Coch. Era un hombre solitario, amante de los lugares solitarios, y cuando nos vimos en otoño me contó que solía ir, día tras día, a un lejano promontorio en la costa conocido por el Campamento Viejo, llevando en una cesta su pan con queso y su cerveza. Allí, por encima de las aguas, hay impresionantes y enormes murallas cubiertas de césped, así como defensas redondeadas y pulidas por el transcurso de varios millares de años. En un extremo de este lugar tan antiguo existe un túmulo, una torre de observación quizás, y debajo el verde y engañoso foso parece finalizar en el centro del campo, cuando en realidad se precipita hacia las escarpadas rocas y el precipicio sobre las aguas.

A este lugar venía Morgan a diario, según dijo, a soñar con Avalon, a purificarse de la fuliginosa corrupción de las calles.

Y así, según me contó, una tarde, mientras dormitaba y soñaba, abriendo los ojos de vez en cuando para admirar el milagro y la magia del mar, mientras escuchaba los innumerables murmullos de las olas, su meditación fue interrumpida pavorosamente por un repentino estallido de horribles y estridentes gritos, acompañados de gritos infantiles, pero de niños de la peor especie. Morgan dice que se echó a temblar con sólo oírlos. «Eran para el oído lo que el légamo para el tacto». Luego identificó las palabras: todas las groserías y obscenidades posibles del vocabulario; blasfemias que ponían el grito en el cielo, para luego sumergirse en las puras y radiantes profundidades, desafiándolas. Morgan estaba asombrado. Miró con atención la verde muralla de la fortaleza y vio en el fondo un enjambre de repulsivos niños, pequeñas y horribles criaturas canijas con caras de viejo, rostros abotagados de ojos hundidos y lascivos. Era peor que destapar una nidada de serpientes o una madriguera de gusanos.

No; no llegó a describir lo que eran en realidad.

—Lea usted lo de Bélgica —dijo Morgan— y piense que no podían tener más de cinco o seis años.

No hubo infamia, dijo, que no perpetraran, ni crueldad que escatimaran.

—Vi correr la sangre a raudales, mientras ellos se reían a carcajadas, pero después no pude hallar ni rastro de ella en la hierba.

Morgan dijo que les observó sin pronunciar palabra; fue como si una mano amordazara su boca. Al fin recuperó su voz y les chilló, y ellos estallaron en obscenas carcajadas, devolviéndole los gritos y desapareciendo de su vista. No pudo seguirlos; supone que se ocultaron entre los espesos helechos por detrás del Campamento Viejo.

—A veces no puedo entender a mi casero de Castell Coch —prosiguió Morgan—. Es el administrador de correos del pueblo y tiene una granja propia: una especie de tipo corriente, honrado y agradable. Pero a veces habla extrañamente. Iba a contarle lo de esos niños bestiales y a preguntarle quiénes podían ser, cuando empezó a hablar en galés, algo así como «la lucha generacional de siempre; y la gente se deleita con ella».

Morgan no añadió nada más; era evidente que no había entendido nada. Pero este extraño relato suyo me recordó un par de circunstancias extrañas que había observado: el caso de nuestro pequeño que se extravió más de una vez y anduvo perdido entre las dunas, y que regresó horriblemente asustado, gritando y balbuceando algo acerca de «extraños niños». Entonces no le prestamos atención; no nos preocupaba, creo yo, si era o no cierto que algunos niños vagaban por las dunas. Estábamos acostumbrados a sus pequeñas fantasías.

Pero después de oír la historia de Morgan me volvió a interesar el asunto y escribí a mi amigo el anciano doctor Duthoit, de Hereford.

Su respuesta fue la siguiente:

«—Sólo los pueden ver y oír los niños y los inocentes. He aquí la explicación a lo que le desconcertó al principio: cómo surgieron los rumores. Surgieron de los chismes infantiles, de residuos y sobras del habla semiarticulada de los niños, de los horrores que no entendían, de palabras que avergonzaban a sus niñeras y a sus madres.

»—Esta gente pequeña sale del interior de la tierra y disfruta de nuestra época. Pues, como dijo el galés, se alegran cuando saben que los hombres siguen su propio camino».

UN CHICO LISTO

I

HABIENDO abandonado definitivamente la universidad de Oxford, el joven Joseph Last se preguntaba insistentemente por lo que haría próximamente y en los años venideros. Era huérfano desde su temprana infancia, pues sus padres habían muerto de fiebres tifoideas con muy pocos días de diferencia cuando Joseph tenía diez años, y recordaba muy poco de Dunham, donde su padre fue el último de un vasto linaje de procuradores que ejercieron en el lugar desde 1707. Hace tiempo los Last habían vivido con holgura. De cuando en cuando se habían casado con la alta burguesía de los alrededores y dirigieron la mayoría de los negocios del condado, desempeñando las funciones de mayordomo en varias casas solariegas, viviendo generalmente en un mundo de discreta pero confortable prosperidad y alcanzando sus cotas más altas, tal vez, durante las guerras napoleónicas y después. Luego empezaron a declinar, nada violentamente, sino muy despacio, de manera que pasaron muchos años antes de que se dieran cuenta del lento pero firme proceso en marcha. Los economistas entienden muy bien, sin duda, por qué el campo y sus poblaciones perdieron gradualmente importancia poco después de la batalla de Waterloo; y las causas de la decadencia y el cambio que, según él imaginaba, o creía imaginar, maltrataron tan lamentablemente a Cobbett, absorbiendo la vida y la resistencia de la tierra para nutrir la monstruosa excrescencia de Londres. De cualquier modo, incluso antes de la llegada del ferrocarril, las salas de reunión de las poblaciones rurales se volvieron polvorientas y desiertas, las familias del condado dejaron de ir a sus «casas de la ciudad» en la estación veraniega, los pequeños teatros, donde la señora Siddons y Grimaldi habían actuado en sus diversos papeles, raramente abrían sus puertas, y los diestros artesanos, relojeros, ebanistas y otros por el estilo, empezaron a encaminarse a las grandes ciudades y a la capital. Eso ocurría en Dunham. Desde luego, las fortunas de los Last se hundieron a la par que las de la ciudad; hubo especulaciones que no salieron bien, y la gente habló de una gran pérdida en bonos extranjeros. Cuando murió el padre de Joseph, se comprobó que había suficiente para educar al chico y suministrarle un bienestar estrictamente modesto, y poco más.

Se estableció con un tío suyo que vivía en Blackheath y, tras unos pocos años en la muy conocida escuela preparatoria del señor Jones, fue a Merchant Taylors y de

allí a Oxford. Consiguió una decorosa licenciatura (segundo en *Mayores*^[7]) y comenzó entonces aquella perplejidad sobre qué haría consigo mismo. Su renta no le permitía más que chuletas y filetes, con algún ocasional asado de aves, y tres o cuatro semanas en el Continente una vez al año. De haberlo querido, podría haber hecho algo, pero la perspectiva la encontraba sosa y aburrida. Él era un humanista bastante aceptable, con algo más que el conocimiento puramente técnico del latín y el griego y el interés profesional por ambos, propio de un profesor de tipo medio; con todo, la enseñanza parecía ser su única opción de empleo evidente y obvia. Pero no parecía probable que pudiera obtener un puesto en ninguno de los grandes colegios privados. En primer lugar, había desperdiciado sus oportunidades en Oxford. Había ido a una de las facultades más desconocidas, una de esas que aparecen en memorias que tratan de los primeros años del siglo diecinueve como centro y origen de la vida intelectual, y que por alguna razón o sin razón habían caído en el olvido. Nada existe contra ellas; pero nadie habla ya más de ellas. En uno de estos lugares Joseph Last hizo amistad con excelentes compañeros, tranquilos y alegres como él; pero no fueron, en el estricto sentido del término, los «buenos amigos» que un joven prudente suele hacer en la universidad. Uno o dos tenían en mente la abogacía, y dos o tres la administración pública; pero la mayoría de ellos estaban vinculados a coadjutorías y otros cargos rurales. Generalmente, y por razones prácticas, no estaban «en el ajo»: no eran hombres cuyos cuchicheos en las altas esferas pudieran conducir a algo provechoso. Además, aun en aquellos días, los deportes adquirían otra vez importancia en los colegios mejor acreditados, y en eso el joven Last quedaba categóricamente excluido. Llevaba gafas con dos lentes partidas de un modo raro: su incapacidad atlética era terminante y total.

Después de mucho reflexionar, al principio pensó fundar una pequeña escuela preparatoria en uno de los suburbios prósperos de Londres; una escuela diurna donde los padres pudieran proporcionar a sus chicos una buena base desde el principio por unos honorarios comparativamente modestos, teniendo, no obstante, en sus propias manos su educación. A menudo le había parecido a Last que era cosa de bárbaros sacar a un muchacho de siete u ocho años de su confortable y afectuoso hogar para enviarle por las mañanas, con el estómago vacío, a un extraño lugar entre poco amistosos desconocidos, tableros desnudos, olor a tinta y gramática. Pero tras consultar con su antiguo compañero de facultad Jim Newman, este sabio le aconsejó renunciar a su proyecto y abandonarlo sobre la marcha. Newman señaló en primer lugar que la enseñanza no era rentable a menos que estuviese combinada con el alojamiento. Dijo que todo saldría bien, y más que bien; y supuso que mucha gente que corrientemente regentaba hoteles con sumo gusto se dedicaría a practicar su misterioso arte bajo normas docentes.

—Sabes, no necesitas gastarte mucho en mobiliario. No hace falta que los chicos se hagan sibaritas. Además, no hay nada que un muchacho en su sano juicio odie más que la falta de ventilación: lo que quiere es aire puro, y en abundancia. Y como sabes,

viejo amigo, el aire puro es bastante barato. Y en cuanto a la comida, en un hotel ordinario es conveniente preocuparse de si es comestible; pero en un hotel de los que estamos hablando, un pequeño accidente en el buey o el cordero proporciona una excelente oportunidad para ejercitar la virtud de la abnegación.

Last oyó todo esto con una mueca lúgubre.

—Pareces saberlo todo —dijo—. ¿Por qué no te dedicas a eso tú mismo?

—No pude evitar la ironía. Además, no creo que sea muy deportivo. Me voy a la India en otoño a la caza del jabalí con lanza y a caballo.

»—Y hay otra cosa —continuó tras una pausa reflexiva—. Tu idea de un externado es pésima. Los padres no te agradecerían que les permitieras tener a sus chicos en casa mientras son pequeños. Algunos llegan a decir que el principal propósito de los colegios es permitir a los padres una buena excusa para deshacerse de sus hijos. No es ninguna tontería. La mayoría de los padres y madres quieren a sus hijos y les gusta tenerlos en casa: en todo caso cuando son jóvenes. Pero, de un modo u otro, se les ha metido en la cabeza que los profesores desconocidos saben más acerca de cómo educar a un muchacho que su propia gente; y así es. En suma, desecha esa idea tuya.

Last lo pensó con detenimiento y consideró los pormenores del ámbito docente, llegando a la conclusión de que Newman tenía razón. Por espacio de dos o tres años se encargó de recitales poéticos durante el verano. En el invierno encontró ocupación dando clases particulares a niños atrasados y preparando muchachos no tan atrasados para su examen de beca; y su pequeño manual, *Griego para principiantes*, se había revelado bastante útil en los primeros cursos. En general lo hizo bastante bien y, aunque el trabajo empezaba a aburrirle mortalmente, el dinero que ganaba, añadido a su renta, le permitía vivir como quería: bastante confortablemente. Ocupaba un par de habitaciones en una de las calles que bajaban del Strand al río, por las que pagaba una libra a la semana; almorzaba pan y queso y otras fruslerías, con cerveza de su propio barril, y cenaba sencilla y suficientemente ora en una, ora en otra de esas confortables tabernas que por entonces abundaban en el barrio. Y, de cuando en cuando, una vez al mes o algo así, en lugar de sus cenas en tabernas, iba tal vez al teatro, el Vaudeville o el Olympic, el Globe o el Strand, para terminar con algo caliente. La tarde podía depararle una pequeña reunión: entre las seis y las siete iban a visitarle a sus habitaciones antiguos amigos de Oxford; Zouch procedente de Temple y Medwin de la calle Buckingham; y Garraway posiblemente tomaría el autobús Yellow Albion, descendería de su remota cuesta al norte de Londres, llamaría al número 14 de Mowbray Street, y exigiría fumar en pipa, cerveza negra y una buena función teatral. Y en raras ocasiones se presentaba Noel, otro miembro de nuestra pequeña asociación. Noel vivía en Turnham Green en una casa de ladrillo rojo que entonces era considerada simplemente anticuada, pero que ahora —pues fue derribada hace tiempo— sería célebre por haber sido objeto de la predilección de la reina Ana o de los primeros georgianos. Vivía allí con su padre, funcionario retirado del Museo

Británico, y, a través de un hombre que había conocido en Oxford, se había abierto camino en el periodismo literario, colaborando normalmente en un importante semanario. De ahí la importancia de sus ocasionales descensos a Buckingham Street, Mowbray Street, y el Temple. Noel, como hombre de letras en cierta manera, o, al menos, periodista profesional, era miembro del Blacks' Club, que en aquellos días tenía exiguos locales en Maiden Lane. Noel solía visitar las guaridas de sus amigos y tomaba con ellos cerveza de malta y ostras, y los arrastraba al patio de butacas de cualquier teatro del vecindario, donde contemplaban una excelente interpretación y una animada y disparatada función, disfrutaban de ambas, y luego cenaban en el Tavistock. Después de esto, Noel les llevaba al Blacks', donde, muy probablemente, verían a alguno de los actores que les habían divertido por la tarde, y a sus amigos los periodistas y hombres de letras, así como algún ocasional pintor o fotógrafo. Last disfrutaba mucho en este lugar, especialmente entre los actores, que le parecían más geniales que los literatos. Sobre todo se hizo amigo de uno de los actores, el viejo Meredith Mandeville, que había conocido al anciano Kean, era un fiable intérprete de los más modestos personajes de Shakespeare, y se empeñaba en contar chismes acerca de los primeros tiempos del condado.

—Para empezar disponías de nueve chelines a la semana. Cuando llegabas a quince chelines le dabas a tu casera ocho o nueve y el resto lo tenías para gastar. Te sentías como un príncipe. Y las familias del condado solían venir a vernos a menudo a la Habitación Verde: de lo más agradable.

A Last le encantaba conversar con este amable y anciano caballero, cuya plácida y cordial serenidad no se había echado del todo a perder a causa de las incalculables cantidades de ginebra que ingería, vislumbrando una vida extrañamente alejada de la suya propia: vagabundeo, inseguridad, malas rachas, y jolgorio; y, como fondo de todo, el encendido murmullo del escenario, voces profiriendo cosas tremendas, y la sensación de moverse en dos mundos. El anciano, por su parte, no había sido especialmente próspero o afortunado, y, no obstante, había disfrutado de su vida, se burlaba de sus inconvenientes, y hacía de los malos tiempos una aventura. Last solía expresar su envidia por la carrera del actor, haciendo hincapié en la insignificancia de su propio trabajo, el cual, decía él, consistía en manipular los cerebros de los pequeños, enseñar a los mayores los trucos de los exámenes, y, en general, hacer cosas sin importancia.

—Tiene tanto que ver con la educación como la albañilería con la arquitectura —dijo él una noche—. Y no es nada divertido.

El viejo Mandeville, por su parte, escuchaba con interés estas revelaciones acerca de un mundo tan extraño y desconocido para él como el de las candilejas lo era para el preceptor. Hablando en términos generales, nada sabía de libros a excepción de los textos teatrales. Había oído hablar, sin duda, de cosas llamadas exámenes, como la mayoría de la gente ha oído hablar de los ritos de iniciación de los pieles rojas, pero era tan ajeno a unos como a los otros. Encontraba interesante y extraño estar sentado

en Blacks', hablando en realidad con un buen compañero que estaba dedicado seriamente a esta curiosa profesión. Y existían cuestiones —advirtió Last con asombro— en las que los dos círculos coincidían, o así lo parecía. El preceptor, deseando mostrarse agradable, empezó una noche a hablar acerca de los orígenes del *Rey Lear*. El actor se sorprendió escuchando leyendas celtas que le sonaban a incomprensible disparate. Y cuando llegaron al episodio del Caballero que lucha con el rey del País de las Hadas por la mano de Cordelia, hasta el día del Juicio Final, estalló:

—Lear es una bicoca; de eso no hay duda. Eres demasiado joven para haber visto el Lear de Barry O'Brien: magnífico. Desde entonces se ha ensayado mucho el papel. Pero nunca ha sido representado. Yo mismo he interpretado al Loco, y debo decirlo, no sin alguna recompensa aprobatoria. Recuerdo una vez en Stafford...

Y a Last le alegró dejarle contar su historia, que acababa, bastante extrañamente, con un corazón de buey para cenar.

Pero una noche, cuando Last se quejaba, como solía hacer frecuentemente, de la fragmentaria, inconexa y nada satisfactoria índole de su ocupación, el anciano le interrumpió de una forma completamente inesperada.

—Es posible —empezó—, es posible, fíjese, que yo disponga de medios para aliviar el tedio de su destino. Hace unos días hablaba con una prima mía, la señorita Lucy Pilliner, una mujer muy agradable. Ella conoce el mundo a fondo, y en el curso de nuestra conversación le mencioné, espero que me permita la libertad, que últimamente había conocido a un joven caballero de considerable eminencia docente, que estaba algo molesto con las demasiado bruscas y frecuentes admisiones y despidos en su actual empleo de preceptor. Me sorprendió que mi prima recibiera estas observaciones con cierto interés, pero no contaba con recibir esta carta.

Mandeville entregó la carta a Last. Esta comenzaba así: «Mi querido Ezequiel», y Last advirtió de reojo una mirada del actor que abogaba por el silencio y la discreción en esta cuestión. La carta venía a decir en un estilo casi tan digno como el de Mandeville que la remitente había considerado detenidamente las circunstancias que rodeaban al joven preceptor, según se las refirió su primo en el transcurso de su muy agradable conversación del último viernes, y se inclinaba a pensar que sabía de un puesto docente, de lo más estable y satisfactorio, disponible dentro de poco en una familia que ella conocía. «Si le interesa a su amigo», terminaba la señorita Pilliner, «me encantaría que se pusiera en contacto conmigo con vistas a prepararle una entrevista en la que pudiera discutir el asunto con mayor precisión y detalle».

—¿Qué le parece? —dijo Mandeville, mientras Last le devolvía la carta de la señorita Pilliner.

Last vaciló por un momento. Existe una atracción y también una repulsión en lo poco corriente e improbable, y Last dudaba que el trabajo docente obtenido en el Blacks' a través de un actor y una dama de Islington —había visto el nombre al comienzo de la carta— fuera sólido o conveniente. Pero prevalecieron los

pensamientos más luminosos, y le aseguró a Mandeville que estaría encantado de llegar al fondo del asunto, agradeciéndole muy afectuosamente su interés. El anciano asintió favorablemente, le devolvió la carta para que tomara nota de la dirección de la señorita Pilliner, y le sugirió una nota inmediata solicitando una cita.

—Y ahora —dijo—, a pesar de las censurables objeciones del Príncipe Taciturno, propongo beber esta noche a su jocunda salud.

Y le deseó a Last la mejor suerte del mundo con sincera amabilidad.

Dos días más tarde, la señorita Pilliner presentó sus respetos al señor Joseph Last y le rogó que hiciese el favor de visitarla tres días después, al mediodía, «si el día y la hora no son incompatibles con su conveniencia». Entonces podrían aprovechar la ocasión, prosiguió ella, para discutir cierta propuesta, cuya índole, creía ella, había sido significada al señor Last por su buen primo, el señor Meredith Mandeville.

Corunna Square, donde vivía la señorita Pilliner, era una pequeña, casi diminuta, plazoleta en los más remotos parajes de Islington. Sus edificios de dos plantas, de ladrillos amarillentos, estaban completamente cubiertos de parras, clemátides y toda clase de enredaderas. Frente a las casas había pequeños arriates ajardinados, vistosamente florecidos, y el recinto de la plaza contenía poco más aparte de un venerable y enorme moral, mucho más antiguo que los edificios circundantes. La señorita Pilliner vivía en la esquina más tranquila de la plaza. Recibió a Last con una especie de mezcla de saludo y reverencia, y le rogó que se sentara en un sillón de respaldo alto, tapizado con crines de caballo. La señorita Pilliner, según advirtió él, aparentaba unos sesenta años, pero era, tal vez, un poco mayor. Era sobria, íntegra y sosegada; y, sin embargo, podía uno imaginar en ella una oculta extravagancia. En seguida, mientras discutían sobre el tiempo, la señorita Pilliner le ofreció un oporto o un jerez de primera calidad, galletas dulces o bizcocho de pasas. Y después fue derecha al asunto del día.

—Mi primo, el señor Mandeville, me habló —comenzó ella— de un joven amigo suyo de gran experiencia docente, quien, no obstante, estaba descontento con la, en cierto modo, informal y ocasional índole de su empleo. Por una singular coincidencia, uno o dos días antes había recibido una carta de una amiga mía, la señora Marsh. En realidad es parienta lejana, una especie de prima creo, pero al no ser montañesa ni galesa, realmente no puedo decir en qué grado. Era una criatura encantadora, y todavía una mujer hermosa. Se llamaba Manning, Arabella Manning, y realmente no sabría decirle por qué razón se casó con el señor Marsh. Solamente le vi una vez, y le encontré inferior a ella desde todos los puntos de vista posibles, y considerablemente mayor. Sin embargo, ella proclama que es un marido fiel y una excelente persona en todos los aspectos. Se conocieron, por extraño que pueda parecer, en Pekín, donde Arabella era institutriz de una de las familias de la legación extranjera. El señor Marsh, tenía yo entendido, representaba intereses comerciales muy importantes en la capital del País Florido, y al ser presentado a mi parienta, se produjo inmediatamente una atracción mutua. Arabella Manning renunció a su puesto en la familia del

agregado, y, a su debido tiempo, se celebró el matrimonio. Recibí esta información hace nueve años en una carta de Arabella, fechada en Pekín, y mi parienta acabó por decir que temía le fuera imposible facilitarme una dirección para mi inmediata respuesta, ya que el señor Marsh estaba a punto de ponerse en camino para una misión sumamente urgente en nombre de su empresa, que implicaba viajar mucho y frecuentes cambios de domicilio. Sentí mucho desasosiego a causa de Arabella, por lo inestable que me parecía su forma de vida, y tan poco hogareña. No obstante, un amigo mío que trabaja en la City me aseguró que no había nada raro en tales circunstancias, y que no debía alarmarme por ello. Sin embargo, cuando pasaron los años y no recibí más correspondencia de mi prima, decidí que probablemente habría contraído alguna enfermedad tropical que se la habría llevado, y que el señor Marsh se habría olvidado cruelmente de comunicarme la noticia del triste suceso. Pero hace un mes más o menos —la señorita Pilliner consultó un almanaque en la mesa a su lado— quedé asombrada y encantada al recibir una carta de Arabella. Escribía desde uno de los más lujosos y selectos hoteles del West End londinense, anunciándome la vuelta a su tierra natal de ella y de su marido tras muchos años de vagabundeo. El vivo interés del señor Marsh por los negocios, al parecer, había concluido finalmente de una forma sumamente próspera y afortunada, y estaba ahora en negociaciones para adquirir una pequeña propiedad en el campo, donde esperaba pasar el resto de sus días en pacífico retiro.

La señorita Pilliner hizo una pausa y rellenó la copa de Last.

—Siento molestarle —prosiguió— con esta larga historia, que estoy segura debe ser un deplorable tormento para su paciencia. Pero, como verá usted dentro de poco, las circunstancias se salen un poco de lo normal, y, como usted debe tener, confío, un particular interés en ellas, pienso que es conveniente que esté informado de todo... a carta cabal, y en toda regla, como solía decir mi pobre padre con sus bruscos modales.

»—Bien, señor Last, como le he dicho, recibí esta carta de Arabella con su extremadamente gratificante información. Como usted puede suponer, me alegró mucho enterarme de que todo se había resuelto tan felizmente. Y al final de la carta, Arabella me rogaba que fuera a visitarles al hotel Billing, añadiendo que su marido estaba muy deseoso de tener el gusto de conocerme.

La señorita Pilliner se acercó al cajón del escritorio que había junto a la ventana y sacó una carta.

—Arabella fue siempre muy considerada. Dice: «Sé que siempre has vivido muy discretamente y no estás acostumbrada a la agitación del elegante Londres. Pero no tienes por qué alarmarte. El hotel Billing no es ningún bullicioso caravasar moderno. Todo es muy tranquilo, y además tenemos nuestra propia “suite”. Herbert —su marido, señor Last— insiste rotundamente en que nos hagas una visita, y no debes defraudarnos. Si te conviene, el próximo jueves, día 22, te enviaré un carruaje a las cuatro en punto que te traiga al hotel, y estarás de vuelta en Corunna Square después

de compartir con nosotros un pequeño refrigerio».

»—Muy amable, de lo más considerado, ¿no está de acuerdo conmigo, señor Last? Pero mire la posdata.

Last cogió la carta, de escritura apretada y pulcra, y leyó: «P. S. Tenemos que darte una maravillosa noticia. Es demasiado buena para ponerla por escrito, así es que la reservaré para nuestra entrevista».

Last devolvió la carta de la señora Marsh. El prolongado y ceremonioso recibimiento de la señorita Pilliner le estaba sumiendo en un dulce sopor; se preguntaba vagamente cuándo iría ella al grano y cuál sería éste, y, sobre todo, qué diablos tenía que ver con él esta historia familiar algo insulsa.

La señorita Pilliner prosiguió.

—Naturalmente, acepté tan amable y urgente invitación. Estaba ansiosa por ver a Arabella una vez más tras su larga ausencia, y me alegraba gozar de la oportunidad de formarme mi propia opinión con respecto a su marido, del cual lo ignoraba absolutamente todo. Y además, debo confesar señor Last, que no carezco de ese espíritu curioso que los caballeros raramente han contado entre las virtudes femeninas. Deseaba ardientemente que me hicieran partícipe de la maravillosa noticia que Arabella había prometido comunicarme en nuestra reunión, y pasé muchas horas especulando acerca de su naturaleza.

»—Llegó el día. A la hora convenida apareció una elegante berlina con su correspondiente lacayo, y fui conducida entre refinados lujos al hotel Billing en Manners Street, en Mayfair. Allí un mayordomo me guio a la «suite» del primer piso, ocupada por el señor y la señora Marsh. No malgastaré su valioso tiempo, señor Last, reparando en el suntuoso y sobrio lujo de aquellos aposentos; simplemente mencionaré que mi parienta me aseguró que las piezas de Sévres de su saloncito habían sido valoradas en novecientas guineas. Encontré todavía hermosa a Arabella, pero no pude menos de comprobar que los países tropicales en los que había vivido por tantos años habían causado estragos en su resplandeciente belleza; había en su aspecto y en su comportamiento un cansancio, una lasitud, que me angustiaba observar. En cuanto a su marido, el señor Marsh, soy consciente de que formarse una opinión desfavorable tras sólo unas pocas horas de relación es poco caritativo y a la vez insensato; y no olvidaré con facilidad el discurso que el querido señor Venn pronunció en la iglesia de Emmanuel el domingo siguiente a la visita a mi parienta: realmente parecía, lo confieso avergonzada, como si el señor Venn tuviera en mente mi propio caso, y se sintiera obligado a advertirme mientras todavía había tiempo. Sin embargo, debo decir que no le tomé del todo simpatía al señor Marsh. Realmente no podría decir por qué. Lo encontraba extremadamente educado; no podía serlo más. Más de una vez comentó el excepcional placer que le producía conocer al fin a una de las personas de las que tanto le había hablado su querida Bella; confiaba en que ahora que habían finalizado sus vagabundeos, el placer podría repetirse con frecuencia; no omitió nada de lo que la más cordial cortesía pudiera sugerir. Y, sin embargo, no

podía decir que la impresión recibida fuera favorable. A pesar de eso, me atrevo a decir que estaba equivocada.

Hubo una pausa. Last estaba resignado. El sentido de la larga historia parecía perderse en la lejanía, esfumarse en el horizonte.

—¿Algo en concreto? —insinuó él.

—No; nada. Podía haber imaginado que percibí una falta de sinceridad, una oculta reserva, detrás de toda la generosidad de las expresiones del señor Marsh. No obstante, espero estar equivocada.

»—Pero voy a olvidarme de esas trivialidades y a fiarme de observaciones erróneas, único asunto de importancia; al menos para usted, señor Last. Poco después de mi llegada, y antes de que apareciera el señor Marsh, Arabella me confió su importante información. Su matrimonio había sido bendecido con un retoño. Dos años después de su unión con el señor Marsh había nacido un niño varón. El nacimiento tuvo lugar en una ciudad de Sudamérica, Santiago de Chile —he comprobado el lugar en mi atlas—, donde la estancia del señor Marsh había sido más prolongada de lo usual. Afortunadamente, había un médico inglés disponible, y el pequeño tuvo buena salud desde el principio, y, como Arabella, su orgullosa madre, se jactaba, era ahora un precioso muchacho, apuesto e inteligente en grado sumo. Naturalmente; pregunté por el niño, pero Arabella dijo que no estaba en el hotel con ellos. Después de unos pocos días se pensó que el denso y húmedo aire de Londres no era muy adecuado al pequeño Henry, y le enviaron con una niñera a un balneario en la isla de Thanet, donde se dice que goza de excelente salud y ánimos.

»—Y ahora, señor Last, después de este tedioso aunque necesario preámbulo, llegamos al punto que, espero, pueda interesarle. En cualquier caso, como usted puede suponer, la vida que las exigencias comerciales obligaron a llevar a los Marsh, que implicaba viajes casi continuos, habría sido poco favorable para el desarrollo sistemático de la educación del niño. Pero, aparte de este obstáculo, deduje que el señor Marsh sostenía opiniones muy drásticas en lo referente al desatino de la instrucción prematura. Me declaró su convicción de que muchas mentes agudas habían sido lamentablemente dañadas al verse obligadas a soportar el sistema de estímulos prematuros; y señaló que, por la naturaleza del caso, los encargados de los niños más pequeños no eran los más sabios e inteligentes. «Como reconocerá en seguida, señorita Pilliner», me comentó, «los grandes eruditos no enseñan el alfabeto a los niños, y no es probable que los misterios de la tabla de multiplicar los imparta un licenciado en matemáticas. En consecuencia», alegó él, «la inteligencia en ciernes suele despertar en contacto con mentes obtusas e inferiores, y el daño bien puede ser irreparable».

Hubo mucho más, pero gradualmente comenzó a imponerse en el aturdido hombre la luz de la razón. El señor Marsh había mantenido la virginal inteligencia de su hijo Henry fuera del contacto y la corrupción de la cultura inferior e incompetente. Juzgando que el muchacho estaba ya maduro para la auténtica educación, el señor y

la señora Marsh habían suplicado a la señorita Pilliner que hiciera averiguaciones y encontrara, si era posible, un erudito que se hiciera cargo de la completa educación mental del pequeño Henry. Si ambas partes llegaban a un acuerdo, el compromiso sería por siete años al menos, y las asignaciones, como la señorita Pilliner llamaba al salario, comenzarían con quinientas libras al año, con un incremento anual de cincuenta libras. Se requerían referencias y pormenores de las distinciones académicas: el señor Marsh, ausente de Inglaterra por tanto tiempo, estaba dispuesto a dar instrucciones a sus banqueros. La señorita Pilliner, sin embargo, estaba completamente segura de que el señor Last podía considerarse contratado, si le interesaba el puesto.

Last dio las gracias de todo corazón a la señorita Pilliner, y le dijo que le gustaría disponer de un par de días para pensárselo. Después la escribiría, y ella le pondría en contacto con el señor Marsh. Y de esta manera abandonó Corunna Square en un estado de ánimo de gran desconcierto y duda. Incuestionablemente, el puesto ofrecía muchas ventajas. La paga era muy buena. Y estaría bien alojado y bien alimentado. Los Marsh eran ricos, y la señorita Pilliner le había asegurado que «no tendría motivo de queja en cuanto a la hospitalidad». Y desde el punto de vista pedagógico habría, sin duda, una mejoría con respecto al trabajo que había estado desempeñando desde que abandonó la universidad. Hasta entonces había sido un remendón, un chapucero del trabajo de los demás; ahora tenía la oportunidad de demostrar que era un consumado artista. Muy poca gente de la profesión docente, si es que hay alguna, había disfrutado alguna vez de una oportunidad como ésta. Incluso los profesores de sexto curso de los grandes colegios privados deben padecer a veces el tener que apuntalar y reemplazar los malos cimientos del quinto y cuarto cursos. Él iba a empezar por el principio, sin ningún falso trabajo que le estorbara: «desde el abecedario a Platón, Esquilo y Aristóteles», se susurraba a sí mismo. Indudablemente era una gran oportunidad.

Y en cuanto a su contrapartida, tendría que abandonar Londres, pese a haber crecido encariñado con la familiar y animada ciudad que tan bien conocía; y sus confortables habitaciones en Mowbray Street, junto al poco frecuentado Victoria Embankment, bastante tranquilas y, no obstante, a sólo un minuto o dos del estruendoso Strand. Las reuniones con los viejos amigos de Oxford, las veladas en el teatro, las agradables tabernas con sus compartimentos secretos, y sus excelentes chuletas y filetes y cerveza negra, las campanadas a media noche y después, oídas en cordial compañía en el Blacks': todo eso desaparecería. La señorita Pilliner había hablado de que el señor Marsh buscaba algún lugar a considerable distancia de la ciudad, «en el verdadero campo». Tenía puesto el ojo, dijo ella, en una casa en la frontera con Gales, que pensaba alquilar amueblada, con una opción de compra si definitivamente la encontraba apropiada. Viviendo en alguna parte de la frontera galesa no podría ir a Londres a visitar a sus viejos amigos y regresar en la misma noche. Sin embargo, tendría vacaciones, y en vacaciones puede hacerse mucho.

No obstante, todavía existían muchas dudas en su mente cuando se sentó a comer su pan con queso y carne en conserva, y a beber su cerveza en su salita de estar de la tranquila Mowbray Street. Estaba influenciado, pensó, por la evidente antipatía de la señorita Pilliner hacia el señor Marsh, y aunque aquélla hablaba al estilo del Dr. Johnson, tenía la impresión de que, como una dama de la propia época del doctor, tenía un fondo de sensatez. Evidentemente no confiaba demasiado en el señor Marsh. Sin embargo, ¿qué puede hacerle el más astuto estafador a su preceptor permanente? ¿Darle cordero frío para comer u olvidarse de pagarle el salario? En ambos casos el remedio era simple: el preceptor abandonaría rápidamente la residencia y regresaría a Londres, y no sería mucho peor. Después de todo, reflexionaba Last, nadie puede imponer al preceptor de su hijo que invierta en plata uruguaya o en especias de Java o cualquier otra falaz empresa comercial; por tanto, ¿qué le importaban a él las presuntas astucias de Marsh?

Pero una vez más, resumidos y considerados todos los pros y los contras, quedaba pendiente una vaga objeción. Last no podía aportar argumentos para oponerse a ella, ya que no estaba formulada en palabras y era variable como una nube.

Sin embargo, a la mañana siguiente, llegaron un par de cartas invitándole a atiborrar a dos jóvenes estúpidos de datos, cifras y verbos en *mi*. La perspectiva era tan terriblemente desagradable que escribió a la señorita Pilliner en cuanto desayunó, adjuntando informes de su colegio y otras cartas elogiosas que tenía en su escritorio. A su debido tiempo se entrevistó con el señor Marsh en el hotel Billing. En general se agradaron mutuamente. Last encontró a Marsh enjuto, mordaz, sombrío y de mediana edad. Su pelo negro encanecía en las sienes, y su rostro estaba surcado de arrugas alrededor de los ojos. Sus cejas eran espesas y en su mandíbula había indicios de amenaza; pero la sonrisa con que recibió a Last iluminó sus severas facciones con reconfortante cordialidad. Había algo raro en su acento y en el tono de su voz; algo, tal vez, extranjero. Last recordó que durante muchos años había estado viajando por todo el mundo, y supuso que en su habla resonaban ecos de muchas lenguas. Su comportamiento y modales eran desde luego amables, pero Last no tenía prejuicios contra la amabilidad, más bien sentía inclinación por las delicadezas en el trato común. No obstante, Marsh no era, sin duda alguna, el tipo de hombre que la señorita Pilliner estaba acostumbrada a tratar en Corunna Square o en la congregación del señor Venn. Probablemente sospechaba que había sido pirata.

El señor Marsh, por su parte, estaba encantado con Last. Como aparece en una carta suya a la señorita Pilliner —«o ¿puedo permitirme llamarla prima Lucy?»—, el señor Last era exactamente el tipo de hombre que él y Arabella habían esperado conseguir por consejo de aquélla. Ellos no querían dejar a su hijo en manos de cualquier ostentoso hombre de mundo con un sustrato de conocimientos. El señor Last era, evidentemente, un erudito reservado y poco mundano, más acostumbrado a tratar con libros que con personas; el verdadero preceptor que Arabella y él mismo habían deseado para su hijo. El señor Marsh se sentía profundamente agradecido a la

señorita Pilliner por el gran servicio que ella le había prestado a Arabella, a él mismo y a Henry.

Y, en efecto, como había dicho el señor Meredith Mandeville, Last encajaba muy bien en el papel. Sin duda, las gafas ayudaban a crear la impresión del distante y recatado Dominie Sampson^[8].

Resolvieron que pasada una semana comenzarían sus deberes. El señor Marsh extendió un generoso cheque, «para costear pequeñas cuestiones de equipamiento, gastos de viaje, y cosas así; nada tiene que ver con su sueldo». Last tomaría el tren para determinada gran ciudad del oeste, y allí le irían a buscar y le conducirían a la casa, donde ya estaban instalados la señora Marsh y su alumno. «Hermoso país, señor Last; estoy seguro que lo apreciará».

Hubo una magnífica reunión de despedida con los viejos amigos. Zouch y Medwin, Garraway y Noel, llegaron de todas partes. Hubo lenguado a la plancha antes del enorme filete, y después pollo asado. Habían decidido que, como posiblemente sería la última vez, no irían al teatro, sino que se sentarían a hablar alrededor de la mesa de caoba. Zouch, que se sobreentendía que llevaba la voz cantante, había consultado con el jefe de los camareros y, cuando quitaron el mantel, les sirvieron solemnemente un raro y curioso oporto. Hablaron de los viejos tiempos cuando iban juntos al colegio Wells, fingieron —aunque sabían que no debían hacerlo— que el estudiante que había acuchillado a su propio padre en Piccadilly era amigo suyo, volvieron a contar chistes que debían ser más viejos que el vino, relataron cuentos de Moll y Meg^[9], y la famosa historia de Melcombe, que atornilló al decano en sus propias habitaciones. Y luego el asunto de las Poses Plásticas. Algunos compañeros lascivos, en expresión de uno de los catedráticos del colegio Wells, se habían procurado ciertas escandalosas figuras de cera del barracón correspondiente de la feria, y durante la noche las habían colocado en el jardín del colegio de manera más vergonzosamente escandalosa todavía. Los autores de esta infamia nunca fueron descubiertos: los cinco amigos se miraron astutamente uno al otro, apretaron los labios, y se pasaron el oporto.

El vino añejo y las viejas historias juntas produjeron un estado de ánimo ligeramente reflexivo; y, entonces, Noel los llevó al Blacks', donde Last buscó entre la nueva compañía al anciano Mandeville y le contó con cordial gratitud el feliz resultado de su intervención.

Cuando repicaron las campanas cada uno se fue por su camino.

II

AUNQUE Joseph Last no era, de ninguna manera, un prodigio de observación y deducción, tampoco era del todo el simplón encerrado en sus libros que creía el señor Marsh. Todavía no había pasado mucho tiempo cuando una cierta inquietud le asaltó en su nuevo empleo.

Al principio todo parecía muy bien. El señor Marsh tenía razón en creer que estaría encantado con el lugar en el que estaba instalada la Casa Blanca. Esta se levantaba, sobre terrazas en la ladera, por encima de un río gris y plateado, que serpentea por un precioso y solitario valle. Por encima de ella, hacia el este, existía un vasto, sombrío y viejo bosque, que trepaba hasta el más elevado risco de la colina y descendía hasta el nivel de las praderas y el mar. Situado en el extremo más alto del bosque, Last miró hacia el oeste entre las ramas y contempló las tierras del otro lado del río, la elevación y declive de la región en sucesivas ondulaciones, la inmensa y borrosa muralla montañosa, azul en la distancia, y las blancas granjas brillando al sol en la vasta ladera. Era un hombre en un mundo nuevo. No existía otra región como ésta alrededor de Dunham, en las Midlands, o en las cercanías de Blackheath u Oxford; jamás había visitado nada parecido en sus recitales. Estaba asombrado y encantado por la cortina de verdor, por ese gran prodigio que podía contemplar. Cerca de él, el manantial descendía a borbotones de las grises rocas, abriéndose camino desde las entrañas de la colina.

Y en la Casa Blanca las condiciones de vida eran del todo agradables. Le había impresionado la belleza morena de la señora Marsh, que, evidentemente, era, como la señorita Pilliner le había contado, bastante más joven que su marido. También notó los efectos que su prima atribuía a los años que aquélla vivió en los trópicos, aunque difícilmente podía llamarlos cansancio o desfallecimiento como hacía ella. Había algo todavía más extraño: el rostro de la señora Marsh estaba marcado por la rubicundez, pero Last no sabía si era debido al sol o a las desconocidas emociones de los lugares en donde se había metido, hace mucho tiempo tal vez.

Pero el alumno, el pequeño Henry, era toda una sorpresa y un encanto. Parecía algo mayor para sus siete años; pero Last estimó que esta impresión no estaba basada tanto en su estatura o en su físico como en la brillante viveza e inteligencia de su mirada. El preceptor había tratado a muchos niños, aunque ninguno tan joven como Henry; y en general los había encontrado gordinflones y pesados, con rostros en los que se leía un decidido odio al saber y la resolución de aprender lo menos posible. A Last nunca le había sorprendido esta expresión habitual. Le parecía eminentemente natural. Sabía que los rudimentos de cualquier disciplina eran siempre condenadamente aburridos y difíciles. Se preguntaba por qué estaba inexorablemente fijado que la desafortunada criatura humana pasara gran parte de su vida desde el principio mismo haciendo cosas que detesta; pero así era, y ahora por la sintaxis del

modo optativo.

Pero no existían tan obstinados atrincheramientos en el rostro o en los modales de Henry Marsh. Era un muchacho apuesto, de aspecto brillante y que hablaba brillantemente, y, con toda evidencia, no consideraba a su preceptor como una fuerza hostil dirigida en contra suya. Era lo que algunos, por extraño que parezca, llamarían anticuado; ingenuo, pero no infantil, con una caprichosa expresión de vez en cuando más evocadora de un hombre gracioso que de un muchacho. Este antiguo hábito tenía, sin duda, que ser atribuido en parte a las enseñanzas de los viajes, el espectáculo del paisaje cambiante y las cambiantes apariencias de personas y cosas, pero sobre todo al hecho de que siempre había estado con su padre y su madre y nada sabía de la compañía de niños de su edad.

—Henry no ha tenido compañeros de juegos —explicó su padre—. Debió contentarse con su madre y conmigo. No hubo más remedio. Todo el tiempo estuvimos viajando; a bordo de un barco o alojados durante unas pocas semanas en hoteles cosmopolitas, y después otra vez en ruta. El muchacho no tuvo oportunidad de hacer ningún amigo.

Y la consecuencia fue, sin duda, la carencia de puerilidad que Last había advertido. Probablemente fue una lástima que fuera así. Después de todo, puerilidad es una maravillosa palabra, y Henry la desconocía: había perdido lo que, tal vez, fuera tan valioso como cualquier otro aspecto de la experiencia humana, y podía comprobar su carencia según iba creciendo. Con todo, ésa era la situación, y Last dejó de pensar en estas carencias, posiblemente imaginarias, cuando empezó a instruir al muchacho desde el principio mismo, tal y como había prometido. Realmente, no desde el principio, pues el muchacho confesó con una sonrisa apaciguadora que había aprendido a leer un poco por su cuenta.

—Pero, por favor, señor, no se lo diga a mi padre, pues sé que no le gustaría. Entienda, señor, mi padre y mi madre tuvieron que dejarme a veces solo, y eso era tan aburrido que pensé lo divertido que sería que aprendiera por mi cuenta a leer libros.

«He aquí», pensó Last, «una buena lección para un profesor». ¿Puede convertirse el saber en un atractivo secreto, una excelente diversión, en vez de una horrorosa penitencia? Tomó nota mentalmente y se puso manos a la obra que tenía ante sí. Descubrió en el muchacho una extraordinaria aptitud, una prontitud en captar sus indicaciones y explicaciones como nunca había visto antes: «ni en chicos que le doblaban o triplicaban la edad», meditó él. El afortunado preceptor estaba inclinado a creer que este niño, sacado a duras penas de su estricta infancia, poseía algo muy semejante al genio. De vez en cuando, con su «Sí, señor, comprendo. Y después, por supuesto...», verdaderamente le quitaba a Last las palabras de la boca, y anticipaba lo que, sin duda, era lógicamente el siguiente paso en la demostración. Pero Last no estaba acostumbrado a alumnos que se anticipasen a nada, excepto al momento de volver a poner los libros en las estanterías. Y sobre todo, el profesor se sentía atraído por la apasionada e intensa curiosidad del alumno. Parecía un lector de *La piedra*

lunar, o cualquier otra novela sensacional, incapaz de dejar el libro hasta haber leído la última página y descubrir el secreto. Sencillamente, el muchacho aportaba este espíritu de insaciable curiosidad a cualquier tema que se le propusiera. «Desearía haberle enseñado a leer», pensó Last para sí mismo. «Sin duda habría considerado el alfabeto con el mismo miramiento que nosotros empleamos con aquellas fascinantes y misteriosas claves de los cuentos de Edgar Allan Poe. Y, después de todo, ¿acaso no es ésa la forma apropiada y lógica de enfocar el alfabeto?».

Y después continuó preguntándose si la curiosidad, considerada a menudo como un defecto, casi un vicio, no sería, en realidad, una de las mayores virtudes del alma humana, la clave de todos los conocimientos y todos los misterios, el verdadero significado del secreto que hay que desvelar.

Entre unas cosas y otras: este modelo de alumno, el encanto del extraño y hermoso país en que residía, y la excepcional amabilidad y consideración hacia él mostradas por el señor y la señora Marsh, Last gozaba de una vida de abundancia plena. Escribió a sus amigos de la capital, contándoles sus felices experiencias, y Zouch y Noel, casualmente reunidos en El Sol, El Perro o El Triple Tonel, comentaron la felicidad de su amigo.

—Está orgulloso de su cachorro —dijo Zouch.

—Y contento con las perspectivas —respondió Noel, pensando en los versos de Last acerca de los bosques y las aguas, y en las vistas de la Casa Blanca—. Con todo, *timeo Hesperides et dona ferentes*. Desconfío de occidente. Como dijo uno de sus propios habitantes, es una tierra de hechizo e ilusión. Nunca se sabe qué puede ocurrir después. Es una suerte que Shakespeare naciera dentro de la zona de seguridad. Si Stratford estuviese veinte o treinta millas más hacia el oeste..., no quiero ni pensarlo. Estoy completamente seguro de que en las minas galesas, únicamente se extrae oro mágico. Y ya sabe usted lo que pasa.

Entretanto, ajeno a las luces y rumores del Strand, Last seguía feliz en su apartado lugar, bajo el gran bosque. Pero muy pronto recibió un sobresalto. Una tarde, entre la hora del té y la cena, estaba paseando por el jardín una vez finalizado su trabajo diario y, sintiendo ganas de fumar en paz, se encaminó al cenador de piedra —o, tal vez, belvedere— que había al borde del césped a la sombra de los acebos. Allí podía uno sentarse y dominar el plateado serpenteo del río, atravesado por un viejo puente de piedra gris. Cuando iba a instalarse, reparó en un libro sobre la mesa frente a él. Lo cogió, le echó un vistazo, suspiró, y, pasando unas cuantas páginas más, se derrumbó sobre el banco horrorizado. El señor Marsh siempre había deplorado su ignorancia acerca de los libros.

—Sabía leer y escribir, y poco más —decía— cuando fui arrojado al mundo de los negocios... en el escalón más bajo. Y he estado tan ocupado desde entonces que temo que ahora sea demasiado tarde para recuperar el tiempo perdido.

En efecto, Last había advertido que aunque Marsh solía hablar con bastante esmero, tal vez con excesivo esmero, podía equivocarse en el calor de la

conversación: por ejemplo diría «expontáneo» en lugar de «espontáneo». Y sin embargo parecía que, no solamente había tenido tiempo para leer, sino que había adquirido suficientes conocimientos como para descifrar el latín de un terrible tratado renacentista, por lo general desconocido incluso para los coleccionistas de semejantes cosas. Last había oído hablar del libro, y las pocas páginas que había hojeado le indicaron que bien se merecía su pésima reputación.

Fue una desagradable sorpresa. Last admitía abiertamente que la moral de su patrón no era asunto suyo. Pero ¿por qué se molestaría el hombre en contar mentiras? Last recordó que la extravagante señorita Pilliner le había contado sus impresiones sobre Marsh: había detectado «una falta de sinceridad», una especie de reserva bajo una cortés fachada de cordialidad. La señorita Pilliner era, desde luego, una mujer perspicaz: existía en Marsh una indudable falta de sinceridad.

Last dejó sobre la mesa el espantoso volumen y anduvo por el jardín de un lado a otro, sintiéndose muy preocupado. Sabía que había estado violento durante la cena, y dijo que se sentía un poco pachucho, con tendencia al dolor de cabeza. Marsh estuvo afable y alegre, como siempre, y su esposa simpatizó con Last. Apenas había dormido en toda la noche, se lamentaba, y se sentía abatida y cansada. Pensaba que había amenazas en el ambiente. Last, admirando su belleza, confesó una vez más que la señorita Pilliner llevaba razón. Dejando aparte su fatiga momentánea, había en ella una cierta languidez tropical, algo de las noches apacibles y ardientes y de la fragancia de las flores exóticas.

Marsh sacó un *brandy* muy especial que administró con el café, diciendo que curaría a ambos enfermos y les haría compañía. Efectivamente, Last tuvo que confesar que se sentía considerablemente más a gusto después de la excelente cena, el buen vino y el raro *brandy*. Aunque humillante, era imposible, seguramente, negar la influencia del estómago. Last se retiró pronto a su habitación, tratando de convencerse de que la doblez de Marsh no era asunto suyo. Encontró una inocente, o casi inocente, explicación antes de que se le acabara la última pipa, sentado junto a la ventana abierta, escuchando vagamente el murmullo del río y contemplando las sombrías tierras de más allá.

—He aquí —reflexionó— una forma modificada del Mal de Bounderby^[10]. Decía Bounderby que empezó siendo un miserable paria, hambriento y desaliñado. Marsh dice que se convirtió en recadero o algo por el estilo antes de poder aprender algo. Bounderby mentía, y Marsh, sin duda, miente. Es una manía de los ricos: exageran sus éxitos recientes exagerando sus primitivas desventajas.

Cuando se fue a dormir casi había decidido que el joven Marsh había estado en un buen instituto de segunda enseñanza, y había hecho bien.

A la mañana siguiente, Last se despertó casi relajado. Fue, sin duda, una lástima que Marsh adoptara una sutil y falsa jactancia; sus gustos literarios eran ciertamente deplorables, pero eso era únicamente asunto suyo. Y el muchacho compensaba de todo. Mostraba un dominio tan claro de la gramática inglesa que Last pensó que muy

pronto podría empezar con el latín. Lina noche, durante la cena, lo mencionó mirando a Marsh con jocosa atención. Pero Marsh no dio muestras de que el dardo le hubiera alcanzado.

—Eso demuestra que tenía razón —observó—. Siempre he dicho que no hay equivocación mayor que obligar a los niños a estudiar antes de estar capacitados para ello. La gente suele cometerla, y en nueve de cada diez casos las cabezas de esos niños quedan confundidas para el resto de sus vidas. Ya ve usted lo que ocurre con Henry; le he mantenido apartado de los libros hasta ahora, y puede usted comprobar por sí mismo que no he perdido el tiempo con él. Está maduro para aprender, y no me extrañaría que en seis meses adelantara a chicos corrientes prematuramente atiborrados de conocimientos durante seis años.

Puede ser, pensó Last, pero, en general, estaba dispuesto a atribuir el rápido progreso del chico antes a su propia inteligencia excepcional que al sistema, o falta de sistema, de su padre. Y, en cualquier caso, era un gran placer enseñar a un muchacho así. A buen seguro su aplicación a los libros no había sido perjudicial para su espíritu. En las cercanías de la Casa Blanca había escaso vecindario, y además la gente ignoraba si los Marsh iban a instalarse definitivamente o eran visitantes pasajeros: vacilaban en visitarlos mientras persistiera esta incertidumbre. Sin embargo, el párroco les había visitado; el párroco y su esposa fueron los primeros; ella, animada, jovial y parlanchina, y él, algo sombrío e indeciso. Se suponía que el párroco, en sus tiempos un gran pendenciero, repartía su ocio entre su jardín y la invención de un ingenio volador. Tenía la reputación de ser ligeramente excéntrico. El nunca volvió, pero la señora Winslow solía pasar por el camino forestal en su carruaje de dos ruedas con sus dos hijos: Nancy, una preciosa chica rubia de diecisiete años, y Ted, un muchacho de once o doce años, de esa clase que Last catalogó como «gordinflones y pesados», de corpulenta y tosca complexión, con abultados ojos y mejillas y un poco de la resuelta expresión de un cachorro de bulldog. Después del té, Nancy solía organizar juegos para los dos niños en el jardín, a los que se unía personalmente con aparente fruición. Henry, que conocía a pocos compañeros aparte de sus padres, y probablemente nunca había jugado a ningún tipo de juego, protestaba con deleite, corría de un lado para otro, se escondía detrás del cenador, y, con el mayor placer, abandonaba súbitamente la protección de las judías verdes, y Ted Winslow se le unía con un aire de protesta. Estaba de vacaciones y su expresión indicaba que ese tipo de cosas sólo eran apropiadas para chicas y críos. A Last le agradaba ver a Henry tan dispuesto y tan deseoso de divertirse; después de todo, él mismo tenía algo de niño. Parecía un poco incómodo cuando Nancy Winslow lo ponía sobre sus rodillas al acabarse los juegos; evidentemente temía la desdeñosa mirada de Ted Winslow. En efecto, parecía como si el joven bulldog temiera ver comprometida su reputación al asociársele con un tan evidente y declarado niño. La siguiente vez que la señora Winslow tomó el té en la Casa Blanca, Ted tenía un diplomático dolor de cabeza y se quedó en su casa. Pero Nancy propuso juegos para

dos personas, y a ella y a Henry se les oyó gritar alegremente por el parque. Henry quería mostrar a Nancy un maravilloso pozo que había descubierto en el bosque, y que, según dijo, procedía de la base de un enorme tejo. Pero la señora Marsh parecía creer que podían perderse.

Last había pasado por alto el incómodo incidente de ese infame libro del cenador. En carta a Noel le había comentado que temía que su patrón fuera en algunos aspectos un poco granuja, pero de confianza por lo que a él se refería; y así era. Hacía progresos en su trabajo y no se metía en lo que no le importaba. Sin embargo, de vez en cuando, se renovaba su vaga inquietud por el hombre. Ocurrió un mal asunto en una aldea a un par de millas, donde una chica de doce o trece años, que después de oscurecer volvía a casa de visitar a un vecino, fue atacada en el bosque y vilmente maltratada. La desgraciada niña, según parecía, había sido abandonada por el canalla en lo más recóndito del bosque, a poca distancia del sendero que ella debía haber tomado a su regreso a casa. Un hombre que había estado bebiendo hasta tarde en el «Fox and Hounds» oyó que alguien lloraba y gritaba «como presa de un arrebato», en expresión suya, y encontró a la chica en un estado lastimoso, en el que permanece desde entonces. Era incapaz de describir a la persona que tan vergonzosamente la había maltratado; la conmoción la había dejado fuera de sí; gritaba cada vez que alguien aparecía por detrás de ella en la oscuridad, pero no podía añadir nada más, y era imposible tratar de conseguir que describiera a una persona a la que, probablemente, ni siquiera había visto. Naturalmente, esta horrible historia se convirtió en la atracción principal del periódico local, y una noche, estando Last y Marsh fumando sentados después de la cena, el preceptor habló del caso; dijo algo acerca del contraste entre la paz, belleza y tranquilidad del lugar y el infame crimen que tan cerca se había cometido. Le sorprendió comprobar que inmediatamente aumentó la inquietud de Marsh. Se levantó de la silla y recorrió la habitación de acá para allá murmurando «terrible asunto, vergonzoso asunto», y, cuando volvió a sentarse dándole la luz de lleno, Last vio el rostro de un hombre asustado. La mano que Marsh había puesto sobre la mesa estaba crispada por la ansiedad; golpeaba el suelo con el pie como si tratara de calmar el temblor de sus labios, y había un miedo mortal en sus ojos.

A Last le chocaba y le asombraba el efecto que había producido con unas cuantas frases convencionales. Tímidamente, dispuesto a superar una situación difícil, comenzó a decir algo todavía más convencional como que la belleza de la naturaleza jamás había conferido inmunidad para el crimen, o cualquier otra necesidad parecida. Pero estaba claro que Marsh no iba a calmarse con nada por el estilo. Se levantó otra vez de la silla y golpeó su mano contra la mesa, en un fiero gesto de rechazo y negativa.

—Por favor, déjelo, señor Last. No diga nada más. Verdaderamente nos ha afectado mucho a la señora Marsh y a mí. Nos horroriza pensar que hemos traído a nuestro hijo aquí, a este pacífico lugar según teníamos entendido, sólo para exponerle

al contagio de este espantoso incidente. Por supuesto, hemos dado a los sirvientes órdenes estrictas de que no digan ni una palabra en presencia de Henry; pero usted sabe cómo son los sirvientes y el finísimo oído que tienen los niños. Una o dos palabras casuales pueden arraigar en una mente infantil y contaminar todo su temperamento. Realmente es un pensamiento terrible. Debe usted haber advertido lo angustiada que ha estado la señora Marsh estos últimos días. Lo único que podemos hacer es tratar de olvidarlo todo, y confiar en que no se haya producido ningún daño irreparable en el muchacho.

Last murmuró un par de palabras de disculpa y asentimiento, y la conversación tomó otros derroteros menos conflictivos. Pero cuando el preceptor se quedó solo, examinó con curiosidad lo que había visto y oído. Pensó que el aspecto de Marsh no se correspondía con sus palabras. Hablaba como un padre devoto, temeroso de que su pequeño pudiera sorprender algún nauseabundo y repugnante chismorreo o hiciera conjeturas acerca de un crimen horrible y obsceno. Parecía como si hubiera divisado el patíbulo, y su miedo, Last lo presentía, fuera de un género completamente diferente. Y además estaba la referencia a su esposa. Last había advertido que desde el crimen en el bosque algo le pasaba; pero de nuevo desconfió de la observación de Marsh. Su esposa era una mujer habitualmente de un buen humor algo lánguido; pero recientemente mostraba un aspecto y un semblante de furia contenida, la ardiente mirada de una mujer celosa, la rabia de la belleza desdeñada. Hablaba poco, y cuando lo hacía era lo más concisa posible; pero podía uno imaginarse en su interior el fuego de la pasión. Last había comprendido esto y se asombraba, aunque no demasiado, decidiendo no meterse en lo que no le importaba. Suponía que había alguna diferencia de opinión entre ella y su marido; muy posiblemente acerca de la nueva disposición del mobiliario del salón y del alquiler de un gran piano. Desde luego no se le había ocurrido achacar el semblante alterado de la señora Marsh al infame crimen que se había cometido. Y ahora Marsh le contaba que esos destellos de rabia oculta eran los signos externos de su compasiva ansiedad materna. Pero no le creyó ni una sola palabra. Comparó el mal disimulado terror de Marsh con la mal disimulada furia de su esposa; se acordó del libro del cenador y de las cosas que se rumoreaban acerca del horror en el bosque: la repugnancia y el pavor se apoderaron de él. Era cierto que no tenía pruebas sino simples conjeturas; pero no dudaba. No podía haber otra explicación. Y ¿qué podía hacer él sino abandonar este terrible lugar?

Last no pudo conciliar el sueño. Se desvistió y se metió en la cama, y estuvo dando vueltas en la penumbra de la noche veraniega. Luego encendió su lámpara y se volvió a vestir, preguntándose si no sería mejor escabullirse sin decir palabra, caminar las ocho millas hasta la estación, y escaparse en el primer tren que fuera a Londres. No era solamente su aversión por el hombre y sus obras; el miedo también le incitaba a huir de la Casa Blanca. Estaba seguro de que si Marsh adivinaba sus sospechas, su vida podía correr peligro. Aquel hombre maligno no conocía la clemencia ni los escrúpulos. Incluso podía estar en su puerta, escuchando, acechando.

Sólo de pensarlo se le helaba el corazón y el sudor frío le caía a borbotones. Iba y venía por la habitación, descalzo, deteniéndose de vez en cuando a escuchar hasta el más leve paso en el exterior. Cerró la puerta lo más silenciosamente que pudo y se sintió más seguro. Esperaría hasta el amanecer en que la gente alborota toda la casa, y entonces podría aventurarse a salir y escaparse.

Y, sin embargo, cuando oyó la agitación de los criados en sus ocupaciones, vaciló. El sol brillaba en el valle, y la niebla que cubría el plateado río se elevó y desapareció; la dulce fragancia del bosque penetraba por la ventana de su habitación. El miedo y el terror ciego habían desaparecido de su ánimo. Comenzó a vacilar, a recelar de su juicio, a preguntarse si no se habría precipitado en sus negras conclusiones por el pavor de la noche. Sus lógicas conclusiones a medianoche parecían sugerir una pesadilla en la transparencia de aquel valle; pero el canto de una alondra en lo alto se lo refutaba. Recordó el argumento de Garraway después de una excelente cena en La Cabeza del Turco: siempre era peligroso que la improbabilidad fuera consejera de la vida. Se demoraría un poco, permanecería alerta, y se aseguraría antes de pasar a la acción repentina y violentamente. Y quizás fuera cierto que Last estaba fuertemente influido por su aversión a dejar al joven Henry, cuya extraordinaria brillantez e inteligencia le asombraban y deleitaban cada vez más.

Todavía era temprano cuando, finalmente, abandonó su habitación y salió al aire puro de la mañana. Era poco más de una hora después del desayuno, y Last se puso en camino por el sendero que conducía, pasada la tapia del huerto, a lo alto de la colina y al corazón del bosque. Se detuvo un instante en la curva superior y, dándose la vuelta, contempló, al otro lado del río, el alegre país con toda su magia y encanto matutinos. Mientras andaba despacio, mirando en torno suyo, oyó unos débiles pasos que se aproximaban por el otro lado de la tapia y unos murmullos en voz baja. Después, cuando los pasos se acercaron, una de las voces se elevó un poco, y Last oyó a la señora Marsh diciendo:

—¿Demasiado vieja yo? Y trece años son demasiado pocos. ¿Habrás que esperar a los próximos diecisiete para que puedas introducirla en el bosque? Después de todo lo que he hecho por ti, y lo que tú me has hecho a mí.

La señora Marsh enumeró todas esas cosas sin remisión y sin ningún vergonzoso temblor en la voz. Se detuvo momentáneamente. Tal vez le sofocaba la rabia; y pudo escucharse una estridente risa burlona, como si la voz de Marsh se hubiera cascado de desprecio.

Silenciosa, pero rápidamente, Last, con la cara triste y los ojos desorbitados, se largó desesperadamente de la Casa Blanca. Una vez en el camino, libre de sembrados y de maleza, aminoró su carrera sin detenerse nunca, hasta llegar con un suspiro de alivio a las feas calles de una gran ciudad industrial. En seguida se dirigió a la estación, y comprobó que todavía faltaba una hora para el expreso de Londres. Por tanto, disponía de mucho tiempo para su desayuno, que consistió en aguardiente.

III

EL preceptor volvió a su antigua vida y a sus antiguas costumbres, haciendo todo lo posible por olvidar este extraño y horrible interludio de la Casa Blanca. Se rodeó una vez más de sus gordinflones cachorros; dio clases intensivas y durante sus largas vacaciones preparó para los exámenes a los alumnos suspendidos, estando moderadamente satisfecho, en general, con el curso de los acontecimientos. De vez en cuando, procurando convencer a los gordinflones de que el latín y el griego eran lenguas habladas anteriormente por seres humanos y no enigmas sin sentido inventados por demonios, pensaba, suspirando de pena, en el muchacho que tan bien las entendía y tanto las deseaba comprender. Y se preguntaba si no habría sido un cobarde por dejar a este encantador niño en las nefastas manos de sus espantosos padres. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Era horrible pensar en Henry, corrompido más o menos rápidamente por sus detestables padre y madre y creciendo con el fango de sus abominaciones gravitando sobre él.

No entró en detalles con sus viejos amigos. Les dio a entender que había surgido una grave desavenencia que le hizo imposible continuar. Sus amigos asintieron con la cabeza, y, comprendiendo que el asunto era delicado, no le hicieron preguntas, hablándole en su lugar de libros antiguos y de filetes recientes. De hecho, todos coincidieron en que el filete era demasiado reciente, y emplazaron a William a que explicara este horror. ¿No sabía que el filete, que sirve para el consumo de los cristianos, lo que los distingue de los hotentotes, necesita airearse tanto como la caza? El benigno y laborioso William probó, analizó y asintió con gran pesar suyo. Se disculpó y a continuación les dijo que como a los caballeros no les gustaría esperar a que cocinaran unas aves, les sugeriría una enorme, tierna y jugosa rodaja de ternera asada, recién cortada. La sugerencia fue aceptada y la encontraron excelente. La conversación volvió a la métrica coral y a Florence St. John y el Strand. Más tarde hubo oporto.

Muchos años después, cuando su vida, destruida desde mucho tiempo atrás, se había derrumbado en un estallido final, Last se enteró de la verdadera historia de su empleo como preceptor en la Casa Blanca. Tres terribles personas fueron sentadas en el banquillo del Old Bailey. Un anciano, con aspecto de mortífera serpiente; una deplorable mujer, gorda y desaliñada, de colgantes carrillos y ojos con un vago indicio de belleza marchita; y, para total asombro de aquellos que no conocían la historia, un maravilloso niño. La gente que le vio en el estrado dijo que aparentaba nueve o diez años, no más. Pero la evidencia mostraba que debía tener entre cincuenta y sesenta por lo menos, quizás incluso más.

La acusación imputó a estas tres personas un crimen incalificable y horroroso.

Fueron acusados bajo el nombre de Mailey, que llevaban cuando fueron detenidos; pero al final del proceso resultó que habían sido conocidos por muchos nombres en el transcurso de su carrera: Mailey, Despasse, Lartigan, Delarue, Falcon, Lecossic, Hammond, Marsh, Haringworth. Se estableció que el presunto muchacho, a quien Last había conocido como Henry Marsh, no tenía ningún tipo de parentesco con los prisioneros de más edad. Sus orígenes eran completamente desconocidos. Se creía que era hijo ilegítimo de un importante diplomático inglés, cuya influencia había contado mucho en el Extremo Oriente. Nadie sabía nada acerca de su madre. El muchacho prometía mucho desde su más tierna infancia, y el padre, que era soltero y a quien desagradaba lo poco que sabía de su parentela, le legó su enorme fortuna. El diplomático murió cuando el muchacho tenía doce años; y era ya bastante mayor cuando el niño nació. La gente comentaba que Arthur Wesley, como le llamaban entonces, era de muy baja estatura para su edad, y así permaneció, conservando el rostro de un niño de siete u ocho años. Como no se le podía mandar a la escuela, fue educado en privado. Cuando fue mayor de edad, los albaceas tuvieron la extraordinaria experiencia de poner una propiedad bastante considerable en manos de un joven que parecía un niño. Muy poco después, Arthur Wesley desapareció. Dudosos rumores hablaron de reapariciones suyas, ora aquí, ora allá, por todas partes del mundo. Se comentó que Wesley había adoptado las costumbres de lo que entonces se llamaba la desconocida África, cuando las Montañas de la Luna todavía persistían en los mapas más antiguos. También se dijo que había ido a explorar las crecidas aguas del Amazonas, y jamás había regresado; aunque pocos años más tarde un personaje que debió haber sido Arthur Wesley desplegaba actividades desagradables en Macao. De acuerdo con el proceso, fue poco después de este período cuando —en palabras del fiscal— comprendió la necesidad de «ponerse a cubierto». Su extraordinaria personalidad, con suficientes dotes de naturalidad, atrajo la atención sobre él y sus actividades, y dado que esas actividades eran por lo general, o siempre, odiosas, semejante atención era a la vez molesta y peligrosa. En alguna parte de Oriente, estando muy mal acompañado, encontró a las dos personas que luego fueron procesadas con él. Arabella Manning, de quien se decía que tenía respetables parientes en Wiltshire, se había ido a Oriente como institutriz, pero pronto había hallado otras ocupaciones. Meers había trabajado como empleado de una firma comercial de Shanghai. Su ingeniosísimo sistema de fraude le valió el despido, pero, por una razón u otra, la empresa rehusó demandarle, y Meers se fue al lugar donde Arthur Wesley le encontró. A Wesley se le ocurrió un gran plan. Manning y Meers pretendían ser el señor y la señora Marsh —ése parece haber sido su primer tratamiento—, y él iba a ser su hijo pequeño. Les pagó bien sus variados servicios: durante algunos años Arabella fue su gobernanta, la compañera en sus momentos más discretos. Ocasionalmente contrataron a un preceptor para hacer la situación más plausible. De esta guisa, el horroroso trío recorría el mundo.

El tribunal escuchó todo esto, y mucho más, después que el jurado encontrara

culpables a los tres del concreto delito del que les acusaban. Este último crimen — que la prensa tuvo que envolver en paráfrasis y perífrasis— había sido descubierto, por extraño que parezca, como consecuencia en gran parte de los celos de la mujer. Los afectos de Wesley, llamémoslos así, todavía estaban dispuestos a extraviarse, y la celosa furia de Arabella la llevó más allá de toda cautela y de todo control. Ella era el punto vulnerable de la armadura de Wesley, la grieta en su protección. La gente de la sala les miró a los dos; a la pervertida y deplorable mujer de carrillos flojos y colgantes, en cuyos fatigados ojos todavía brillaba un débil fuego, y a Wesley, que, al parecer, todavía era un guapo y listo muchachito. Se quedaron boquiabiertos de asombro ante el grotesco e insoportable horror de la escena. El juez levantó la vista de sus anotaciones y miró fijamente a los convictos durante algunos segundos, con los labios fuertemente apretados.

El acusador llegó al final de su portentosa historia. La trayectoria de estas personas, dijo, había estado marcada por terribles escándalos, pero hasta hacía bastante poco nadie había sospechado de su culpabilidad. Dos de estos casos concernían a la acusación principal, pero faltaba una evidencia formal.

El juicio llegaba a su fin.

«A pesar de su diminuta estatura y su aspecto juvenil, el preso Charles Mailey, *alias* Arthur Wesley, se resistió desesperadamente a su arresto. Poseía una inmensa fuerza para su talla, y casi estranguló a uno de los agentes que lo arrestó».

Las fórmulas procesales fueron proferidas. El juez, sin un solo comentario, sentenció a Mailey, o Wesley, a cadena perpetua; a John Meers, a quince años de cárcel, y diez años, para Arabella Manning.

El viejo mundo, ya ha sido señalado, había caído con gran estrépito. Habían pasado muchísimos años desde que echaran a Last de Mowbray Street, desde que descendiera sórdida y tranquilamente del Strand. Mowbray Street estaba ahora repleta de resplandecientes edificios de oficinas. Después fue de un cómodo escondrijo a otro, según Londres crecía en majestad y esplendor. Pero durante un año más o menos, estuvo oculto en una callejuela que tenía la ventaja de conducir a un cementerio abandonado, cerca de Gray's Inn Road. Medwin y Garraway habían muerto; pero una noche Last convocó en su domicilio a los supervivientes Zouch y Noel, e inmediatamente preparó para ellos un excelente ponche.

—Es tan estupendo que debe ser pecaminoso —dijo, mientras pelaba los limones —, pero hasta el presente creo que no es ilegal. Y todavía tengo unas cuantas botellas de aquel oporto que compré en el noventa y dos.

Y entonces les contó por primera vez toda la historia de su empleo en la Casa Blanca.

LOS NIÑOS DE LA CHARCA

I

HACE un par de veranos, en compañía de viejos amigos, me detuve en mi condado natal, en la frontera galesa. Era un año seco y caluroso, y penetré en aquellos valles verdes y bien regados con una sensación muy reconfortante. Fue un alivio del ardor de las calles londinenses, de las noches sofocantes y cargadas, en las que los innumerables muros de ladrillo, piedra y hormigón y los interminables pavimentos arrojan a la cerrada oscuridad el fuego que a lo largo de todo el día han extraído del sol. Después de aquellas calzadas, que se han convertido en vías de ferrocarril con sus luces cambiantes, sus globos amarillos y sus barras y pernos de acero, y que amenazan de muerte instantánea si los pies no están al tanto, ¡qué descanso poder caminar en silencio bajo el verde follaje y escuchar el discurrir del arroyo desde el corazón de la colina!

Mis amigos eran viejos conocidos y me urgieron a que obrara a mi antojo. El desayuno se servía a las nueve, pero era igual de excelente y copioso a las diez; y si quería podía tomar algo frío en el almuerzo o, en caso contrario, podía ausentarme hasta la cena a las siete y media. Entonces teníamos toda la noche para hablar de los viejos tiempos y de los cambios, confortados por la bebida, y luego acostarnos tranquilizados por los recuerdos y el tabaco, así como por el arroyo que serpenteaba abajo en el prado entre los sombríos alisos. ¡Y no se veía un solo *bungalow* en muchas millas a la redonda! A veces, cuando el calor era abrasador, incluso en esta lozana tierra, y el viento procedente de las montañas al oeste dejaba de soplar, pasaba todo el día a la sombra sobre el césped, pero, más a menudo, iba al campo y recorría los caminos que me eran familiares, tratando de descubrir otros nuevos en este feliz y desconcertante país. Vagaba por valles desconocidos y, a través de profundos y angostos senderos bordeados de setos, todavía más estrechos, supongo, que los viejos caminos de herradura, trepaba disimuladamente sin dirigirme obviamente a ningún lugar en particular.

El día en que me aventuré a emprender semejante expedición el viento era muy frío. Era un «día encapotado». No había nubes en el cielo, pero una espesa y luminosa niebla grisácea lo cubría todo. Por un momento parecía que el sol iba a brillar, dejando ver el azul del cielo; entonces, los árboles del bosque parecían

florecer y los prados iluminarse; pero de nuevo la cargazón lo cubría todo. Me impresionó el pedregoso camino que subía desde la parte posterior de la casa hasta lo alto de la colina. Hacía muchos años que lo había recorrido por última vez, una tarde invernal en que las roderas estaban endurecidas por la helada, en los lugares altos los sombríos pinos sobresalían por encima de la nieve, y el sol estaba inflamado y todavía lucía por encima de la montaña. Recordé que el camino me había resultado bastante laborioso, con recodos a diestro y siniestro, y declives inesperados, seguidos de subidas a helechales y otros lugares espinosos que perturbaban la quietud de la noche invernal, y que volví a casa de mala gana. Entonces aproveché la oportunidad que me brindaba el día veraniego y resolví de alguna forma terminar con el asunto.

Pensé que habría sobrepasado el lugar en donde me detuve la otra vez, y retrocedí mientras la fría oscuridad y las resplandecientes estrellas se abalanzaban sobre mí. Recordé la inclinación del seto desde el que contemplé el redondo túmulo en lo alto de la barrera montañosa; en la ladera había una granja blanca, cuya granjera todavía llamaba a su perro con voz aguda y débil a lo lejos, como antes lo había hecho él o su padre. A partir de ahí, creí encontrarme en un país desconocido; los fresnos se apiñaban a ambos lados del camino y confluían por encima de él: proseguí mi camino hacia lo desconocido a la manera de las únicas buenas guías turísticas, o sea los cuentos de los caballeros de antaño.

El camino bajaba, subía y volvía a descender a través de la espesura del bosque. Luego desaparecieron los árboles a ambos lados, aunque los setos eran tan altos que no me dejaban ver el resto del camino. Y precisamente al final del bosque había una de esas sendas o pequeños senderos de los que he hablado, que partía a mi derecha y serpenteaba rápidamente fuera del alcance de la vista, bajo el follaje de avellanos, rosas silvestres, arces y carpes, con algún acebo salteado y la dorada madreselva y la oscura brionia brillando y trepando por todas partes. No pude resistir la invitación de un sendero tan recóndito e incierto, que comenzaba con un rastro de verde y profusa hierba sobre tierra todavía blanda pese a la sequía de este caluroso verano. Hasta donde pude divisar, el camino serpenteaba por la falda de una colina, sin ascender ni descender, y bruscamente cesaba, después de poco más de una milla, y me encontré en una ladera rasa con una senda pedregosa que descendía hasta una casa gris. Por su aspecto y sus alrededores, en la actualidad era una granja, pero había indicios de su antiguo esplendor: ventanas con maineles del siglo XVI y un pórtico jacobino en el centro, con un confuso blasón moldeado encima del dintel.

Se me ocurrió que sería agradable un poco de pan con queso y sidra, y golpeé la puerta con mi bastón; me abrió una simpática mujer.

—¿Sería usted tan amable...? —empecé yo.

Entonces, en alguna parte al fondo del corredor de piedra, se oyó un grito y una soberbia voz.

—Adelante, pase, bribón, si se llama Meyrick, de lo cual estoy seguro.

Estaba asombrado. La simpática mujer sonrió abiertamente y dijo:

—Parece que es usted muy conocido aquí, señor. Pero tal vez haya oído que el señor Roberts reside aquí.

Mi viejo conocido James Roberts salió tambaleante de su guarida en la parte trasera. Le había conocido hacía mucho tiempo, pero no muy bien. Nuestros negocios en Londres seguían caminos diferentes y, por lo tanto, no nos vimos a menudo. Pero me alegraba verle en este inesperado lugar: era un hombre rechoncho, con el rostro cada vez más rubicundo con el paso de los años. Era paisano mío, pero apenas le había conocido antes de que ambos nos viniéramos a la ciudad, ya que vivía en el extremo septentrional del condado.

Me estrechó la mano cordialmente, pareciéndome como si quisiera darme una palmada en la espalda —era un poco ese tipo de personas—, y repitió su «¡adelante!, ¡adelante!», añadiendo a la simpática mujer:

—Traiga otro plato, señora Morgan, y todo lo demás. Espero que no se habrá olvidado del queso de Caerphilly, Meyrick. Le aseguro que nadie lo prepara mejor que la señora Morgan. Otra jarra de sidra, señora Morgan, y *seidr dda*, ¿le importa?

Nunca supe si de niño le habían enseñado a hablar en galés. En Londres había perdido hasta el más ligero rastro de acento, pero aquí en Gwent había recuperado en buena medida los dejos locales; su habla olía a tierra galesa tan intensamente como la de la alegre esposa del granjero. Estimé que su acento formaba parte de sus vacaciones.

Me condujo a un pequeño salón de vetusto mobiliario, agradable decoración pasada de moda y empapelado de flores casi imperceptibles; hizo que me sentara en un sillón junto a la mesa redonda, y me dio, como luego le dije, exactamente lo que tenía intención de pedirle: pan con queso y sidra. Todo muy bueno; estaba claro que la señora Morgan tenía la habilidad de hacer un succulento queso de Caerphilly —una especie de *belpaese* blanco—, muy diferente de los secos y pétreos quesos que a menudo deshonran el nombre de Caerphilly. Después hubo mermelada de grosellas con nata. Y el tabaco que se utiliza en el país: Shag-on-the-Back, de Welsh Back, en Bristol. Y luego ginebra.

Esta última la compartimos al aire libre, en un viejo cenador de piedra, junto al jardín. Un rosal blanco había crecido por todo el cenador, dándole sombra y glorificándolo. Precisamente el agua de la gran jarra la habían sacado de un manantial en la roca caliza, y le dije a Roberts con gratitud que me sentía mucho mejor que cuando había golpeado la puerta de la granja. Le conté en dónde me había hospedado —conocía a mi anfitrión por el nombre—, y él, a su vez, me informó que ésta era su primera visita a Lanypwll, como se llamaba la granja. Un vecino suyo en Lee le había recomendado encarecidamente la cocina de la señora Morgan, y, como él dijo, no se podía hablar demasiado bien de ella en ese aspecto ni en ninguno otro.

Estuvimos toda la tarde bebiendo tragos y fumando en aquel agradable refugio bajo el rosal blanco. Meditaba gratamente sobre el hecho de que en Londres no me atrevería a disfrutar tan profusamente del Shag-on-the-Back: un tabaco fuerte, de

sabor pleno y en sazón, pero inadecuado a las duras calles.

—¿Dice usted que la granja se llama Lanypwll? —interpuse yo—. Eso quiere decir «junto a la charca», ¿no? ¿Dónde está la charca? No la veo.

—Venga —dijo Roberts— y se la mostraré.

Me llevó por una pequeña puerta a través del jardín, rodeado de un espeso y alto seto de laurel, y torcimos a la izquierda de la casa, frente al lugar por donde había entrado. Escalamos un baluarte de los viejos tiempos rodeado de verdor, desde donde Roberts me señaló un angosto valle, circundando de escarpadas colinas pobladas de árboles. Al fondo había un llano, mitad marisma, mitad charca negra de aguas estancadas, con verdes islas de lirios y toda esa exuberante y rara vegetación que suele arraigar en el cieno.

—Ahí tiene usted la charca que buscaba —dijo Roberts.

Era un lugar de lo más extraño, pensé, escondido entre las colinas como si guardara algún secreto. Las empinadas cuestas que descendían hasta ella eran una maraña de maleza, formada por todo tipo de ramas entremezcladas, por encima de la cual sobresalían los árboles más altos, algunos de los cuales habían sucumbido a las aguas pantanosas, apareciendo sus troncos descoloridos, pelados y cadavéricos, y sus ramas descortezadas.

—Un lugar inquietante —dije a Roberts.

—Estoy completamente de acuerdo con usted. Es un lugar bastante inquietante. Me han contado en la granja que no es prudente acercarse a él, pues puede uno coger unas fiebres y no sé qué cosas más. Y, efectivamente, si uno no desciende con cuidado, vigilando sus propios pasos, fácilmente puede encontrarse metido hasta el cuello en aquel lodo negro.

Regresamos al jardín y a nuestro cenador, y poco después tuve que volver a casa.

—¿Cuánto tiempo ha estado con Nichol? —me preguntó Roberts cuando partíamos. Se lo dije y él insistió en cenar conmigo el fin de semana.

—«Enviaré» por usted —dijo—. Le llevaré por un atajo a través de los campos y verá usted cómo no se extravía. Pato asado y guisantes —añadió con fascinación—, y algo bueno para la digestión después.

La siguiente vez que visité la granja hacía una tarde excelente, pero, efectivamente, aquel maravilloso verano nos hartamos de proclamar «tiempo excelente». Encontré a Roberts animado y acogedor, pero, pensé para mí, a duras penas tan optimista como en mi visita anterior. Estábamos en el cenador tomando un cóctel que él había preparado, mientras el magnífico pato alcanzaba el perfecto punto en su dorado, y advertí que su conversación no fluía tan libremente como la vez anterior. Una o dos veces se calló y pareció pensativo. Me contó que se había aventurado a bajar a la charca, el lugar pantanoso del fondo.

—Y no parece mejor cuando se ve de cerca. Un líquido negruzco y aceitoso que

no parece agua, cubierto de espuma y de algas como monstruos. Nunca vi plantas tan raras y tan desagradables. Allá abajo existe una tupida exuberancia cubierta de sombrías flores carmesí, hinchadas y moteadas como un sapo.

—Usted no es botánico, ¿verdad? —observé yo.

—No, no lo soy. Conozco los ranúnculos y las margaritas y poco más. La señora Morgan se asustó mucho cuando le conté dónde había estado. Dijo que esperaba que no tuviera que arrepentirme. Pero me siento igual que siempre. No creo que queden muchos lugares en este país en los que todavía pueda cogerse la malaria.

Continuamos con el pato y los guisantes y gozamos de su perfección. Quedaba un poco de *ale* que el señor Morgan había comprado cuando quebró una vieja taberna de los alrededores; su vejez y su excelencia original combinadas la habían convertido en una bebida rara. El «algo bueno para la digestión» resultó ser un *brandy* añejo que Roberts se había traído de la ciudad. Le dije que nunca lo había pasado mejor. Se animó con la excelente comida y bebida y estaba bastante alegre; sin embargo, pensé que había una reserva, algo oscuro en el fondo de su mente que de ningún modo era alegre.

Nos servimos una segunda copa del *brandy* añejo, y Roberts, tras una indecisión momentánea, habló con claridad. Abandonó completamente el festivo asunto del campesino galés.

—¿Creería usted —empezó— que un hombre vendría a un lugar como éste para ser chantajeado al final del viaje?

—¡Dios mío! —dije con voz entrecortada por el asombro—. En efecto, no lo creería. ¿Qué ha ocurrido?

Me miró muy serio. Incluso pensé que parecía asustado.

—Bien, se lo contaré todo. Hace un par de noches fui a dar una vuelta después de cenar. Era una noche hermosa en que brillaba la luna y soplaba una brisa suave y limpia. Así es que ascendí por la colina y luego tomé la senda que conduce hacia abajo, desde el bosque al arroyo. Me había introducido en el bosque unas cincuenta yardas más o menos cuando oí que una voz aguda y penetrante, una voz de jovencita, me llamaba por mi nombre: «¡Roberts! ¡James Roberts!»; me llevé un susto tremendo, se lo aseguro. Me detuve en seco y miré fijamente en torno mío. Por supuesto, no pude ver nada más que el radiante claro de luna, sombras negras y todos aquellos árboles: cualquiera podía ocultarse tras ellos. Entonces se me ocurrió que podía ser alguna joven lugareña jugando al escondite con su novio: James Roberts es un nombre bastante común, especialmente en esta parte del país. Así es que iba a proseguir mi camino, sin preocuparme por los asuntos amorosos locales, cuando aquel grito me llegó directamente al oído: «¡Roberts! ¡James Roberts!»; y luego media docena de palabras con las que no le molestaré; en todo caso, todavía no.

Ya he dicho que Roberts no era, de ninguna manera, íntimo amigo mío. Pero siempre lo había considerado un tipo afable y cordial, una persona perfectamente amable; y sentía, y asimismo me indignaba, verle allí sentado, desdichado y

consternado. Parecía que hubiera visto un fantasma; peor que eso: parecía como si hubiese visto el terror.

Pero era demasiado prematuro apremiarle. Le dije:

—¿Qué hizo usted entonces?

—Di media vuelta y regresé corriendo a través del bosque, saltando por encima de la valla. Llegué a casa más rápidamente de lo que nunca pude y me encerré en esta habitación, bañado en sudor del susto y respirando con dificultad. Creo que casi enloquecí. Anduve de un lado para otro. Me sentaba en la silla y volvía a levantarme. Me preguntaba si despertaría en mi cama comprobando que había tenido una pesadilla. Finalmente lloré, la verdad sea dicha: apoyé la cabeza en mis manos y las lágrimas corrieron por mis mejillas. Estaba completamente deshecho.

—Pero, oiga —le dije—, ¿no está armando un gran jaleo por muy poco? Puedo entender perfectamente que ha debido ser un sobresalto desagradable. Pero ¿cuánto tiempo dice usted que ha permanecido aquí? ¿Diez días?

—Mañana se cumplirán dos semanas.

—Bien; usted conoce las costumbres de esta tierra tan bien como yo. Tenga la seguridad que todo el mundo en un radio de tres o cuatro millas alrededor de Lanypwll sabe de un caballero de Londres, un tal señor James Roberts, hospedado en la granja. Y dondequiera que uno vaya, siempre encuentra jóvenes molestos. Deduzco que esta chica utilizó un lenguaje insultante cuando le llamó. Probablemente pensó que era gracioso. ¿No ha admitido usted que anteriormente caminó por el bosque un par de veces por la tarde? Sin duda repararon en usted siguiendo ese camino y la chica y su amigo o amigos planearon darle un susto. Si yo fuera usted, no pensaría más en ello.

Casi clamó.

—¡No pensar más en ello! ¿Qué pensará el mundo?

En su voz había una terrible congoja. Pensé que era ya hora de pasar a los hechos. Hablé bastante enérgicamente.

—Mire, Roberts, de nada sirve andarse con rodeos. Antes de poder hacer algo, tenemos que conocer todo el asunto, directamente. Lo que yo he deducido es lo siguiente: una tarde usted fue a dar un paseo por un bosque cercano, y una chica —dice usted que fue una voz femenina— le llamó por su nombre y a continuación vociferó una sarta de insultos. ¿Hay algo más?

—Bastante más que eso. Iba a pedirle a usted que no permita ir allá a nadie más; pero, por lo que veo, ya no podrá mantenerse el secreto por más tiempo. Existe otro final de esta historia, y se remonta a un buen número de años, a la época en que llegué a Londres de joven. Eso ocurrió hace veinticinco años.

Dejó de hablar. Cuando comenzó de nuevo, tuve la impresión de que hablaba con indecible repugnancia. Cada palabra era para él un suplicio.

—Usted sabe tan bien como yo que en Londres existe toda clase de caminos que un joven puede seguir: buenos, malos e indiferentes. En eso hubo bastante mala

suerte. Lo creo de verdad. Era demasiado joven para saber o preocuparme de adónde iba; pero me metí por una senda que terminaba en un negro abismo.

Me hizo señas para que me inclinara sobre la mesa, y durante uno o dos minutos me habló al oído. Por mi parte, yo escuché con horror. No dije nada.

—Eso fue lo que oí gritar en el bosque. ¿Qué dice usted?

—¿Hace tiempo que acabó todo eso?

—Acabó tan pronto como empezó. No fue más que un mal sueño. Y luego todo volvió a mí de repente como un rayo devastador. ¿Qué me dice usted? ¿Qué puedo hacer?

Le dije que debía admitir que de nada servía tratar de atribuir el asunto del bosque a un simple accidente, el fortuito lenguaje obsceno de una depravada chica pueblerina. Como dije, no podía tratarse de una simple casualidad.

—Debe haber alguien detrás de todo esto. ¿Piensa usted en alguien?

—Deben quedar uno o dos. No puedo decirlo con exactitud. No he tenido noticias de ninguno de ellos en años. Pensé que se habían ido; muertos, o a otra parte del mundo.

—Sí; pero en estos tiempos la gente puede regresar de cualquier parte del mundo bastante rápidamente. Yokohama no está mucho más lejos que Yarmouth. Pero ¿ha tenido noticias de alguno de ellos recientemente?

—Como dije, hace años que no. Pero el secreto se ha desvelado.

—Veamos. ¿Quién es la chica? ¿Dónde vive? Debemos ponernos en contacto con ella y tratar de asustarla por todos los medios. En primer lugar, descubriremos el origen de su información. Entonces sabremos dónde nos encontramos. Supongo que habrá descubierto quién es ella.

—Tengo una idea de quién es ella y en dónde vive.

—Quizás no le importe hacer más preguntas a los Morgan. Pero, volviendo al principio, usted habló de chantaje. ¿Le ha pedido dinero esa condenada chica por mantener cerrada la boca?

—No; no debería llamarlo chantaje. Ella no habló para nada de dinero.

—Bien, eso parece más alentador. Veamos: hoy es sábado. Su desgraciado paseo fue hace un par de noches; el jueves por la noche. Y desde entonces no ha vuelto a tener más noticias. Yo en su lugar me mantendría alejado del bosque y trataría de descubrir quién es la joven dama. Evidentemente eso es lo primero que hay que hacer.

Intentaba animarle un poco, pero él únicamente fijó en mí sus horrorizados ojos.

—Esto no acabó en el bosque —dijo con voz quejumbrosa—. Mi dormitorio está contiguo a esta habitación en donde estamos ahora. Cuando me hube tranquilizado un poco aquella noche, me serví una copa bien cargada, con el doble de mi ración habitual, y me fui a la cama. Me despertaron unos golpecitos en la ventana, exactamente junto a la cabecera de la cama. Tac, tac, volvió a sonar. Pensé que sería una rama golpeando en el cristal. Entonces oí esa voz que me llamaba:

«James Roberts, ¡abra, abra!».

»—Le confieso que se me puso la carne de gallina. Habría gritado si hubiese podido emitir algún ruido. La luna había descendido, y existía un enorme y viejo peral cerca de la ventana; todo estaba a oscuras. Me incorporé en la cama, tembloroso de miedo. Había calma chicha y empecé a pensar que el susto recibido en el bosque me había provocado una pesadilla. Entonces la voz llamó de nuevo, y más fuerte:

«James Roberts ¡abra, rápido!».

»—Y tuve que abrir. Saqué medio cuerpo de la cama, alcancé el picaporte, y abrí un poco la ventana. No me atrevía a mirar. Pero la excesiva oscuridad impedía que pudiera verse nada bajo el árbol. Entonces ella empezó a hablarme. Me contó todo desde el principio. Conocía todos los nombres. Sabía dónde trabajaba yo en Londres y dónde vivía, y quiénes eran mis amigos. Dijo que ellos lo sabrían todo. Y añadió:

«Usted mismo se lo contará, ¡y no podrá ocultar ni una simple palabra!».

El desdichado hombre cayó de espaldas en su silla, estremeciéndose y jadeando. Batió palmas de arriba abajo con un gesto de dolor, miedo y desesperación; y sus labios expresaron una mueca de pavor.

No diré que empezaba a ver claro. Pero vislumbré un indicio acerca de ciertas posibilidades de claridad o —digamos— disminución de la oscuridad. Le dije una o dos palabras tranquilizadoras, y dejé que se apaciguara un poco. La narración de esta extraordinaria y espantosa experiencia le había puesto muy nervioso; y, sin embargo, habiéndolo confesado todo, pude comprobar que se sentía más aliviado. Sus manos permanecieron quietas sobre la mesa, y sus labios dejaron de hacer muecas horribles. Me miró con una ligera expectación, pensé; como si hubiera empezado a abrigar la débil esperanza de que yo podía ayudarle de alguna manera. No era capaz por sí mismo de descubrir alguna posibilidad de salvación; sin embargo, uno nunca sabe los recursos y destrezas que puede aportar otro hombre.

Eso fue, al menos, lo que me pareció a mí que expresaba su pobre y miserable rostro; y esperaba estar en lo cierto, permitiéndole que se calmara un poco e hiciera acopio de toda la esperanza de que fuera capaz. Entonces comencé de nuevo:

—Eso fue la noche del jueves. Pero ¿y la pasada noche? ¿Hubo alguna otra visita?

—Igual que la anterior. Casi palabra por palabra.

—Y ¿era verdad todo lo que decía? ¿No mentía la chica?

—Todo lo que dijo era cierto. Había algunas cosas que yo había olvidado, pero cuando me habló de ellas las recordé inmediatamente. Una de ellas, por ejemplo, era el número de una casa en determinada calle. Si usted me hubiera preguntado por ese número hace una semana, le habría dicho, con toda sinceridad, que no sabía nada de él. Pero cuando lo oí, al momento lo reconocí: podía ver ese número a la luz de un farol callejero. Aquella noche de noviembre el cielo estaba oscuro y encapotado, y soplaba un viento cortante que provocaba el arremolinamiento de las hojas sobre el pavimento.

—¿Cuándo se encendió el fuego?

—Aquella noche. Cuando aparecieron ellos.

—¿Vio usted a la chica? ¿Podría describirla?

—Ya le confesé que tenía miedo de mirar. Esperé a que dejara de hablar. Estuve sentado durante media hora o una hora. Luego encendí mi vela y cerré el pestillo de la ventana. Eran las tres en punto y la luz aumentaba.

Estuve pensándomelo bien. Advertí que Roberts confesó que todas las palabras pronunciadas por su visitante eran auténticas. No le habían cogido por sorpresa; no existía indicación alguna acerca de la existencia de nuevos detalles, nombres o circunstancias. Se me ocurrió que tendría cierto —posible— significado; y también era interesante conocer las circunstancias actuales de Roberts, su dirección comercial, su domicilio particular, y los nombres de sus amigos.

Había atisbos de una posible hipótesis. No podía estar seguro; pero le comuniqué a Roberts que pensaba que podía hacerse algo. Para empezar, dije, le iba a hacer compañía durante la noche. Nichol supondrá que he evitado regresar a casa después del anochecer; que será mucho mejor. Y por la mañana iba a pagarle a la señora Morgan las dos semanas extras que había decidido quedarse, un poco a modo de compensación.

—Debe ser algo bueno —añadí yo, emocionado, pensando en el pato y en la añeja *ale*—. Y luego —terminé— le despacharé al otro lado de la isla.

Le hice beber una generosa dosis de aquella añeja *ale* para provocarle sueño. No necesitaba la hipnosis para nada; el terror que había padecido y la tensión al contarlo le habían agotado. Le vi caerse sobre la cama y quedarse dormido en un momento, y mientras, yo me arrellané, bastante confortablemente, en un espacioso sillón. No hubo problemas durante la noche, y cuando me desperté vi a Roberts durmiendo plácidamente. Le dejé a solas y me paseé por la casa y el radiante jardín matutino, hasta tropezar con la señora Morgan, atareada en la cocina.

Acabé con su preocupación. Le dije que temía que el lugar no fuera del todo conveniente para el señor Roberts.

—En efecto —dije—, se puso tan mal la pasada noche que temí dejarle solo. Sus nervios estaban en muy mal estado.

—Realmente, no me sorprende nada —replicó la señora Morgan, con cara solemne. Pero yo pensé bastante en esta observación suya, al no tener ni idea de lo que quería decir.

Pasé a explicar lo que había decidido para nuestro paciente, como le llamaba: brisas costeras del este, y multitudes de gente, cuanto más ruidosas mejor, y, efectivamente, ése era el remedio que yo tenía en mente. Dije que estaba seguro de que el señor Roberts haría exactamente lo que debía.

—Estoy segura, señor, que todo saldrá bien: no se preocupe por eso. Pero cuanto más pronto se marche usted después de que les sirva a ambos el desayuno, más contenta estaré yo. Puedo decirle que estoy muerta de miedo por su suerte.

Y se puso manos a la obra, murmurando algo que sonaba como «Plant y pwll, plant y pwll».

No le di tiempo a Roberts para reflexionar. Le desperté, le hice salir apresuradamente de la cama, le llevé a toda prisa a desayunar, le vi hacer su maleta, se despidió de los Morgan, y antes de que la familia regresara de la iglesia aguardaba sentado a la sombra en el césped de Nichol. Ofrecí a Nichol un resumen de los detalles —depresión nerviosa y todo lo demás—, los expuse uno a uno, y dejé que hablaran por sí mismos de las Montañas Negras, lugar de procedencia de Roberts. Al día siguiente fui a despedirle a la estación; se iba a Great Yarmouth, vía Londres. Le dije con aire autoritario que ya no tendría más problemas, «de ningún tipo», subrayé. Y quedó en escribirme al cabo de una semana a mi domicilio particular en la ciudad.

—De paso —dije, un poco antes de que el tren se deslizara por el andén—, voy a hacerle una pregunta en galés. ¿Qué significa «plant y pwll»? ¿Algo de una charca?

—«Plant y pwll» —explicó— significa «niños de la charca».

II

CUANDO se terminaron mis vacaciones y hube regresado a la ciudad, comencé a investigar el caso de James Roberts y su visitante nocturno. Al comenzar a contarme su historia me angustió sumamente —podía estar seguro de su veracidad— y me sobresaltó pensar en un hombre tan amable amenazado por la desgracia y el desastre más abrumadores. Nada parecía imposible en el relato, extensamente detallado, ni en su primer esbozo. No es del todo inaudito que los hombres más decentes tengan un mal momento en sus vidas, y hagan todo lo posible por expiarlo y conseguir olvidarlo. Bastante a menudo no es difícil buscar la explicación de semejante desventura. Supongamos que un joven, de comportamiento ejemplar y sencilla educación campesina, irrumpe súbitamente, como hizo el desgraciado de Roberts, en el laberinto de Londres: sus muchos recovecos le llevarán al desastre o a algo peor. Los hombres más expertos, de agudos instintos y percepciones, conocen el aspecto de estos atractivos pasadizos y los evitan; algunos tienen el buen juicio de retroceder a tiempo; unos pocos caen finalmente en la trampa. Y en algunos casos, aunque pueda haber una presunta escapatoria, y paz y seguridad por muchos años, los dientes del cepo rondan todo el tiempo las piernas humanas, y se cierran finalmente sobre los sumamente honorables jefes, prebostes y pilares de todo tipo de instituciones

decentes. Y después la cárcel, o a lo más el abucheo y la extinción.

Así pues, a primera vista, no estaba yo de ningún modo preparado para despreciar el relato de Roberts. Pero cuando entró en detalles, y tuve tiempo para pensar con calma, esa facultad completamente ilógica, que a veces se hace cargo de nuestros pensamientos y opiniones, me reveló que en todo este asunto había un fallo enorme, que de una forma u otra las cosas no habían sucedido así. Este proceso mental, debo decir, es estrictamente indefinible e injustificable para cualquier escuela de pensamiento de las que tengo noticias. Lo cual no es razón para que nos basemos en el obispo Butler y declaremos con él que la probabilidad es ley de vida, deduciendo de esta premisa la conclusión de que lo improbable no sucede. Cualquiera que se moleste en echar un vistazo a su propia experiencia del mundo y de las cosas en general es consciente que los sucesos más insensatamente improbables constantemente acontecen. Por ejemplo, tomo el periódico de hoy seguro de encontrar algo que me sirva, y en un momento tropiezo con el titular «Destrozado un modelo de elefante». Un padre, hombre de fortuna manifiesta, acusa a su hijo de este extraño delito. El verano pasado, contó el padre al tribunal, su hijo construyó en el jardín delantero un modelo gigantesco de elefante, con materiales comprados ante testigos. Hizo el esqueleto del elefante con tubería, lo cubrió de tierra y fibras, y lo sujetó con tela metálica. Plantó flores encima, y costó todo tres libras y cinco chelines.

Una fotografía del elefante fue mostrada en el tribunal, y el escribano comentó: «es algo espantoso».

Y entonces se produjo la catástrofe. El hijo conoció a una mujer casada mucho mayor que él, sus padres lo desaprobaron y hubo peleas. Y así, una noche, el joven fue a casa de su padre, saltó la tapia del jardín e intentó volcar el elefante. Al no conseguirlo, procedió a destriparlo con un par de cizallas.

¡Vaya! Esa historia parece de lo más improbable, pero todo sucedió de esa manera, como asegura el *Daily Telegraph*, y yo me lo creo. Y no dudo de que si me molestara en buscar, encontraría en las columnas del periódico algo tan improbable, o incluso más, tres o tal vez cuatro veces por semana. ¿Qué ha sido del viejo desconocido sin identificar encontrado en el Támesis con un Buda de piedra en el bolsillo y en el otro una cartera de cuero con la inscripción: «la gallina que incubaba huevos de porcelana es mejor que lo deje»?

Constantemente acontece lo improbable; pero, utilizando esa facultad que me siento incapaz de definir, rechacé el relato de Roberts sobre la chica del bosque y de la ventana. No sospeché que estuviera bromeando de una manera ofensiva y malintencionada. Su aflicción y su pavor eran demasiado evidentes para eso, y, aunque estaba seguro de que padecía una espantosa y grave conmoción, no me creí la historia que me había contado. Estaba convencido de que no había habido ninguna chica, ni en el bosque ni en la ventana. Y, cuando Roberts me contó, con creciente terror, que todo lo que había referido era cierto, que ella incluso le había recordado

cuestiones por él ya olvidadas, sentí que mi creciente suposición se fortalecía enormemente. Pues me parecía al menos probable que, si todo había ocurrido como él suponía, deberían existir en la historia nuevas e irrefutables circunstancias, absolutamente desconocidas e insospechadas para él. Pero, tal como estaban las cosas, él aceptaba todo lo que me había contado, como en sueños se aceptan sin vacilar las fantasías más disparatadas tal cual si se tratase de asuntos e incidentes de la propia experiencia diaria. Decididamente, no existía ninguna chica.

El domingo que pasó conmigo en el Wern, local de Nichol, me aproveché de su mayor sosiego —el descanso nocturno le había sentado bien— para sonsacarle algunos datos y fechas, y, al regresar a la ciudad, los puse a prueba. Era una investigación nada fácil ya que, en apariencia al menos, los asuntos investigados eran eminentemente triviales: los primeros pasos de un joven campesino en Londres en determinada firma comercial; y hace veinticinco años. Hasta los más escandalosos juicios por asesinato y los cambios ministeriales acaban por volverse confusos e inciertos, si no olvidados, en veinticinco años, o doce en este caso; y, en comparación con tales sucesos, el asunto de James Roberts parecía peligrosamente insignificante.

Sin embargo, saqué el mejor partido posible de la información que me había dado Roberts; y una carta que recibí de él me reafirmó en mi cometido. Me contaba en ella que no se había repetido el apuro (así lo expresaba), que se sentía perfectamente bien, y que se estaba divirtiendo enormemente en Yarmouth. Decía que los espectáculos y las distracciones en la playa le estaban haciendo «un bien inmenso. Hay un verdugo retirado que desempeña su viejo oficio en una tienda de campaña, con telón y todo lo demás. Y también un tipo que se llama a sí mismo Arzobispo de Londres, el cual ayuna en una vitrina con la mitra y las vestiduras puestas». Desde luego, mi paciente estaba recuperado, o en vías de una recuperación muy favorable: podía ponerme a investigar con un sosegado espíritu de curiosidad científica, desprovisto de la tensión nerviosa del cirujano convocado con poca antelación para llevar a cabo una operación a vida o muerte.

En realidad, todo era más simple de lo que yo había pensado. Verdaderamente los resultados fueron nulos o casi nulos; pero eso era, exactamente, lo que había esperado y deseado. Progresé bastante, partiendo de un leve bosquejo de sus primeros años en Londres, que me proporcionó Roberts, con omisión de los horrores, a petición mía, y tras manejar un par de nombres y fechas. ¿Hasta dónde llegué? Simplemente a esto: un muchacho —diecisiete años recién cumplidos— criado en las solitarias colinas y educado en una pequeña escuela rural, a quien un tío de Londres había proporcionado un pequeño puesto en una oficina de la City. De mutuo acuerdo, establecido tras una larga y complicada correspondencia, debía alojarse en casa de unos primos lejanos que vivían en la zona de Cricklewood-Kilburn-Brondesbury, y se instaló bastante cómodamente, según parece, aunque Prima Ellen se opuso a que fumara en el dormitorio, y le rogó que desistiera. La familia consistía en Prima Ellen, su marido, Henry Watts, y sus dos hijas, Helen y Justine.

Esta última tenía, más o menos, la edad de Roberts; Helen tres o cuatro años más. El señor Watts se había casado bastante tarde y alrededor de un año después se había retirado. Le interesaban sobre todo las begonias de raíces tuberosas, y en la temporada recorría unas pocas millas hasta su club de *cricket* y veía los partidos los sábados por la tarde. Todas las mañanas desayunaba a las ocho, y todas las tardes tomaba el té a las siete; entretanto, el joven Roberts hacía todo lo que podía en la City y disfrutaba lo bastante con su trabajo. Al principio era tímido con las dos chicas; Justine era alegre y no podía evitar tener una voz de pavo; Helen era adorable. Las cosas continuaron muy agradables durante un año, o tal vez dieciocho meses, sobre las mismas bases: Justine era una gran bromista y Helen era adorable. El problema fue que Justine no creía ser una gran bromista.

Pues debe decirse que la estancia de Roberts con sus primos acabó desastrosamente. Tengo entendido que el joven y la silenciosa Helen fueron culpables de —digamos— amables indiscreciones, aunque sin graves consecuencias. Pero parece ser que Prima Justine, de ojos y pelo negro, hizo unos descubrimientos que la ofendieron cruelmente, y denunció a voces a los ofensores, con esa aguda voz suya, durante las horas muertas de una noche de Brondesbury, ante la enorme rabia y consternación de toda la casa. En realidad, alguien tenía que pagar el pato, y el señor Watts expulsó inmediatamente de la casa al joven Roberts. Y no cabe duda de que debería avergonzarse de sí mismo. Pero los jóvenes...

Poco más sucedió. El viejo Watts gritó furioso que contaría toda la historia al jefe de Roberts en la City; pero, pensándolo bien, se contuvo la lengua. Durante el resto de la noche, Roberts vagó por Londres, refrescándose de vez en cuando en puestos ambulantes de café. Cuando abrieron las tiendas, tomó un baño y se arregló, y fue a su oficina, radiante y puntualmente. Al mediodía, en la sala para fumadores en los bajos de la tienda de té, consultó con un compañero de oficina mientras jugaban al dominó, y decidió compartir unas habitaciones con él lejos del camino de Norwood. Desde entonces, la carrera de Roberts ha sido eminentemente sobria, sin incidentes, próspera.

Ahora, todo el mundo, supongo, se da cuenta de que en los últimos años el absurdo negocio de la interpretación de los sueños ha dejado de ser una broma para convertirse en una ciencia muy seria. La llaman «psicoanálisis», y es complicada. Yo diría que es una mezcla de una parte de sentido común y cien de puro disparate. De los sueños más simples y más obvios, el psicoanalista deduce las más incongruentes y extravagantes consecuencias. Un negro salvaje le cuenta que ha soñado que le perseguían leones, o quizás cocodrilos, y el psicoanalista sabe inmediatamente que el negro padece el complejo de Edipo. Es decir, está locamente enamorado de su propia madre, y teme, por tanto, la venganza de su padre. Todo el mundo sabe, por supuesto, que el «león» y el «cocodrilo» son símbolos del padre. Y tengo entendido que hay gente culta que se cree estas tonterías.

Es un completo disparate, por supuesto; el mayor de los disparates, ya que la

verdadera interpretación de muchos sueños —de cualquier modo no todos— apunta, puede decirse, en dirección contraria al método del psicoanálisis. El psicoanalista infiere lo monstruoso y lo anormal a partir de una insignificancia; con toda seguridad, a menudo se invierte el proceso. Si un hombre sueña haber cometido un vergonzoso pecado, con toda seguridad conjeturará que, por puro despiste, llevaba corbata roja, o botas marrones, con el traje de etiqueta. Una ligera discusión con el pastor puede llevarle en sueños a las garras de la Inquisición española, y al suplicio de la hoguera. Dejar de recibir cartas importantes en el buzón arruinará a veces un gran reino en el mundo de los sueños. Y aquí tenemos, no me cabe la menor duda, la explicación o parte de la explicación del caso Roberts. Sin duda había sido mal chico; en el fondo de su problema existía algo más que una fruslería. Pero su falta primera, por grave que nos pareciera, había crecido desmesuradamente en su oculta conciencia hasta convertirse en una monstruosa mitología del mal. Hace algún tiempo, un docto y extraño investigador demostró que Coleridge había tomado una escueta frase de un viejo cronista, convirtiéndola en el núcleo de *El Viejo Marino*. Con una vasta muestra de vitalidad había pescado inconscientemente en su red toda clase de criaturas procedentes de los cuatro mares de sus vastas lecturas: hasta que la escueta idea del viejo libro se transmutó brillantemente en una de las grandes obras maestras de la poesía universal. Roberts carecía de las facultades poéticas, del poder transformador de la imaginación, y de las dotes expresivas mediante las cuales el artista libera su alma de su carga. En él, como en muchos otros, había un profundo abismo entre la conciencia y el inconsciente, de manera que lo que no podía salir a la luz crecía y se inflamaba en la oscuridad secretamente, enormemente, terriblemente. Si Roberts hubiera sido un poeta o un pintor o un músico, podíamos haber obtenido una obra maestra. Como no era ninguna de esas cosas, tuvimos un monstruo. Y no me creo del todo que se viera afectado conscientemente por un profundo sentimiento de culpabilidad. Descubrí en el curso de mis investigaciones que, poco después de la huida de Brondesbury, Roberts se enteró de unos desgraciados incidentes de la saga de los Watts —si se nos permite este honorable término— que le convencieron de que existían circunstancias atenuantes en su delito, y excusas para su comportamiento. Había olvidado, sin duda, la realidad o la recordaba muy ligeramente, raramente, ocasionalmente, sin que ningún sentimiento de solemnidad o culpabilidad le atara a ella. Mientras tanto, todo el tiempo iba tomando forma secretamente en los recovecos de su alma un desfile de horrores. Y, finalmente, tras varios años de crecimiento y expansión en la oscuridad, el monstruo salió a la luz y, con tal violencia, que la víctima lo tomó por una entidad concreta y objetiva.

Y, en cierto sentido, había surgido de las aguas negras de la charca. Hace unos pocos días leía yo, en una reseña de un serio libro de psicología, las siguientes palabras tan sorprendentes:

«Las cosas que distinguimos como cualidades o valores son inherentes al verdadero entorno que configura nuestra respuesta sensorial a ellas. Existe algo parecido a un paisaje “triste”, incluso cuando los que lo

contemplamos somos joviales; y si creemos que es “triste” solamente porque le atribuimos una parte de nuestros propios recuerdos de la tristeza, el profesor Koffka nos da buenas razones para considerar esta opinión como superficial. Pues no se achacan atributos humanos a aquello que en el entorno solemos describir como “personajes exigentes”, más que dando reconocimiento apropiado al otro extremo de un vínculo, del cual solamente un extremo está organizado en nuestra propia mente».

La psicología, estoy seguro, es una ciencia difícil y sutil, que, tal vez por naturaleza, deba expresarse en una lengua difícil y sutil. Pero, en resumen, lo único que puedo deducir de este pasaje que he citado es que un paisaje, una cierta configuración de bosques, agua, cumbres y abismos, luces y sombras, flores y rocas, es, de hecho, una realidad objetiva, una cosa; lo mismo que el opio y el vino son cosas, no fantasías amazotadas, simples creaciones de nuestra simulación, a las que concedemos una especie de realidad y eficiencia espúreas. Los sueños de De Quincey eran una síntesis del propio De Quincey, *más* el opio; la desenfrenada alegría de Charles Surface y sus amigos era el producto y resultado del vino que habían bebido, *más* sus personalidades. Así, el profundo profesor Koffka —cuyo libro se titula *Principios de Psicología de la Forma*— insiste en que la «tristeza» que atribuimos a un paisaje concreto está realmente en el paisaje y no sólo en nosotros mismos; y, en consecuencia, que el paisaje puede afectarnos y actuar sobre nosotros, exactamente igual que las drogas, la comida y la bebida nos afectan cada una a su manera. Poe, que conocía muchos secretos, conocía también éste, y nos enseñó que la jardinería paisajista era tan artística como la poesía o la pintura, ya que sirve para difundir los misterios del espíritu humano.

Y quizás la señora Morgan de Lanypwll Farm se refería a todo esto en forma simbólica, cuando murmuró acerca de los niños de la charca. Pues si existe un paisaje de la tristeza, existe también, por supuesto, un paisaje del horror a las tinieblas y al mal; y ese abismo negro y grasiento, con su vegetación de hierbas fétidas y sus árboles muertos de ramas descortezadas, era, ciertamente, un potente foco de terror. Para Roberts era como una droga dura, una droga evocadora; el abismo negro de afuera llamando al abismo negro de adentro, y convocando a comparecer a los habitantes del mismo. No he tratado de sonsacarle a la señora Morgan la leyenda de aquel tenebroso lugar; supongo que ella no habría estado muy comunicativa si le hubiera preguntado. Pero me parece posible, e incluso probable, que Roberts no fuera el primero en experimentar el poder de la charca.

Las viejas historias a menudo resultan ser auténticas.

N

I

UN grupo de tres hombres, congregados en las dependencias de Perrott en una reunión poco corriente, hablaban de los viejos tiempos, las viejas costumbres y los cambios que habían acontecido en Londres en los últimos y enojosos años.

Uno de ellos, el más joven de los tres, un individuo de unos cincuenta y cinco años, había comenzado a decir:

—Conozco cada rincón de ese vecindario, y le digo que semejante lugar no existe.

Su nombre era Harliss y se suponía que tenía algo que ver con sustancias químicas, garrafas y cristales.

Los tres habían estado recordando numerosas vicisitudes de Londres, y debe advertirse que el más joven de la reunión, Harliss, podía acordarse muy bien del Strand tal como era antes de que lo estropearan completamente. En efecto, si no hubiese podido retroceder a los años de aquellos acontecimientos, es dudoso que Perrott le hubiera dejado participar en la reunión de Mitre Place, un callejón que de día servía de entrada a la posada y no tenía salida después de las nueve de la noche, cuando se cerraban las puertas de hierro y el pavimento permanecía en silencio. Las habitaciones estaban situadas en el segundo piso y desde las ventanas de la fachada podían verse los olmos del jardín de la posada, donde los grajos solían construir sus nidos antes de la guerra. En el interior, la amplia y baja estancia estaba completamente alfombrada de pared a pared; espesas cortinas carmesí ocultaban la noche invernal, en la que un viento cortante y seco arreciaba y gemía incluso en el corazón mismo de Londres. Los tres hombres se sentaron alrededor de un buen fuego, en una vieja chimenea de gran altura de boca, en una de cuyas jambas laterales una olla empezaba a borbotear. Los sillones en donde estaban los tres sentados eran como aquel sobre el que el señor Pickwick descansa para siempre en su frontispicio. La mesa redonda de caoba oscura se apoyaba en una sola pata, intensa y profusamente tallada, y Perrott decía que era de la época de Jorge IV, aunque el tercer contertulio, Arnold, consideraba que era más probable que fuera del tiempo de Guillermo IV, o incluso de los primeros años de Victoria.

Sobre la pared, empapelada en rojo oscuro, había grabados dieciochescos de las

catedrales de Durham y Peterborough, que venían a demostrar que, pese a Horace Walpole y su amigo el señor Gray, el siglo XVIII no supo dibujar un edificio gótico teniendo a la vista sus torres y tracerías: «porque no podían verlas», había insistido Arnold hacia el final de una noche, cuando los astros estaban muy adelantados en sus órbitas y el ponche de la jarra empezaba a espesar un poco sus sabores. Había en las paredes otros grabados de fecha posterior, cosas de los años treinta y cuarenta de artistas hoy olvidados aunque muy conocidos en su tiempo: paisajes del Valle del Usk, de la Montaña Sagrada^[11], y de Llanthony. Todos ellos con cierto encanto y belleza, como si sus colinas de redondeadas cumbres y sus solemnes bosques debieran más a la inspiración del artista que a la propia Naturaleza. Encima del hogar estaba *Bolton Abbey in the Olden Time*.

Perrott solía disculparse por eso.

—Ya sé —solía decir—. Lo sé todo acerca de él. Es un cerdo, y una cabra, y un perro, y un condenado disparate —citaba un cuento galés—, pero solía colgar encima del fuego en el comedor de mi casa. Y a menudo desearía haberme traído también *Te Deum Laudamus*.

—¿Qué es eso? —preguntó Harliss.

—¡Ah!, es usted demasiado joven para haberlo vivido. Representa a tres niños de coro con sobrepelliz; uno cantando desesperadamente y los otros dos mirando a su alrededor, sencillamente como dos niños de coro. Y siempre nos contaban que el niño fue colgado finalmente. El cuadro de al lado muestra a tres hospicianas, cantando también. Se llama *Te Dominum Confitemur*. Jamás supe su historia.

—Yo la conozco —se animó Harliss—. Tropecé con ambos en unas pensiones cerca de la estación de Brighton, el año de Mafeking^[12]. Y, uno o dos años más tarde, vi *Sherry, Sir* en un hotel de Tenby.

—La fruta de cera más hermosa que he conocido —intervino Arnold— la vi en un escaparate de King's Cross Road.

De esta manera solían divagar, más sobre lo anticuado que sobre lo antiguo. Y así, esta noche invernal de viento helado vagabundearon por las calles londinenses de hace cuarenta, cuarenta y cinco o cincuenta años.

Uno de ellos se extendió acerca de Bloomsbury, en la época en que se levantaron los tribunales de justicia y los porteros del Duque tenían garitas junto a las puertas, y todo era pacífico, por no decir profundamente monótono, dentro de aquellos solemnes límites. Aquí estaba la iglesia abovedada de una extraña secta, donde, según decían, mientras emanaba humo de incienso en un solemne ritual, se alzaba repentinamente una quejumbrosa voz que sonaba a conjuro mágico. Allí, otra iglesia, donde fue bautizada Cristina Rossetti; por todas partes, sombrías plazoletas por donde nadie paseaba y en las que las hojas de los árboles estaban ennegrecidas por el humo y el hollín.

—Recuerdo una primavera —dijo Arnold—, en que los árboles tenían el verde más vivo que jamás he visto. Fue en Bloomsbury Square. Hace mucho tiempo.

—Aquel maravilloso leoncito reposaba sobre postes de hierro frente al Museo Británico —dijo Perrott—. Creo que han conservado unos pocos, ocultos en museos. Esa es una de las razones por las que las calles se han vuelto más y más sombrías. Si hay algo curioso, algo hermoso en una calle, se lo llevan y lo ponen en un museo. Me pregunto qué habrá sido de aquella impar figurilla, creo que llevaba un sombrero de tres picos, que estaba junto a la puerta del reservado que había en el patio de la campana, en Holborn.

Bajaron por Fetter Lane y se lamentaron de la casa de Dryden —«creo que fue en 1887 cuando la derribaron»— y se demoraron en el antiguo emplazamiento de la Posada de Clifford —«en el siglo XVII se podía entrar»— y finalmente llegaron al Strand.

—Alguien ha dicho que era la calle más hermosa de Europa.

—Sí, sin duda, en cierto sentido. De ningún modo en el sentido obvio; no era *belle architecture de ville*. Era una mezcla de todas las épocas, todos los tamaños, alturas y estilos: un incomparable encanto de calle; un conjuro, lleno de palabras que nada quieren decir a los no iniciados.

Siguió una especie de letanía.

—The Shop of the Pale Puddings, donde el pequeño David Copperfield podría haber comprado su almuerzo.

—Estaba cerca de Bookseller's Row: viviendas del siglo XVI.

—Y de Chocolate as in Spain, frente a Charing Cross.

—Las oficinas del *Globe*, donde uno solía enviar sus primeros artículos.

—Los angostos callejones con escalones que descienden hasta el río.

—El aroma de la fabricación de jabón en la perfumería.

—La librería de Nutt, cerca de la carnicería de corderos galeses, donde se estrechaba la calle.

—Las oficinas del *Family Herald*, con una fotografía en el escaparate de una primitiva máquina de componer, en la que se muestra a un operario manejando un artefacto de largos brazos, que se ciernen sobre la caja.

—Y Garden House en medio del césped, en Clement's Inn.

—Y el parpadeo de aquellas viejas lámparas amarillas de gas, cuando el viento soplaba por la calle y la gente atestaba el pasaje que conducía al paraíso del Lyceum.

Uno de los amigos, al captar su oído una frase que otro había utilizado, empezó a susurrar versos a partir de «Oh, rechoncho maître del Cock».

—¡Cuántos cambios! —susurró Perrott. Y empezó a preparar el ponche, rallando lo primero de todo los terrones de azúcar contra los limones, extrayendo así las delicadas y aromáticas esencias de la cáscara de la fruta mediterránea. Sacaron varias sustancias de alacenas situadas en un rincón oscuro de la habitación: ron de la Jamaica Coffe House de la City, especias en cajas de porcelana azul, una o dos viejas botellas conteniendo esencias secretas. El agua comenzó a hervir, los ingredientes fueron espolvoreados y vertidos en la vasija marrón oscuro, la cual fue entonces

tapada y puesta a calentar en el hogar, en el centro del fuego.

—*Misce, fiat mistura* —dijo Harliss.

—Muy bien —contestó Arnold—. Pero recuerde que los verdaderos ingredientes del preparado son invisibles.

Nadie hizo caso de él ni de su alquimia. Y, tras la debida pausa, los vasos quedaron pendientes del fragante vapor de la vasija y luego los llenaron. Los tres se sentaron alrededor del fuego, bebiendo y sorbiendo con ánimos agradecidos.

II

HAY que hacer notar que los vasos en cuestión no contenían gran cantidad del licor caliente. Realmente eran lo que suele llamarse vasos altos; redondos y estrechados ligeramente en la parte central, pero comparativamente de poca capacidad. Por tanto, nada perjudicial para la claridad de aquellas venerables cabezas debe deducirse cuando decimos que, entre la tercera y la cuarta vez que se rellenaron los vasos, la conversación se apartó del centro de Londres y del perdido y amado Strand, y comenzó a internarse en territorios menos conocidos. Perrott empezó por rastrear un curioso pasaje que en cierta ocasión recorrió en dirección norte, esquivando los teatros Globe y Olympic en el sombrío laberinto de Clare Market, bajo arcadas y entre callejones, hasta llegar a Great Queen Street, cerca de la Taberna de Freemason y las pilastras rojas de Inigo Jones. Alguien reanudó la narración encaminándose a Holborn a través de Whetstone's Park, y tras extraviarse un poco para visitar Kingsgate Street —«igual que en la plancha de Phiz^[13]: sórdida, estrecha y deplorable; pero me gustaría que no la hubieran echado abajo»— finalmente llegó a Theobald's Road. Allí se demoraron un poco para examinar los aljibes de plomo curiosamente decorados que antes podían verse en los patios de algunas de las casas más antiguas, y también para especular acerca de la leyenda de una antigua posada porticada, utilizada ahora como almacén, que había sobrevivido hasta hace muy poco a espaldas de Tibbies Road, de donde le venía el apelativo. De allí fueron hacia el norte y hacia el este, más arriba de Gray's Inn Road, cruzando King's Cross Road y subiendo la colina.

—Y entonces —dijo Arnold— empezamos a hacer conjeturas. Habíamos dejado atrás el mundo conocido.

Realmente era él quien se encargaba ahora del grupo.

—¿Saben ustedes? —dijo Perrott—. Parece una tremenda tontería pero es cierto; al menos por lo que a mí se refiere. No creo haber ido nunca más allá de Holborn Town Hall como era usual, quiero decir paseando. Por supuesto he ido en cabriolé a la estación de ferrocarril de King's Cross, y una o dos veces al Military Tournament, cuando estaba en el Agricultural Hall, en Islington; pero no recuerdo cómo llegué hasta allí.

Harliss dijo que él había sido criado en el norte de Londres, pero mucho más al norte, cerca de Stoke Newington.

—Una vez conocí a un hombre —dijo Perrott— que sabía todo acerca de Stoke Newington; por lo menos debería haberlo sabido. Era un entusiasta de Poe y quiso averiguar si todavía permanecía en pie la escuela en donde Poe estuvo internado cuando niño. Fue allí una y otra vez. Y lo raro es que, pese a su interés por el asunto, no pareció enterarse si la escuela estaba todavía allí, o si la había visto. Hablaba de ciertas supervivencias de Stoke Newington que Poe indica en una o dos frases de *William Wilson*: el pueblo de ensueño, los nebulosos árboles, las tortuosas casas antiguas de ladrillo rojo, con sus jardines rodeados de altas tapias. Pero aunque confesó haber llegado incluso a entrevistarse con el vicario, y podía describir la vieja iglesia con ventanas abuhardilladas, nunca precisó si realmente había visto la escuela de Poe.

—Nunca oí hablar de ella cuando viví allí —dijo Harliss—. Pero yo procedía del mundo mercantil. Apenas chismorreamos de los escritores. Tengo la vaga idea de que una vez oí a alguien hablar de Poe como un notorio borracho, y eso es más o menos lo único que supe de él hasta mucho después.

—Es raro, pero ciertamente —intervino Arnold— existe una tendencia general a echar mano de lo accidental, ignorando lo esencial. Podemos ser bastante imprecisos acerca de las murallas triples o los vastos diseños de las pesadas líneas de defensa; pero, por lo menos, sabemos que el duque de Wellington tenía una nariz enorme. La recuerdo en las latas de pulimento para cubertería.

—Pero a aquel tipo del que hablaba —dijo Perrott, volviendo a su asunto— no pude entenderle. Se lo dije: «Seguramente sabe usted lo uno o lo otro; si aquella antigua escuela todavía está —o estaba— en pie o no; una u otra cosa vería o no; no puede haber ninguna duda al respecto». Pero no pudimos obtener una respuesta positiva o negativa. Confesó que era extraño. «Pero, palabra de honor que no lo sé. Fui una vez, hacia 1895, y luego otra vez en 1899, visitando en esta ocasión al vicario. Pero nunca he vuelto a ir desde entonces». Hablaba como alguien que habiendo penetrado en la niebla no puede hablar con certeza de las formas que ha visto.

—Y a propósito, mucho después de mi conversación con Hare —el hombre interesado en Poe—, un lejano primo mío vino a la ciudad a ocuparse de los asuntos de una anciana tía suya que había pasado toda su vida cerca de Stoke Newington y acababa de morir. Una tarde vino a visitarme —hacía muchos años que no nos

veíamos— y me comentaba, bastante sinceramente, estoy seguro, lo poco que los londinenses medios conocían de Londres cuando los sacas de su camino habitual. «Por ejemplo», me dijo, «¿ha estado usted alguna vez en Stoke Newington?». Confesé que no había estado, que nunca tuve motivo alguno para ir allá. «Precisamente; y supongo que ni siquiera ha oído hablar de Canon's Park». De nuevo confesé mi ignorancia. Él me dijo que era extraordinario que un lugar tan hermoso como ése, a sólo cuatro o cinco millas del centro de Londres, fuera absolutamente desconocido para nueve de cada diez londinenses.

—Conozco cada rincón de ese barrio —intervino Harliss—. Allí nací y viví hasta que cumplí los dieciséis años. No existe un lugar semejante en las cercanías de Stoke Newington.

—Pero escuche, Harliss —dijo Arnold—. No creo que sea usted realmente una autoridad en la materia.

—¿Ni aún habiendo conocido al dedillo el lugar durante dieciséis años? Además, posteriormente representé a Crosbies en aquel distrito, poco después de meterme en negocios.

—Sí, por supuesto. Pero supongo que también conocerá bastante bien el Haymarket, ¿no es así?

—Por supuesto que sí; por negocios y por placer. Todo el mundo conoce el Haymarket.

—Muy bien. Entonces dígame cómo se va al St. James Market.

—No existe tal mercado.

—Le creemos —dijo Arnold, con afable regocijo—. Literalmente está usted en lo cierto: creo que en la actualidad lo han derribado. Pero se mantenía en pie durante la guerra: un pequeño espacio abierto rodeado de edificios antiguos y bajos, a tiro de piedra de la parte trasera de la estación de metro. Bajando el Haymarket, había que torcer a la derecha.

—Estoy de acuerdo —confirmó Perrott—. Fui allí, una vez solamente, por razones profesionales relacionadas con una extraña revista que se editaba en uno de aquellos edificios bajos. Pero yo me refería a Canon's Park, en Stoke Newington.

—Discúlpeme —dijo Harliss—. Ahora lo recuerdo. Existe una zona en Stoke Newington, o cerca, llamada Canon's Park. Pero no se trata, en absoluto, de un parque; no parece un parque. Es solamente un nombre que le puso el constructor. Sólo es un conjunto de calles. Creo que hay un Canon Square, un Park Crescent, y una Explanade; hay algunas tiendas decorosas, pero todo es bastante corriente; nada es hermoso allí.

—Pues mi primo me dijo que era un lugar asombroso. Nada parecido a los parques usuales de Londres o a cualquiera otra cosa por el estilo que él hubiera visto en el extranjero. Se entraba a través de una verja, y mi primo dice que era como encontrarse en otro país. Semejantes árboles debían de haberlos traído de los confines del mundo: en Inglaterra no había ninguno que se les pareciera, aunque uno o dos le

recordaban a los árboles de Kew Gardens. Profundas depresiones surcadas por corrientes procedentes de las rocas: césped púrpura y oro con flores, y también lirios amarillos, que ascienden a los árboles y se mezclan con el carmesí de las flores que cuelgan de las ramas. Y aquí y allá, pequeños cenadores y templos, brillando al sol, como en una vista de China, según él.

Harliss no dejó de responder.

—Le digo que semejante lugar no existe.

Y añadió:

—Y, de cualquier manera, todo parece un poco demasiado florido. Quizás su primo fuera el tipo de persona dispuesto a entusiasmarse con una mata de diente de león en un huerto. Un amigo mío me envió una vez un telegrama: «Ven en seguida / Muy importante / Nos vemos en la estación St. John's Wood». Desde luego fui, pensando que debía tratarse de algo verdaderamente importante; y lo que quería era mostrarme el jardín de una casa que se alquilaba en Grove End Road, que era una explosión de diente de león.

—Y una vista muy hermosa —dijo Arnold, con fervor.

—Era una vista estupenda; pero no justificaba que por ella se telegrafiara a nadie. Y supongo que ahí está el misterio de todas esas cosas que le contó su primo, Perrott. Había uno o dos jardines grandes y bien cuidados en Stoke Newington; imagino que él se paseó sin querer por uno de ellos, y quedó entusiasmado con lo que vio.

—Es posible, por supuesto —dijo Perrott—, pero por regla general no era ese tipo de hombre. Tenía una granja experimental, no lejos de Wells, donde cultivaba nuevas modalidades de trigo y mejoraba los pastos. He oído decir que le consideraban pesado, aunque yo siempre le encontré agradable cuando nos veíamos.

—Bien, le he dicho que no existe lugar semejante en Stoke Newington o en sus cercanías. En ese caso, tendría que conocerlo.

—¿Y qué me dice del St. James Market? —preguntó Arnold.

Entonces «dejaron las cosas así». Realmente, durante algún tiempo habían tenido la sensación de haberse alejado demasiado de su mundo conocido, y de los acogedores fuegos de las tabernas del Strand, penetrando en la salvaje tierra de nadie del norte. A Harliss, por supuesto, aquellos parajes le habían sido alguna vez familiares, vulgares y faltos de interés: no podía volver a ellos en una conversación, rebosante de emoción. Para los otros dos eran hostiles y remotos, como una disertación sobre exploraciones árticas o tierras de tinieblas perpetuas.

Regresaron con alivio a sus terrenos de caza habituales, y asistieron a teatros que habían sido derribados hacía treinta y cinco años o más, y más tarde tomaron bistecs y cerveza fuerte en el compartimento junto al fuego, ese fuego que finalmente había sido apagado poco después de que se abriera el nuevo palacio de justicia.

III

Así, por lo menos, pareció en su momento; pero había algo en la historia de ese parque suburbano que se le quedó grabado a Arnold y que le perseguía, remitiéndole finalmente al remoto norte del relato. Mientras reflexionaba sobre esta vaga atracción, se topó casualmente con un ajado libro marrón en su desordenada estantería; un libro adquirido en un puesto ambulante de Farrington Street, donde fue encontrado el manuscrito de *Centuries of Meditations* de Traherne. Hasta entonces, Arnold apenas lo había hojeado. Se llamaba *A London Walk: Meditations in the Streets of the Metropolis*. Su autor era el reverendo Thomas Hampole y el libro estaba fechado en 1853. En su mayor parte trataba de reflexiones morales y obvias, como puede esperarse de un piadoso y afable clérigo de su tiempo. En pleno siglo XIX, el entusiasmo por moralizar que floreció en tiempos de Addison, Pope y Johnson —quien popularizó el *Rambler*^[14] y enriqueció a los editores de sermones— tenía todavía bastante vigencia. A la gente le gustaba ser advertida acerca de las consecuencias de sus actos, tomar lecciones de puntualidad, aprender la importancia de las cosas pequeñas, oír sermones a las piedras, e instruirse en el hecho de que se pueden sacar reflexiones lóbregas de casi todo.

Así pues, el reverendo Thomas Hampole acechaba las calles de Londres desde un punto de vista moral y admonitorio: veía Regent Street en su primitivo esplendor y recordaba las ruinas de la poderosa Roma, sermoneaba acerca de la soledad en medio de la multitud mientras contemplaba lo que él llamaba las hormigueantes miríadas, y permitía que una desolada casa medio en ruinas «en Chancery» le evocara las felices fiestas navideñas de que hace tiempo disfrutaron irreflexivamente tras las desmoronadas paredes y rotas ventanas.

Pero, de vez en cuando, el señor Hampole se mostraba menos evidente, y posiblemente más provechoso en realidad. Por ejemplo, hay un pasaje —ya citado, según creo, por algunos autores modernos— que me parece bastante curioso.

«¿Alguna vez has tenido la fortuna, atento lector [preguntaba el señor Hampole], de levantarte muy de madrugada un día de verano, aun antes de que los radiantes rayos del sol hubieran hecho algo más que acariciar con su luz las cúpulas y chapiteles de la gran ciudad?... Si has tenido esa suerte, ¿no has observado que aparentemente han estado actuando ciertos poderes mágicos? La escena acostumbrada ha perdido su apariencia familiar. Las casas con las que te has cruzado a diario, posiblemente durante años, cuando salías por razones profesionales o por placer, ahora parece como si las percibieras por vez primera. Han experimentado un misterioso cambio, *hacia algo espléndido y extraño*. Aunque es posible que hayan sido diseñadas sin emplear apenas el arte de la arquitectura... sin embargo uno está dispuesto a admitir que ahora “se alzan gloriosas y brillan como astros, ornadas de una luminosa serenidad”. Se han convertido en mágicas habitaciones, excelsas moradas, más atractivas a la vista que la fabulosa cúpula del placer del potentado oriental, o el enojado palacio construido por el Genio para Aladino en el cuento árabe».

Continúa en este estilo, y luego, cuando era de esperar la obvia advertencia contra nuestra excesiva fe en las apariencias, al mismo tiempo transitorias e ilusorias, surge

un pasaje muy poco corriente.

«Algunos han declarado que es una opción completamente nuestra el contemplar continuamente un mundo igual de prodigioso y bello o incluso más. Dicen éstos que los experimentos de los alquimistas de la Edad de las Tinieblas... están, de hecho, relacionados no con la transmutación de los metales, sino con la transmutación del universo entero... Este método, o arte, o ciencia, o como queramos llamarlo (suponiendo que exista, o haya existido alguna vez), se preocupa simplemente de restablecer los encantos del Paraíso original; de permitir a los hombres, si ésta es su voluntad, que habiten un mundo de júbilo y esplendor. Es posible tal vez que exista semejante experimento, y que algunos lo hayan llevado a cabo».

El lector era remitido a una nota —de las varias— al final del volumen, y Arnold, muy interesado ya por esta inesperada vena del reverendo Thomas, la consultó. Y de esta manera rezaba:

«Soy consciente de que esas especulaciones pueden parecer al lector a la vez singulares y (tal vez puedo añadir) quiméricas; y, por supuesto, puedo haber sido algo precipitado e imprudente al consignarlas a la página impresa. Si he obrado mal, espero ser perdonado; y, por supuesto, estoy lejos de aconsejar a cualquiera que pueda leer estas líneas que se embarque en el dudoso y difícil experimento que ellas bosquejan. Sin embargo, nos vemos obligados a buscar la verdad: *veritas contra mundum*.

Me afirmo en la creencia de que existe al menos algún fundamento para las extrañas teorías que he insinuado, por una experiencia que aconteció en los primeros días de mi ministerio. Poco después de la terminación de mi primera coadjutoría, y tras ser admitido en la orden sacerdotal, pasé algunos meses en Londres, viviendo con unos parientes en Kensington. Estaba al corriente de que un amigo del colegio, al cual llamaré reverendo señor S., era coadjutor de un suburbio al norte de Londres, S. N. Le escribí, y después le visité en su alojamiento por invitación suya. Encontré a S. algo perturbado. Padecía, al parecer, una afección pulmonar, y su asesor médico insistía en que abandonara Londres por algún tiempo y pasara los cuatro meses del invierno en el clima más suave de Devonshire. A menos que hiciera esto, declaró el doctor, las consecuencias para la salud de mi amigo podían ser muy graves. S. estaba muy dispuesto a dejarse guiar por el consejo y, por supuesto, ansioso de seguirlo; pero, por otra parte, no quería renunciar a su coadjutoría, en la que, como él decía, era al mismo tiempo feliz y, eso confiaba, útil. Al oír esto, le ofrecí en seguida mis servicios, diciéndole que si su vicario lo aprobaba, me encantaría servirle de algo hasta finales del próximo marzo; o incluso después, si los médicos consideraban aconsejable una larga estancia en el sur. S. no cabía en sí de contento. En seguida me llevó a ver al vicario; hechos los oportunos trámites, comencé mis obligaciones temporales al cabo de dos semanas.

»Fue durante este breve ministerio en las cercanías de Londres cuando conocí a una persona muy particular, a la que llamaré Glanville. Estaba habitualmente a nuestro servicio y, en el transcurso de mi quehacer, recurrí a él, y le expresé mi satisfacción por su manifiesto apego a la liturgia de la Iglesia de Inglaterra. Respondió con la debida cortesía, rogándome que me sentara y compartiera con él una taza de cordial, y pronto nos enzarzamos en una conversación. Al principio de nuestra relación descubrí que estaba versado en los ensueños del teosofista alemán Behmen, y en las más recientes obras de su discípulo inglés William Law; y tuve claro que miraba con simpatía esos laberintos de la teología mística. Era un hombre de mediana edad, reservado, y de complexión morena; y su rostro se iluminaba de manera impresionante cuando discutía las especulaciones que durante muchos años habían ocupado manifiestamente sus pensamientos. Basadas en las doctrinas (si podemos llamarlas así) de Law y Behmen, estas teorías me parecieron de una índole sumamente fantástica, incluso diría yo fabulosa, pero confieso que las escuché con un considerable grado de interés, aunque era evidente que como ministro de la Iglesia de Inglaterra estaba yo lejos de aceptar libremente las proposiciones que me presentaba. Es verdad que no se oponían manifiestamente a las creencias ortodoxas, pero eran ciertamente extrañas, y como tales; las recibí con saludable cautela. Como ejemplo de las ideas que acosan a una mente ingeniosa y, si se me permite, devota, puedo mencionar que el señor Glanville insistía a menudo en la importancia, por lo general no reconocida, de la Caída del Hombre.

»—Cuando un hombre cede —decía— a las misteriosas tentaciones insinuadas en el lenguaje figurativo de las Sagradas Escrituras, el universo, originariamente fluido y al servicio de su espíritu, se torna sólido, y se derrumba con gran estrépito sobre él, aplastándolo bajo su peso y su masa inerte.

»Le pedí que me proporcionara más luz acerca de esta extraordinaria creencia; y descubrí que su idea original, que ahora nosotros consideramos obstinada, era utilizar su singular fraseología, el Caos Celestial, una sustancia blanda y dúctil, que puede ser moldeada por la imaginación del hombre incorrupto hasta asumir cualquier forma

que él elija.

»—Por extraño que pueda parecer —añadió—, las delirantes invenciones (así las consideramos nosotros) de los cuentos de *Las mil y una noches* nos proporcionan algún indicio acerca de los poderes del *homo protoplastus*. La ciudad próspera se convierte en un lago, la alfombra nos transporta en una fracción de tiempo, o más bien atemporal, de un confín al otro del mundo, el palacio surge de la nada con sólo pronunciar una palabra. A todo esto lo llamamos magia, mientras ridiculizamos la posibilidad de semejantes proezas; pero esta magia oriental no es sino un confuso y fragmentario reflejo de otras actividades que formaron parte de la naturaleza primigenia del hombre, y del *fiat* que entonces le fue confiado.

»Como he señalado, escuché con cierto interés estas y otras similares exposiciones de las extraordinarias creencias del señor Gian ville. No podía dejar de pensar que semejantes opiniones estaban en muchos aspectos más de acuerdo con la doctrina que yo me había comprometido a comentar que muchas de las enseñanzas de los filósofos actuales, que parecen exaltar el racionalismo a expensas de la Razón, tal como nos muestra Coleridge a esta divina facultad. Sin embargo, cuando asentí, dejé claro a Glanville que mi asentimiento estaba restringido por mi firme adhesión a los principios que solemnemente había profesado al ordenarme.

»Pasaron los meses en el tranquilo cumplimiento de los deberes pastorales propios de mi oficio. A comienzos de marzo recibí una carta de mi amigo el señor S., en la que me informaba que el aire de Torquay le había beneficiado enormemente, y que su consejero médico le había asegurado que no debía titubear más en reasumir sus obligaciones en Londres. Por consiguiente, S. se proponía volver en seguida y, tras expresarme afectuosamente su agradecimiento por mi excepcional amabilidad, así la llamó, me anunció su deseo de cumplir con su deber en los servicios eclesiales del próximo domingo. En consecuencia, visité por última vez a aquellos feligreses con los que más particularmente me había tratado, reservando mi visita al señor Glanville para el último día de mi estancia en S. N. Sentía, creo yo, enterarse de mi inminente partida, y me dijo que siempre recordaría con sumo placer nuestros intercambios de impresiones.

»—Yo también abandono S. N. —añadió—. A comienzos de la próxima semana embarco para Oriente, donde mi estancia puede prolongarse durante mucho tiempo.

»Tras expresarnos cortésmente nuestro mutuo pesar, me levanté de la silla y ya iba a despedirme cuando noté que Glanville me observaba con una extraña mirada fija.

»—Un momento —dijo, atrayéndome a la ventana en donde estaba—. Quiero mostrarle el panorama. No creo que lo haya visto nunca.

»La sugerencia me pareció rara, por no decir otra cosa peor. Por supuesto conocía la calle en donde residía Glanville, como la mayoría de las calles de S. N.; y, por su parte, él debía ser bastante consciente de que ninguna perspectiva que me pudiera brindar su ventana podría mostrarme nada que no hubiera visto muchas veces a lo largo de mis cuatro meses de estancia en la parroquia. Además, las calles de nuestros suburbios londinenses no suelen ofrecer espectáculos que atraigan a los aficionados al paisajismo y al tipismo. Dudaba entre acceder al ruego de Glanville, o tomarlo en broma, cuando se me ocurrió que era posible que el piso de altura de su ventana pudiera proporcionar una vista lejana de la catedral de St. Paul. En consecuencia, me acerqué a él y esperé que me señalara la vista que, presumiblemente, deseaba que admirase.

»Sus rasgos mostraban todavía la extraña expresión que ya he comentado.

»—Ahora —dijo—, asómese y dígame lo que ve.

»Todavía perplejo, miré a través de la ventana y vi exactamente lo que esperaba ver: una *terrace* o hilera de edificios diseñados con gusto, separados de la vía pública por un parterre o jardín en miniatura, adornado con árboles y arbustos. La calle que cruzaba a la derecha de la *terrace* ofrecía una perspectiva de calles y *crescents*^[15] de construcción más reciente y de cierta elegancia. Sin embargo, en toda aquella escena conocida no vi nada que justificara ninguna atención especial; y se lo dije a Glanville de una manera más o menos jocosa.

»A manera de respuesta, me tocó en el hombro con la yema de los dedos y dijo:

»—Mire de nuevo.

»Eso hice. Por un momento, mi corazón se paralizó y respiré con dificultad. Ante mí, en lugar de los edificios conocidos, aparecía un panorama de fantástica y asombrosa belleza. En profundas hondonadas, ocultas entre las ramas de grandes árboles, prosperaban ciertas flores que sólo pueden aparecer en sueños; de un color púrpura tan subido que todavía parecían brillar cual piedras preciosas con un resplandor oculto pero omnipresente. Rosas cuyos colores eclipsaban a cualquier otro que pueda verse en nuestros jardines, altos lirios rebosantes de luz, y capullos como el oro batido. Contemplé sombreados paseos que descendían hasta las verdes hondonadas bordeadas de tomillo; y aquí y allá la herbácea eminencia de arriba, y el burbujeante manantial de abajo, estaban coronados por una arquitectura de fantástica e insólita belleza, que parecía remitir al mismísimo país de las hadas. Casi podría decir que mi alma estaba embelesada con el espectáculo desplegado ante mí. Estaba poseído por un tipo de éxtasis y deleite como nunca había experimentado antes. Un sentimiento de beatitud impregnaba todo mi ser; mi dicha era tan grande que no podía expresarla con palabras. Lancé un inarticulado grito de júbilo y de

admiración. Y entonces, bajo la influencia de una súbita reacción de miedo, que incluso ahora no puedo explicar, me alejé precipitadamente de la habitación y de la casa, sin hacer ningún comentario ni despedirme del extraordinario hombre que había hecho yo no sabía bien qué.

»Salí a la calle en medio de una gran inquietud y confusión mental. Ni que decir tiene que no había ningún indicio de la fantasmagoría que me había sido mostrada. La familiar calle había recuperado su aspecto usual, la *terrace* permanecía como siempre la había visto, y más allá los nuevos edificios, donde había visto aquellas deliciosas hondonadas y aquellas gloriosas flores, conservaban como antes su pulcro aunque modesto orden. Donde yo había visto valles escondidos entre el verde follaje, ondeando suavemente al sol bajo la brisa estival, no había ahora más que ramas peladas y ennegrecidas, que a duras penas mostraban algún brote. Como he mencionado, estábamos a comienzos de marzo, y una negra escarcha que había caído en los últimos diez o quince días constreñía todavía la tierra y su vegetación.

»Me fui apresuradamente a mis aposentos que estaban a cierta distancia de la residencia de Glanville. Me alegraba sinceramente el pensar que abandonaría la vecindad al día siguiente. Puedo decir que hasta el presente nunca he vuelto a visitar S. N.

»Unos meses más tarde encontré a mi amigo el señor S. y, so pretexto de interesarme por los asuntos de la parroquia que todavía atendía, pregunté por Glanville al que, dije, había conocido. Al parecer había cumplido su intención de abandonar la vecindad a los pocos días de mi propia partida. No había confiado a nadie de la parroquia ni su destino ni sus planes para el futuro.

»—Le conocí muy poco —dijo S.—, y no creo que hiciera ninguna amistad en la localidad, aunque residió en S. N. más de cinco años.

»Han pasado unos quince años desde que me acaeciera esta experiencia tan extraña, y durante ese tiempo no he oído nada de Glanville. Ignoro completamente si todavía vive en el lejano Oriente, o si ha muerto».

IV

EN términos generales Arnold estaba considerado como un hombre perezoso y, como él mismo decía, apenas conocía por dentro una oficina. Pero era laborioso en su ociosidad, y siempre estaba dispuesto a esmerarse en todo aquello que le interesaba. Y estaba muy interesado en este asunto de Canon's Park. Estaba seguro de que existía alguna relación entre la extraña historia del señor Hampole —«más que extraña», pensaba él— y la experiencia del primo de Perrott, el plantador de trigo de la parte oeste del país. Se dirigió a Stoke Newington, y lo recorrió de una parte a otra, mirando a su alrededor con ojos inquisitivos. Encontró sin ningún problema Canon's Park, o lo que quedaba de él. Era tan bonito como Harliss lo había descrito: un barrio trazado en los años veinte o treinta del siglo pasado para ciudadanos de decentes hasta aceptables ingresos.

Algunas de estas casas seguían en pie y todavía sobrevivía una atractiva hilera de anticuadas tiendas. En un sitio había un modesto chalet de diseño georgiano tardío o Victoriano temprano, con su porche emparrado de un descolorido azul verdoso, su balcón de hierro modelado, nada desagradable, su jardincillo delantero y su huerto

cercado por una tapia en la parte de atrás, un pequeño cobertizo y un pequeño establo. En otro lugar, algo más exuberante y de escala mucho mayor, ambiciosas pilastras y estuco, bastante césped y amplios caminos privados, colosales arbustos, y hierba en el solar trasero. Pero el modernismo había iniciado su ataque en todo el conjunto. Las grandes casas que quedaban se habían convertido en casitas, y las pequeñas estaban ajadas, ya no eran objeto de adoración; y por todas partes había bloques de pisos de inmundo ladrillo rojo, como si se tratara de un proyecto de cárcel moderna elaborado por el señor Pecksniff bajo indicaciones de la señora Todgers^[16]. Frente a Canon's Parks, ocupando el solar en que debió ubicarse la casa del señor Glanville, había un instituto laboral y una facultad de económicas. Ambos edificios helaban la sangre: por su utilidad y su arquitectura. Parecía como si los peores sueños del señor H. G. Wells se hubieran hecho realidad.

En ninguno de ellos, fuera moderadamente antiguo o totalmente moderno, pudo encontrar Arnold nada que le sirviera. En la época de la que escribió el señor Hampole, Canon's Park debió haber sido medianamente agradable; ahora era inadmisiblemente desagradable. Pero, en el mejor de los casos, no pudo haber nada en su aspecto que sugiriera la maravillosa visión que el clérigo creyó ver desde la ventana de Glanville. Y los jardines suburbanos, aunque bien conservados, no podían explicar los entusiasmos del granjero. Arnold repitió las palabras sagradas de la fórmula explicativa: telepatía, alucinación, hipnotismo; pero apenas se sintió más cómodo. El hipnotismo, por ejemplo, fue usado comúnmente para explicar el truco de la cuerda india. Pero no existía semejante truco, y, en cualquier caso, el hipnotismo no podía explicar aquella o cualquiera otra maravilla contemplada a la vez por un grupo de personas, ya que sólo puede aplicarse a individuos, y ello con su total conocimiento, consentimiento y atención consciente. Podía haber habido telepatía entre Glanville y Hampole; pero ¿dónde recibió el primo de Perrott la impresión no sólo de haber visto una especie de Kubla Khan, o Viejo de la Montaña^[17], sino incluso de haberse paseado? Podía decirse que la S. P. R.^[18] había descubierto la telepatía y había dedicado gran parte de sus energías durante los últimos cuarenta y cinco o más años a la realización de una minuciosa y completa investigación en torno a ella; pero, a su entender, en los casos recogidos no quedaba constancia de nada tan elaborado como este asunto de Canon's Park. Y, por otra parte, hasta donde él podía recordar, las apariencias atribuidas a la mediación telepática eran siempre individuales; visiones de gente, no de lugares: no existían paisajes telepáticos. Y en cuanto a la alucinación, eso no nos llevaría muy lejos. Exponía los hechos, pero no ofrecía explicación de ellos. Arnold había padecido trastornos hepáticos: una mañana había bajado a desayunar y le había molestado ver el aire lleno de motas negras. Aunque no olfateó el nauseabundo olor de una humeante chimenea, en principio podía estar seguro de que la chimenea había estado echando humo, o que las motas negras eran hollín flotante. Pasó algún tiempo antes de que se diera cuenta de que, objetivamente, no había motas negras, que se trataba de ilusiones ópticas, que había

sufrido una alucinación. Sin duda, el vicario y el granjero habían sufrido una alucinación, pero había que buscar la causa, la fuerza motriz. Dickens nos contó que al despertar una mañana vio a su padre sentado a su cabecera, y se preguntó qué estaba haciendo allí. Se dirigió al anciano y al no obtener respuesta, alargó la mano para tocarle: no había nadie. Dickens había sufrido una alucinación; pero ya que en aquella época su padre se encontraba perfectamente bien y libre de dificultades, el misterio permanece insoluble, inexplicable. Debía admitirse, aunque no existiera razón alguna para ello. Era un enigma que había que dejar por imposible.

Pero a Arnold no le gustaba dejar los enigmas por imposibles. Recorrió todos los escondrijos de Stoke Newington y se metió en *pubs* de aspecto prometedor, esperando encontrar viejos charlatanes que pudieran recordar y repetir historias de sus padres. Encontró unos pocos, pues aunque Londres ha sido siempre un lugar de tribus inquietas y nómadas, y de poblaciones cambiantes, y ahora más que nunca, todavía conserva en muchos lugares, y sobre todo en los más remotos suburbios del norte, un elemento conocido y fijo cuya memoria puede remontarse a cien o incluso ciento cincuenta años. Así es que encontró en una venerable taberna —sería ofensivo y engañoso llamarla *pub*— en los márgenes de Canon's Park una tertulia de amigos que se reunían una o dos horas por las noches en un confortable, aunque sórdido, reservado. Bebían poco y despacio, y se iban pronto a casa. Eran pequeños tenderos de la vecindad, y hablaban de su negocio y de los cambios que habían contemplado: la maldición de las sucursales, el pésimo género que se vendía en ellas, y la reducción de los precios y las ganancias. Arnold se introdujo cautelosa y gradualmente en la conversación, después de una o dos visitas —«Bien, señor, le estoy muy agradecido y no quiero negarme»—, y dijo que pensaba establecerse en el vecindario, pues le parecía tranquilo.

—Mis mejores deseos, por supuesto. ¿Tranquilo Stoke Newington? Bueno, lo fue una vez; pero ahora no lo es mucho. Ahora todo es orgullo, vestimenta y bullicio; y la gente que tenía dinero y se lo gastaba, hace tiempo que se ha ido.

—¿Hubo aquí gente acaudalada? —preguntó Arnold cautelosamente, tanteando el terreno poco a poco.

—La hubo, se lo aseguro. Mi padre solía llamarles hombres solventes o ricos. Estaba el señor Tredegar, director del Banco Tredegar, que se había fusionado con el City and National hacía muchos años, más cerca de cincuenta que de cuarenta, supongo. Era un perfecto caballero y cultivaba piñas tropicales. Recuerdo que nos mandó una cuando mi esposa estuvo enferma un verano. Ahora no se pueden encontrar piñas como aquélla.

—Tiene usted razón, señor Reynolds, toda la razón. Suelo vender lo que llaman piñas, pero yo mismo no las tomaría. Sin aroma, ni sabor, duras y estropajosas; no se puede comparar una manzana silvestre con una reineta de Cox.

Esta declaración obtuvo un asentimiento general y Arnold pensó que el suyo iba a ser un trabajo lento.

E incluso cuando llegó a lo que le interesaba, no consiguió gran cosa.

Dijo que tenía entendido que Canon's Park era un paraje tranquilo, alejado del tránsito principal.

—Bueno, algo de eso hay —dijo el anciano que había aceptado la media pinta—. No encontrará mucho tráfico allí, es cierto: ni tranvías ni autobuses ni autocares. Pero lo han destrozado todo, construyendo nuevos bloques de viviendas cada dos por tres. Por supuesto, esto puede interesarle. Estos pisos son, sin duda, muy populares, y muy económicos, según me han dicho. Pero yo he preferido siempre una casa propia, mía.

—Le contaré a usted de qué forma es económico uno de estos pisos —dijo el verdulero con una risita preliminar—. Si a usted le gusta la radio, puede ahorrarse el precio del aparato y el permiso. Oirá la radio en el piso de arriba, en el piso de abajo, y en uno o dos más, cuando tengan abiertas las ventanas en las noches de verano.

—Muy cierto, señor Batts, muy cierto. Sin embargo, debo decir que yo también soy partidario de la radio. Me encanta oír una melodía alegre, ya sabe usted, a la hora del té.

—No me diga usted, señor Potter, que le gusta esa cosa horrible que llaman *jazz*.

—Bueno, señor Dickson, debo confesarlo... —y así sucesivamente.

Era evidente que incluso allí había modernistas. Arnold creyó oír el término «hot blues» claramente pronunciado. Obligó a aceptar otra media pinta a su vecino, que resultó ser el señor Reynolds, el químico farmacéutico, y probó de nuevo.

—Así es que usted recomendaría Canon's Park como una residencia conveniente.

—Bueno, no señor; no a un caballero que quiera tranquilidad, no lo haría. No se puede estar tranquilo en un sitio que derriban ante sus propios ojos, como podría decirse. Desde luego, era bastante tranquilo en tiempos pasados. ¿Está de acuerdo, señor Batts? —dijo, interrumpiendo la discusión musical—. Canon's Park era bastante tranquilo en nuestros años mozos, ¿no es cierto? Entonces le habría agradado a este caballero, estoy seguro.

—Tal vez —dijo el señor Batts—. Tal vez sí, tal vez no. Hay tranquilidad y tranquilidad.

Una cierta calma se abatió sobre el reducido grupo de ancianos. Parecían rumiar, beber su cerveza a sorbos muy cortos.

—Siempre hubo algo en ese lugar que no me gustó del todo —dijo al fin uno de ellos—. Pero, por supuesto, no sé por qué.

—¿No existió en ese lugar, hace mucho tiempo, cierta historia acerca de un asesino? ¿O fue un hombre que se suicidó y fue enterrado en un cruce de caminos con una estaca atravesándole el corazón?

—Nunca oí hablar de eso, pero he oído decir a mi padre que antiguamente hubo en ese lugar bastante agitación.

—Creo, caballero, que anda usted bastante desencaminado, si me permite el atrevimiento —dijo el más anciano que, sentado en un rincón, había hablado muy poco hasta entonces—. Yo no diría que Canon's Park tenía mala reputación, ni mucho

menos. Pero, naturalmente, sucedió algo allí que a mucha gente no le gustó; lo evitó, podría decirse. Y estoy convencido de que todo fue a causa del manicomio que allí existió hace algún tiempo.

—¿Había allí un manicomio? —preguntó el peculiar amigo de Arnold—. Bien, creo recordar haber oído algo por el estilo en mi infancia, ahora que usted recuerda las circunstancias. Sé que de niños no nos atrevíamos a atravesar Canon's Park después de anochecer. Mi padre solía mandarme de vez en cuando a hacer recados en aquella dirección, y siempre que pude hice que otro niño viniera conmigo. Pero no recuerdo que a ninguno de los dos nos asustaran especialmente los locos. En realidad, ahora que me pongo a pensar en ello, difícilmente sabría decir de qué teníamos miedo.

—Bien, señor Reynolds, eso fue hace mucho tiempo; pero creo de veras que fue aquel manicomio lo que, en primer lugar, alejó a la gente de Canon's Park. ¿Sabe usted dónde estuvo situado?

—No podría decirlo.

—Bien, fue en aquel caserón a la derecha, en medio del parque, que ha estado vacío durante años y años, cuarenta años me atrevería a decir, hasta convertirse en ruinas.

—¿Quieres decir el sitio que ahora ocupa la Empress Mansion? ¡Oh!, sí, desde luego. Lo derribaron hace más de veinte años, y el solar permaneció vacío durante toda la guerra y mucho tiempo después. Era un lugar deprimente; lo recuerdo bien: la hierba creciendo entre los guardavientos de las chimeneas, y las ventanas rotas, y las tablillas con la inscripción «Se alquila» cubiertas de enredaderas. ¿Fue aquella casa un manicomio en sus tiempos?

—Fue la misma casa, señor. La llamaban Himalaya House. En un principio la construyó sobre una antigua granja un rico caballero de la India, y cuando éste murió sin descendencia sus parientes vendieron la propiedad a un médico. Él la convirtió en manicomio. Y, como iba diciendo, creo que a la gente no le gustó demasiado la idea. Ya sabe usted, aquellos lugares no tenían entonces tan buen aspecto como, según dicen, ahora lo tienen, y se propagaron algunas historias muy desagradables. Me parece que el doctor se vio envuelto en un pleito con un caballero, de buena familia creo, cuyos parientes le habían encerrado en Himalaya House durante años, estando todo el tiempo tan cuerdo como usted o yo. Después vino lo de aquel joven que consiguió escapar: fue un caso lleno de misterio. Pues no cabía la menor duda de que estaba loco de remate.

—¿Dice usted que uno de ellos se escapó? —preguntó Arnold, deseando romper el silencio que había caído de nuevo sobre el grupo.

—A sí fue. Ignoro cómo lo conseguiría, pues, según decían, el manicomio estaba severamente vigilado; pero consiguió salir trepando o reptando de una forma u otra, una tarde a la hora del té, y se fue caminando calle arriba tan silenciosamente como puede usted imaginarse, y se alojó cerca de aquí, en aquella hilera de casas de ladrillo

rojo que había donde ahora se alza el instituto laboral. Recuerdo muy bien haber oído a la señora Wilson, encargada del alojamiento —donde vivió hasta muy anciana—, contarle a mi madre que nunca vio un joven tan guapo y tan bien hablado como este señor Vallance, como creo que se hacía llamar, aunque, por supuesto, no era su verdadero nombre. Este señor le contó a ella una historia bastante convincente acerca de su llegada procedente de Norwich y su obligación de ser muy reservado a causa de sus estudios y cosas por el estilo. Traía en una mano su bolsa de viaje y le dijo que el equipaje de peso llegaría después, pagándole una quincena por adelantado, como era habitual. Desde luego, los empleados del doctor le buscaron inmediatamente e hicieron indagaciones en todas direcciones, pero a la señora Wilson de momento no se le ocurrió pensar que este silencioso y joven huésped fuese el loco desaparecido. Es decir, no durante algún tiempo.

Arnold se aprovechó de una pausa retórica en la narración. Hizo una seña al patrón, que estaba reclinado sobre la barra, escuchando como los demás. Hicieron nuevos pedidos, y cada integrante del grupo solicitó un poquito de ginebra, considerando que una bebida «floja» o incluso «amarga» sería inadecuada al desenlace de semejante historia. Entonces, con expresiones corteses, bebieron a la salud de «nuestro amigo sentado junto al señor Reynolds». Y uno de ellos dijo:

—Así es que le descubrió, ¿no?

—Creo —prosiguió el narrador— que pasó una semana, más o menos, antes de que la señora Wilson se diera cuenta de que pasaba algo raro. Cuando le estaba retirando su servicio de té, él le dijo:

»—“Lo que me gusta de estas habitaciones tuyas, señora Wilson, es la asombrosa vista que ofrecen desde las ventanas”.

»—Aquello fue suficiente para sobresaltarla. Todos nosotros sabemos lo que se veía desde las ventanas de Rodman’s Row: Fothergill Terrace, Chatham Street y Canon’s Park; sin duda propiedades todas ellas muy bonitas aunque nada del otro mundo, como suelen decir los jóvenes. Así es que la señora Wilson no sabía cómo tomarse aquello y pensó que debía ser una broma. Dejó en la mesa la bandeja del té y miró a su huésped a los ojos.

»—“¿Qué es, señor, lo que usted admira en particular?, si puedo preguntárselo”.

»—“¿Que qué admiro? —dijo—. Todo”.

»—Y entonces, al parecer, empezó a decir los más extravagantes disparates acerca de flores doradas, plateadas y purpúreas, de un manantial burbujeante, de un paseo que se internaba en el bosque, de la casa de hadas en la colina, y no sé qué más. Luego le pidió a la señora Wilson que se acercara a la ventana y mirara todo eso. Ella se asustó, cogió la bandeja, y salió de la habitación tan rápidamente como pudo; lo cual no me extraña. Aquella noche, cuando iba a acostarse, pasó por delante de la puerta de su huésped y, al oírle hablar en voz alta, se detuvo a escuchar. En realidad, no creo que se pueda culpar a la mujer por escuchar. En mi opinión, quería saber a quién había metido en su casa. Al principio no podía entender lo que estaba diciendo.

Hablaba atropelladamente en lo que parecía una lengua extranjera; pero luego siguió en inglés corriente, como si se dirigiera a una joven dama, haciendo uso de expresiones de gran afectación.

»Aquello fue demasiado para la señora Wilson, que se marchó a la cama con el alma en vilo, y casi no consiguió dormirse en toda la noche. A la mañana siguiente, el caballero parecía bastante calmado, pero la señora Wilson sabía que no era de fiar, e inmediatamente después del desayuno se fue a ver a sus vecinos y empezó a hacerles preguntas. Entonces descubrió quién debía ser su huésped, y avisó a la Himalaya House. Los empleados del doctor se llevaron de nuevo al joven. ¡Dios mío!, caballeros, son casi las diez en punto.

La reunión se disolvió en medio de un cordial bullicio. El anciano que había contado la historia del loco fugado se había dado cuenta, al parecer, de que Arnold prestaba mucha atención al relato. Evidentemente se alegraba. Estrechó afectuosamente la mano de Arnold, comentando:

—Como verá, señor, tengo razones para pensar que fue aquel manicomio el causante de la mala reputación de Canon's Park en nuestro vecindario.

Y Arnold se puso en camino, de vuelta a Londres, dándole vueltas en la cabeza muchas cosas. La mayoría de ellas parecían muy confusas, pero él se preguntaba si el huésped de la señora Wilson estaría completamente loco; más loco que el señor Hampole, o el granjero de Somerset, o Charles Dickens, cuando vio aparecerse a su padre junto a su lecho.

V

ARNOLD contó el resultado de sus indagaciones y perplejidades en la siguiente reunión de los tres amigos en el tranquilo patio delantero de la posada. El escenario se había transformado: era una noche de junio, en la que los árboles del jardín se agitaban a expensas de la fresca brisa, que transportaba al mismo corazón de Londres un vago aroma de los lejanos campos de heno. El licor de la jarra marrón olía a viñas y a huertas gasconas, y le pusieron hielo, pero no por mucho tiempo.

Lo único que dijo Harliss durante todo el relato de Arnold fue:

—Conozco cada rincón de ese vecindario, y le digo que no existe semejante lugar. Perrott fue sensato. Admitió que la historia era extraordinaria.

—Disponemos de tres testigos —señaló Arnold.

—Sí —dijo Perrott—, pero ¿ha tenido usted en cuenta la maravillosa aplicación de la ley de las coincidencias? Un caso, bastante trivial pensará usted posiblemente, me produjo una profunda impresión cuando lo leí, hace unos cuantos años. Cuarenta años atrás un hombre compró un reloj en Singapur, o Hong Kong quizás. El reloj se estropeó y lo llevó a una tienda de Holborn para que lo revisaran. El hombre que le cogió el reloj sobre el mostrador era el mismo que se lo había vendido en Oriente años antes. Nunca se debe despreciar la coincidencia, ni descartarla como solución imposible. Sus posibilidades son infinitas.

Entonces Arnold contó el último, interrumpido e incompleto capítulo de la historia.

—Después de aquella noche en el King of Jamaica —comenzó—, me fui a casa y me puse a meditar. Parecía no poder hacerse nada más. Sin embargo, sentí que me gustaría echarle otra mirada a ese singular parque, y fui allá una noche oscura. Inmediatamente encontré a un joven que se había extraviado y había perdido, según dijo, a la mujer que vivía en la casa blanca de la colina. No voy a hablarles de ella, ni de su casa o sus jardines encantados. Pero estoy seguro de que el joven se perdió también para siempre.

Y, tras una pausa, añadió:

—Creo que existe una *perikhoresis*^[19], una compenetración mutua. Es posible, efectivamente, que nosotros tres estemos ahora sentados entre rocas desiertas, junto a corrientes glaciales.

—... Y, ¿con quién?



ARTHUR MACHEN, nacido el 3 de marzo de 1863 en Caerleon y fallecido el 30 de marzo de 1947. Su verdadero nombre era Arthur Llewellyn Jones. Su padre, un pastor anglicano, adoptó como propio el apellido de su esposa, siendo así Jones-Machen. No pudo cursar estudios universitarios debido a la delicada situación económica de su familia, trasladándose a Londres en donde vivió en la pobreza al tiempo que empezaba a publicar sus primeros escritos. Trabajó después como catalogador, redactor y traductor de francés antiguo. Tras la muerte de su padre pudo dedicar más tiempo a la escritura debido a su herencia, empezando a publicar asiduamente relatos de corte fantástico que entroncan con el goticismo (aunque él siempre tachó a la novela de gótica de simplista y comercial).

Tras el escándalo de Oscar Wilde tuvo muchas dificultades, como el resto de los autores que cultivaban la temática, para dar salida a sus obras. Al morir su primera esposa se convirtió en actor itinerante. Tras un nuevo matrimonio volvió a la literatura, publicando muchas de sus obras anteriormente censuradas al tiempo que investigaba sobre las raíces celtas de Gran Bretaña y, en especial, de su adorada Gales.

Durante la Primera Guerra Mundial se dio a conocer como periodista del London Evening News y, sobre todo, por una serie de relatos, de corte propagandístico, acerca de Los Ángeles de Mons. En los años 20 su obra tuvo un gran éxito, sobre todo por su publicación en Estados Unidos, pero pronto decayeron las ventas y el autor vivió el resto de sus días de forma poco desahogada.

Notas

[1] Tela de moaré, de seda o lana, usada en tapicería. (*N. del T.*). <<

[2] Lugar próximo al valle de Hinnon, al sur de Jerusalén, donde —según la Biblia— los judíos ofrecieron sacrificios a los dioses extranjeros. (*N. del T.*). <<

[3] En el original «Hobson Jobson», término anglo-indio (derivado del árabe «Yā Hassan, yā Hussein») con que los nativos expresan el luto por la muerte de los nietos de Mahoma en el festival de Muharram; popularizado a finales del siglo pasado en la Commonwealth al ser utilizado como título alternativo para el célebre *Diccionario de palabras y frases coloquiales anglo-indias*, publicado en 1886 por Sir H. Yule. (N. del T.) <<

[4] Deidad de la mitología hindú llamada también Jagannāth; equivale a Krishna, octavo avatar de Visnú. (*N. del T.*). <<

[5] Se trata de *Qui sait?* (¿Quién sabe?, 1890). (N. del T.). <<

[6] Relato del propio Machen, publicado en 1914, que fue tomado por verídico, dando lugar a la leyenda de los «Angeles de Mons», espectros de los antiguos arqueros ingleses de Agincourt, que lucharon junto a las tropas británicas en la I Guerra Mundial. (*N. del T.*). <<

[7] *Greats*: Así llaman coloquialmente en la universidad de Oxford al examen final para obtener el título de «Bachelor of Arts», especialmente para la licenciatura de «Literae Humaniores». (N. del T.) <<

[8] En la novela de Walter Scott *Guy Mannering* (1815), preceptor del joven protagonista Harry Bertram. (N. del T.). <<

[9] Populares aventureras inglesas, heroínas de baladas y comedias: Moll Cutpurse, ladrona, falsificadora y adivina, y Meg of Westminster, sucesivamente camarera, soldado (disfrazada de hombre) y dueña de burdel. (*N. del T.*). <<

[10] Josiah Bounderby, el farsante y cascarrabias industrial de la obra de Dickens *Tiempos difíciles*. (N. del T.). <<

[11] Monte Athos, sede de una república monástica autónoma. (*N. del T.*). <<

[12] 1900, año en que las tropas británicas levantaron el sitio de esa ciudad sudafricana, lo que supuso la caída y posterior anexión del estado libre de Transvaal y el comienzo del fin de la llamada «guerra de los boers». (*N. del T.*). <<

[13] Seudónimo de H. Knight Browne, célebre ilustrador de Dickens, entre otros. (*N. del T.*). <<

[14] Revista bisemanal editada por el Dr. Johnson entre 1750 y 1752, escrita casi enteramente por él. (*N. del T.*). <<

[15] Alineación de calles en forma semicircular o de media luna. (*N. del T.*). <<

[16] Personajes de la novela de Dickens *Martín Chuzzlewit*, él arquitecto y ella dueña de una casa de huéspedes. (N. del T.). <<

[17] Alusión a Hassan ben Sabbāh, fundador y jefe supremo de la secta persa de integristas islámicos «Los Asesinos», cuyo centro y bastión era la fortaleza de Alamüt, en la región montañosa al sur del Caspio. (*N. del T.*) <<

[18] Siglas de la Society for Psychical Research, institución inglesa fundada en 1882 y dedicada a la investigación de los fenómenos paranormales. (*N. del T.*). <<

[19] Término teológico con el que se expresa la compenetración de las tres personas de la Trinidad en virtud de su unidad de esencia y sus relaciones de procedencia. (*N. del T.*). <<